TRATADO

DE LA

VERDADERA DEVOCIÓN

A LA

SANTISIMA VIRGEN

POR EL

BEATO LUIS M.ª GRIGNION MONTFORT

(CON LA LICENCIA
DEL ORDINARIO)

EDICIONES
L Y R
MADRID

1947

INDICE

Págs.

Prefacio del P. Faber 5

PRIMERA PARTE.—CAPITULO I.—Necesidad de la devoción a la Santísima Virgen.—Artículo I: Grandezas de María 11

Artículo II: Dios ha querido servirse de María en la Encarnación 16

Artículo III: Dios quiere servirse de María en la santificación de las almas.—I. Cómo proceden las tres personas de la Santísima Trinidad con María en la Iglesia 20

II. Consecuencias.—I. María, Reina de los Corazones 28

II. Los hombres tienen necesidad de María para alcanzar su último fin.—1.° Los cristianos tienen necesidad de Ella para cumplir sus deberes. 30

2.° Especialmente los que aspiran a la perfección. 32

Artículo IV: Oficio que hará María especialmente en los últimos tiempos.—I. Miradas proféticas sobre los últimos tiempos 34

II. Lucha de María y de los suyos contra Satanás y sus secuaces... 38

III. Los apóstoles de los últimos tiempos 40

CAPITULO II.—Discernimiento de la verdadera devoción a la Santísima Virgen.—Artículo I: Verda-

des fundamentales.—I. *Primera verdad*: Jesucristo, nuestro fin último... 44
II. *Segunda verdad*: Nosotros pertenecemos a Jesucristo y a María 52
III. *Tercera verdad*: Debemos despojarnos de todo lo malo que hay en nosotros 58
IV. *Cuarta verdad*: Necesidad de un mediador para con el Mediador Jesucristo. 62
V. *Quinta verdad*: Nuestros bienes espirituales están expuestos a perderse en nuestras manos... 65
Artículo II: Las falsas devociones a la Santísima Virgen 67
I. Los devotos críticos... 69
II. Los devotos escrupulosos 70
III. Los devotos exteriores 71
IV. Los devotos presuntuosos 72
V. Los devotos inconstantes 75
VI. Los devotos hipócritas 75
VII. Los devotos interesados... 76
Artículo III: La verdadera devoción a la Santísima Virgen. Sus caracteres. I. *Primer carácter*: Devoción interior 77
II. *Segundo carácter*: Devoción tierna 77
III. *Tercer carácter*: Devoción santa 78
IV. *Cuarto carácter*: Devoción constante 78
V. *Quinto carácter*: Devoción desinteresada 79
Artículo IV: Anuncios proféticos acerca de esta perfecta devoción 80
SEGUNDA PARTE.—CAPITULO I.—Elección de la práctica más perfecta de la devoción hacia la Santísima Virgen.... 82

Págs.

CAPITULO II.—Naturaleza de la perfecta devoción a la Santísima Virgen. — Artículo I: Esta devoción consiste en una perfecta consagración a Jesucristo por María 86
Artículo II: La consagración de la perfecta devoción consiste en una perfecta renovación de las promesas del Bautismo 90
Artículo III: Objeciones y respuestas 92
CAPITULO III.—Motivos de esta perfecta consagración.—Artículo I. *Primer motivo*: Excelencias de la perfecta consagración 95
Artículo II. *Segundo motivo*: Conveniencia y ventaja de esta consagración 97
Artículo III. *Tercer motivo*: Maravillosos efectos de esta perfecta consagración. — I. María se da a su esclavo 101
II. Ella purifica sus buenas obras, las hermosea y hace que su Hijo las acepte 103
Artículo IV. *Cuarto motivo*: Esta devoción es un medio excelente para procurar la mayor gloria de Dios. 106
Artículo V. *Quinto motivo*: Esta devoción conduce a la unión con Dios 107
I. Es camino fácil 107
II. Es camino corto 109
III. Es camino perfecto... 111
IV. Es camino seguro 113
Artículo IV. *Sexto motivo*: Esta devoción proporciona una gran libertad interior 120
Artículo VII. *Séptimo motivo*: Esta devoción procura grandes bienes a los prójimos 121

Págs.

Artículo VIII. *Octavo motivo*: Esta devoción es un admirable medio de perseverancia 123
CAPITULO IV.—Rebeca y Jacob; la Santísima Virgen y sus esclavos de amor.—Artículo I: Rebeca y Jacob... 130
I. Historia de Jacob 130
II. Esaú, figura de los réprobos... 132
III. Jacob, figura de los predestinados 135
Artículo II: Los predestinados y la Santísima Virgen.
I. Conducta de los predestinados 137
II. Conducta de María con los predestinados 143
I. Ella los ama 143
II. Ella los sustenta 148
III. Ella los conduce 149
IV. Ella los defiende y protege 150
V. Ella intercede por ellos 151
CAPITULO V.—Efectos maravillosos que esta devoción produce en el alma que es fiel a ella.—Artículo I: El conocimiento de sí mismo 153
Artículo II: Participación de la fe de María 154
Artículo III: Exención de escrúpulos, turbaciones y temores 155
Artículo IV: Gran confianza en Dios y en María 156
Artículo V: Comunicación del alma y del espíritu de María 158
Artículo VI: María, árbol de vida, producirá a Jesús en el alma fiel 159
Artículo VII: La mayor gloria de Dios 161
CAPITULO VI.—Prácticas particulares de esta devoción.—Artículo I: Prácticas exteriores... 164

Págs.

Primera práctica 165
Segunda práctica 168
Tercera práctica 169
Cuarta práctica 173
Quinta práctica 177
Sexta práctica 181
Séptima práctica 182
Artículo II: Prácticas particulares e interiores para los que quieran alcanzar la perfección 182
Todo por María 183
Todo con María 185
Todo en María 186
Todo para María 188
CAPITULO VII.—Manera de practicar esta devoción en la sagrada Comunión.—Artículo I: Antes de la Comunión 190
Artículo II: En la Comunión 191
Artículo III: Después de la sagrada Comunión 193
Consagración de sí mismo a Jesucristo, la Sabiduría encarnada por las manos de María 195

PREFACIO DEL PADRE FABER

TRADUCIDO DIRECTAMENTE DE LA QUINTA EDICIÓN INGLESA

La primera vez que estudié la vida y espíritu del Venerable Grignion de Montfort fué por los años 1846 *o* 1847, *en S. Vilfrido; y hoy, después de haber transcurrido ya más de quince años, me atrevo a decir que los que le tomen por maestro difícilmente encontrarán un santo o escritor ascético cuya unción y espíritu sojuzguen más el entendimiento que éste. Al presente no le podemos llamar santo todavía; pero está tanto y tan favorablemente adelantado el proceso de su beatificación, que no se tardará mucho en verle colocado por la Iglesia en los altares.*

Pocos hombres ha habido en el siglo XVIII que llevasen sobre sí tan fuertemente grabadas las señales del hombre providencial, como este nuevo Elías, misionero del Espíritu Santo y de María. Su vida toda fué una manifestación tal de la sublime locura de la Cruz, que sus biógrafos convienen en colocarle al lado de San Simeón Salus y San Felipe Neri.

Clemente XI le nombró misionero apostólico en Francia, con el fin de que consagrara su vida entera a combatir el Jansenismo, que tan perjudicial era a

las almas. Después de las epístolas de los apóstoles, con dificultad se hallarán palabras que tan vivamente inflamen el espíritu como las doce páginas de su oración por los misioneros del Espíritu Santo, cuya lectura recomiendo ardientemente a todos aquellos que encuentran dificultades para conservar, en medio de sus numerosas pruebas, los primeros fuegos del amor de las almas.

A un mismo tiempo, era perseguido y venerado en todas partes. El número de sus obras, al igual de las de San Antonio de Padua, es increíble, y en verdad, inexplicable. Escribió algunos tratados ascéticos, que han ejercido notable influencia en la Iglesia, durante los pocos años que vienen siendo conocidos, y seguramente ejercerán una influencia mucho más poderosa en lo sucesivo. Su predicación, sus escritos y su conversación estaban totalmente impregnados de profecías y anuncios acerca de los últimos siglos de la Iglesia.

Semejante a San Vicente Ferrer, se adelanta, cual si estuviese en los días que precederán inmediatamente al juicio final, anunciando que trae de parte de Dios el mensaje auténtico de un honor más grande, un conocimiento más extenso y un amor más ardiente hacia su santísima Madre, así como de su relación con la segunda venida de su Hijo. Fundó dos congregaciones religiosas, una de hombres y otra de mujeres, que han logrado un éxito verdaderamente extraordinario, no obstante haber muerto él a los 43 años, en 1716, cuando sólo contaba 16 años de sacerdocio.

El 12 de mayo de 1853 se dió en Roma el decreto

que declara sus escritos exentos de todo error que pudiera ser obstáculo a su canonización. En este mismo libro sobre la verdadera devoción de nuestra Señora nos ha dejado la siguiente profecía: «Claramente preveo que saldrán fieras espantosas que, enfurecidas, intentarán destrozar con sus diabólicos dientes este humilde escrito y a aquel de quien el Espíritu Santo se ha servido para escribirle o, que, cuando menos, pretenderán encerrarle en las tinieblas y en el silencio de un cofre, a fin de que jamás aparezca.»

A pesar de todo, profetizó, a un tiempo, su aparición y su éxito, todo lo cual se ha cumplido al pie de la letra. El autor murió en 1716 *y este Tratado fué hallado, por casualidad, por uno de los sacerdotes de su congregación en S. Laurent-sur-Sevre en* 1842. *El superior de entonces pudo dar fe de que el manuscrito era de su venerable fundador y envió el autógrafo a Roma, para que le examinaran en el proceso de canonización.*

Todos los que se disponen a leer este libro indudablemente amarán a Dios y lamentarán no amarle más todavía; todos desearán algo para su gloria, como la propagación de alguna obra buena, el éxito de alguna devoción o la venida de tiempos mejores. El uno se ha esforzado durante muchos años en vencer algún defecto particular, y no lo ha conseguido. El otro gime y se asombra de que, a pesar de sus lágrimas, se hayan convertido a la fe tan pocos de sus íntimos amigos. Este se aflige de no sentir bastante devoción; aquél, de tener que llevar una cruz que le es materialmente imposible soportar; mientras que un tercero su-

fre disgustos domésticos y desgracias de familia, que le parecen incompatibles con su salvación; y, por todas estas razones, creen que la oración les proporciona muy poco remedio. Pero, ¿cuál es el remedio que necesitan?, ¿cuál es el remedio indicado por el mismo Dios? Si damos crédito a las revelaciones de los santos, el remedio está en hacer que la devoción a la Santísima Virgen alcance un grado inmenso, pero téngase en cuenta que lo inmenso no reconoce límites. Aquí, en Inglaterra, no se predica a María la mitad de lo que se debe. La devoción que se la profesa es débil, mezquina y pobre. Anda tímidamente fuera de su verdadero camino a causa de las burlas de la herejía. Invocando siempre el respeto humano y la prudencia de la carne, se pretende hacer de María una María tal que los protestantes pudieran admitirla fácilmente.

Su ignorancia en la Teología hace a ésta insubstancial y baja. No posee la característica de nuestra religión: no tiene fe en sí misma. He aquí por qué no se ama a Jesucristo, no se convierten los herejes, no es exaltada la Iglesia, desfallecen y degeneran las almas que debieron ser santas, no se reciben dignamente los sacramentos y las almas no son evangelizadas con entusiasmo. Jesús está olvidado, porque María no es conocida. Mil almas perecen, porque María está muy lejos de ellas. Esta miserable e indigna sombra, a la que podemos llamar nuestra devoción a la Santísima Virgen, es la causa de todas estas necesidades e infortunios, de tantos males, omisiones y relajamientos. Sin embargo, si hemos de creer las revelaciones de los

santos, Dios exige una devoción mayor, más extensa y sólida y del todo nueva a su Santísima Madre.

Por lo que hace a mí, no concibo obra más excelsa o vocación más fecunda para una criatura, que el simple trabajo de difundir esta devoción peculiar del Venerable Grignion de Montfort. Examínela quien quiera por sí mismo, y las transformaciones que producirá en su propia alma presto le convencerán de la casi increíble eficacia de esta devoción como medio para la salvación de los hombres y para la venida del reinado de Cristo. ¡Oh, si María fuese más conocida, no se sentiría tanta frialdad para con Jesús! ¡Oh, si María fuese más conocida, cuánto más milagrosa sería nuestra fe y cuán diferentes nuestras comuniones! ¡Oh, si María fuese más conocida, cuánto más dichosos, cuánto más santos, cuánto menos mundanos seríamos y con cuánta más perfección seríamos vivas imágenes de nuestro único Señor y Salvador, su queridísimo y santísimo Hijo!

He traducido por mí mismo todo el Tratado, que me ha costado bastante trabajo, y lo he hecho con escrupulosa fidelidad. Al mismo tiempo me atrevo a prevenir al lector que difícilmente se dará cuenta del contenido con una simple lectura de él.

En él se encuentra, si se me permite expresarme así, cierto sentimiento de algo inesperado y sobrenatural, que crece a medida que se le va estudiando, y cuando uno le ha leído ya repetidas veces, llega a notar que nunca envejece su novedad, ni disminuye su abundancia, ni se acaba jamás la fragancia ni el sensible fuego de su unción.

Dígnese el Espíritu Santo, el divino Celador de Jesús y María, dar una nueva bendición a esta obra en Inglaterra y consolarnos pronto con la canonización de este nuevo apóstol y activo misionero de su queridísima e Inmaculada Esposa, y más todavía, con la pronta venida de aquella gloriosa época de la Iglesia que será la época de María.

F. G. FABER.

Día de la Presentación de Nuestra Señora, 1862.

PRIMERA PARTE

CAPITULO PRIMERO

Necesidad de la devocion a la Santísima Virgen.

ARTICULO I

GRANDEZAS DE MARIA

Jesucristo vino al mundo por medio de la Santísima Virgen, y por Ella debe reinar también en el mundo.

María ha estado muy oculta en su vida; por esto el Espíritu Santo y la Iglesia la llaman *Alma Mater: Madre oculta y escondida.* Su humildad fué profunda, en tanto grado, que, mientras vivió en la tierra, jamás tuvo otro afán tan poderoso y continuo como el de ocultarse a sí misma y a todas las criaturas, para ser conocida de *Dios sólo.*

Dios, accediendo a las súplicas que Ella le hizo de que la ocultase, empobreciese y humillase, quiso que su concepción, nacimiento, vida y misterios, resurrección y asunción estuviesen sin manifestarse a la casi totalidad de las criaturas. Sus mismos padres no la conocían y aun los ángeles se preguntaban con fre-

cuencia unos a otros: *Quoe est ista?...* «Quién es ésta?»: Y es que el Altísimo se la ocultaba, y, si les manifestaba algo, era infinitamente más lo que dejaba de manifestarles.

El Padre, a pesar de haberla comunicado su poder, consintió en que, durante su vida, no hiciera María ningún milagro, al menos estupendo y notorio. El Hijo, no obstante haberla comunicado su Sabiduría, la permitió que casi jamás hablara palabra, y el Espíritu Santo, con ser Ella su Esposa fidelísima, convino en que los Apóstoles y Evangelistas dijesen de Ella muy poco, y esto en cuanto fuese necesario para dar a conocer a Jesucristo.

María es la excelente obra maestra del Altísimo, cuyo conocimiento y posesión se ha reservado El a sí mismo. María es la Madre admirable del Hijo, quien, para no ofender la humildad de Aquélla, se ha complacido en humillarla y ocultarla durante la vida, dándole el nombre de *mujer, mulier*, como si se tratara de una extraña, aunque en su corazón la apreciaba y amaba más que a todos los ángeles y hombres. María es la esposa fiel del Espíritu Santo, quien sólo para sí reserva la entrada en esta fuente sellada; Ella es el santuario y reposo de la Santísima Trinidad, donde el Señor mora con más magnificencia y en donde su divinidad resalta más que en ningún otro lugar del universo, incluso los mismos Querubines y Serafines; y a este santuario jamás será permitido entrar a criatura alguna, por pura que sea, sin especial privilegio de Dios.

Esta divina Señora, diré con todos los santos, es el

paraíso terrestre en donde el nuevo Adán se ha encarnado, por obra del Espíritu Santo, para realizar allí maravillas incomprensibles, el mundo excelso que sólo a Dios pertenece y que encierra bellezas y tesoros inefables; la magnificencia del Altísimo, en donde El ha encerrado, como en su propio seno, a su Hijo único, y, con El, todo lo que hay de más excelente y precioso. ¡Oh, qué cosas tan grandes y tan ocultas ha realizado este Dios omnipotente en esa criatura admirable, como Ella misma se ve obligada a confesar, no obstante su profundísima humildad! *Fecit mihi magna qui tens est* (1). El mundo ignora todo esto, porque es incapaz e indigno de conocerlo.

Los santos han dicho cosas admirables de esta ciudad santa de Dios, y jamás han estado tan elocuentes, y hasta, según ellos mismos nos manifiestan, jamás han gozado tanto como cuando han hablado de sus excelencias. Reconocen, en efecto, que la sublimidad de los méritos de esta criatura, elevados por Ella hasta el trono de la divinidad, no es dado descubrirla al entendimiento humano; que la extensión de su caridad, dilatada por Ella sobre las dimensiones de la tierra, nadie la puede apreciar; que la grandeza del poder que Ella tiene, aún sobre el mismo Dios, jamás se comprenderá, y, en fin, que lo profundo de su humildad, así como de sus demás virtudes y gracias, que son un abismo, no se pueden sondear.

¡Oh sublimidad incomprensible! ¡Oh extensión inefable! ¡Oh grandeza sin medida! ¡Oh abismo impe-

(1) S. Luc., 1, 46.

netrable! Todos los momentos del día, en todos los confines de la tierra, en lo más alto de los cielos y en lo más profundo de los abismos, todo nos predica, todo nos habla admirablemente de María. Los nueve coros de los ángeles, los hombres de todo sexo, edad, condición y religión, los buenos y los malos, hasta los mismos diablos se ven, por la fuerza de la verdad obligados a llamarla, de grado o por fuerza, bienaventurada. En los cielos todos los ángeles la proclaman incesantemente, ha dicho S. Buenaventura: *Sancta, Sancta, Sancta Maria, Dei Genitrix et Virgo;* y todos los días la ofrecen millones y millones de veces la Salutación angélica: *Ave María,* etc., y, postrados ante Ella, la suplican que los honre por favor con alguna de sus órdenes. El mismo S. Miguel, dice S. Agustín, con ser el príncipe de aquella corte celestial, es el más celoso en rendirla y procurar que los demás la rindan toda clase de honores, y estén siempre dispuestos a obedecer sus mandatos y acudir, a su palabra, a prestar sus servicios a alguno de sus servidores.

Toda la tierra está llena de su gloria, particularmente entre los cristianos, en donde se la toma por tutelar y protectora de muchos reinos, provincias, diócesis y ciudades, y de muchas catedrales que están consagradas a Dios con su nombre. Jamás se encontrará una iglesia que no tenga un altar levantado en su honor; ni comarca ni cantón en donde no se venere alguna de sus imágenes milagrosas, a las cuales acuden las gentes para curar de sus dolencias y obtener toda suerte de bienes. Que hablen, si no, tantas cofradías y congregaciones establecidas para honrarla,

tantas religiones puestas bajo su nombre y protección, tantos cofrades, hombres y mujeres de todas las hermandades, tantos religiosos y religiosas de todas las órdenes, los cuales incesantemente publican sus alabanzas y anuncian sus misericordias.

No hay tan sólo un niño que, balbuciendo el *Ave María*, no la alabe, ni pecador apenas que, en medio de su endurecimiento, no abrigue en su pecho una chispa de confianza en Ella, ni aun siquiera un demonio que, desde los infiernos, no la venere temiéndola.

Según esto, deberemos en verdad decir con los santos: *De Maria nunquam satis*... «Todavía no se ha alabado, ensalzado, honrado, amado y servido bastante a María.» Ella merece más alabanzas, más respetos, más amor y más servicios. Digamos, pues, con el Espíritu Santo:

Omnis gloria ejus Filioe Regis ab intus (1). «Toda la gloria de la Hija del Rey está en su interior»: como si toda la gloria exterior que la rinden a porfía el cielo y la tierra fuese nada en comparación de la que recibe en su alma por el Criador, y que es desconocida de las criaturas miserables, por ser éstas incapaces de penetrar el secreto de los secretos del Rey. He aquí por qué debemos clamar con el Apóstol: *Nec oculus vidit, nec auris audivit, nec in cor hominis ascendit*... (2). Ni el ojo ha visto, ni el oído ha escuchado, ni el corazón del hombre ha comprendido jamás la hermosura, la grandeza y las excelencias de María, mi-

(1) Ps. XLIV, 14.
(2) I Cor., II, 9.

lagro de los milagros de la gracia, de la naturaleza y de la gloria. El que quiera comprender a la Madre, ha dicho un santo, debe antes comprender al Hijo, pues ésta es la digna Madre de Dios: *Hic taceat omnis lingua*... «Enmudezca aquí toda lengua».

Con una alegría particular acabo de escribir aquí lo que me ha dictado el corazón, a fin de mostrar que María ha permanecido desconocida hasta el presente, y que ésta es una de las principales razones por qué Jesucristo no es todavía conocido como debe serlo. Si, pues, es cierto que el conocimiento y el reinado de Jesucristo en el mundo deben llegar, no lo es menos que sólo se realizará esto como consecuencia del conocimiento y del reinado de la Santísima Virgen, que es la que le trajo la primera vez y la que nos le dará a conocer la segunda.

ARTICULO II

Dios ha querido servirse de María en la Encarnación.

Confieso con toda la Iglesia que, no siendo María sino una pura criatura salida de las manos del Altísimo, comparada con la Majestad infinita, es menos que un átomo, o más bien, es nada, porque *Sólo El es el que es*, y, por consiguiente, que este gran Señor, que es independiente y se basta a sí mismo, jamás ha tenido ni tiene, aún ahora, en absoluto necesidad de la Santísima Virgen para cumplir su voluntad y ma-

nifestar su gloria, puesto que a El le basta querer para hacer las cosas.

Digo, sin embargo, que, aun con eso, habiendo querido Dios comenzar y acabar sus mayores obras por la Santísima Virgen desde que la formó, hemos de creer que no cambiará de conducta en los siglos de los siglos, porque es Dios y no puede variar de sentimientos ni de proceder.

El Padre no ha dado al mundo su Unigénito más que por María. A pesar de los suspiros que hayan exhalado los Patriarcas, de las súplicas hechas por los Profetas y Santos de la ley antigua durante cuatro mil años, para obtener este tesoro, sólo María es la que le ha merecido y ha encontrado gracia delante de Dios por la fuerza de sus oraciones y la sublimidad de sus virtudes. El mundo era indigno, dice S. Agustín, de recibir al Hijo de Dios inmediatamente de las manos del Padre; por eso Este le ha entregado a María, para que de sus manos le recibiera el mundo. El Hijo de Dios se ha hecho hombre para nuestra salvación, pero sólo en María y por María. El Espíritu Santo ha formado a Jesucristo en María, pero después de haber pedido a Esta su consentimiento por medio de uno de los primeros ministros de su corte.

El Padre ha comunicado a María su fecundidad, en cuanto una pura criatura era capaz de recibirla, para concederla el poder de producir a su Hijo y a todos los miembros de su cuerpo místico. El Hijo ha descendido a su seno virginal, como el nuevo Adán al Paraíso terrestre, para hallar allí sus complacencias y obrar en secreto las maravillas de la gracia.

Dios hecho hombre ha encontrado la libertad encerrándose en su seno; ha desplegado su fuerza dejándose llevar por esta doncellita; ha cifrado su gloria y la de su Padre en ocultar sus esplendores a todas las criaturas de la tierra, a fin de no revelarlos más que a María; ha glorificado su independencia y majestad sujetándose a esta Virgen amable en su concepción, en su nacimiento, en su presentación al templo, en su vida oculta de treinta años, hasta su muerte, a la cual Ella debía asistir, para no hacer con Ella más que un solo sacrificio, y para ser inmolado por la propia voluntad de Dios. Ella únicamente es la que le ha amamantado, alimentado, sostenido, educado y sacrificado por nosotros.

¡Oh admirable e incomprensible dependencia de un Dios, que aun el Espíritu Santo no ha podido pasar en silencio en el Evangelio, no obstante habernos ocultado casi todas las cosas admirables que esta Sabiduría encarnada hizo en su vida oculta, para mostrarnos su valor y gloria infinita! Mayor gloria ha dado Jesucristo a Dios su Padre por la sumisión que tuvo a María durante treinta años, que la que le hubiese granjeado convirtiendo a todo el mundo por medio de las maravillas más grandes que hubiese operado. ¡Oh, qué gloria tan subida damos a Dios, cuando, para agradarle, nos sometemos a María, a ejemplo de Jesucristo, que es nuestro único modelo!

Si examinamos de cerca el resto de la vida de Jesucristo, veremos que ha querido comenzar sus milagros por María. A S. Juan le santificó en el seno de su madre Santa Isabel por la palabra de María, pues,

apenas María habló, quedó santificado Juan, siendo éste el primer y mayor milagro de la gracia que Jesús obró.

En las bodas de Caná convirtió el agua en vino a los humildes ruegos de María, y éste fué el primer milagro de naturaleza. Por María ha comenzado y continuado sus milagros, y por María los continuará hasta el fin de los siglos.

El Espíritu Santo, que es estéril en la Divinidad, puesto que no produce a ninguna persona divina, se ha hecho fecundo por el concurso de María, con quien se ha desposado. Con Ella, en efecto, en Ella y de Ella ha producido su obra maestra, que es un Dios hecho hombre; produce todos los días hasta el fin del mundo a los predestinados, miembros del cuerpo de esa Cabeza adorable, y he aquí por qué, cuanto más habitualmente encuentra El en un alma a María, su querida e indisoluble Esposa, tanto más activo y poderoso se muestra para producir a Jesucristo en esta alma y a esta alma en Jesucristo.

Esto no es decir que la Santísima Virgen dé al Espíritu Santo la fecundidad, como si Este no la tuviera; porque siendo Dios, tiene la fecundidad o la capacidad de producir, lo mismo que el Padre y el Hijo, aun cuando no la reduzca al acto y no produzca a ninguna otra persona divina. Aquí pretendo sólo decir que el Espíritu Santo, por el intermedio de la Santísima Virgen, de quien se ha dignado servirse, a pesar de no haber tenido de Ella necesidad absoluta, redujo al acto su fecundidad, produciendo en Ella y por

Ella a Jesucristo y a sus miembros: misterio de la gracia, que desconocen hasta los más sabios y espirituales de los cristianos.

ARTICULO III

Dios quiere servirse de María en la santificación de las almas.

---

§ 1.—*Cómo proceden las tres personas de la Santísima Trinidad con María, en la Iglesia.*

La conducta que las tres Personas de la Santísima Trinidad han observado en la Encarnación y en la primera venida de Jesucristo, la siguen todos los días de una manera invisible, en la santa Iglesia, y la seguirán hasta la consumación de los siglos en la última venida de Jesucristo.

Dios Padre reunió en un lugar todas las aguas y las llamó mar; reunió en otro todas las gracias y las llamó María. Este gran Señor tiene un tesoro o depósito riquísimo, en donde ha encerrado todo lo que hay de más bello, brillante, raro y precioso, incluso su propio Hijo; *y este tesoro inmenso no es otro que María,* a quien los santos llaman el *Tesoro de Dios,* de cuya plenitud son enriquecidos los hombres.

Dios Hijo ha comunicado a su Madre todo lo que El adquirió mediante su vida y muerte, sus méritos infinitos y sus virtudes admirables, *haciéndola tesorera de cuanto su Padre le dió en herencia;* por Ella apli-

ca sus méritos a sus miembros, les comunica sus virtudes y distribuye sus gracias; Ella es el canal misterioso, el acueducto por donde El hace pasar, dulce y abundantemente, sus misericordias.

Dios Espíritu Santo ha comunicado a María, su fiel Esposa, sus dones inefables, escogiéndola por *dispensadora de todo lo que El posee;* en forma que Ella distribuye a quien Ella quiere, cuanto Ella quiere, como Ella quiere y cuando Ella quiere, todos sus dones y sus gracias, y jamás se concede a los hombres don alguno del cielo que no pase por sus virginales manos. *Tal es la voluntad de Dios, que ha querido que nosotros lo tuviésemos todo en María,* para que así sea enriquecida, ensalzada y honrada del Altísimo la que se empobreció, humilló y ocultó hasta el fondo de la nada, por su profunda humildad, durante toda su vida. Estos son los sentimientos de la Iglesia y de los Santos Padres.

Si yo hablase a los espíritus fuertes de este tiempo, me extendería en probar por la Sagrada Escritura y los Santos Padres lo que acabo simplemente de afirmar, trayendo al efecto, sus pasajes latinos, y también por otras razones sólidas que se podrán ver largamente expuestas por el R. P. Poiré en su *Triple corona de la Santísima Virgen.* Pero, como hablo particularmente a los pobres y a los sencillos, que por tener más buena voluntad y más acendrada fe, que el común de los sabios, creen con más simplicidad y mérito, me contento con declararles llanamente la verdad, sin detenerme en citarles las autoridades latinas, que ellos no entienden; aunque no por eso dejo

totalmente de aducir algunas, si bien, empero, sin hacer grandes esfuerzos por buscarlas.

Continuemos.

Como la gracia perfecciona a la naturaleza y la gloria perfecciona a la gracia, es muy cierto que Jesucristo es todavía en el cielo Hijo de María, en la misma forma y grado que lo fué en la tierra, y, por consiguiente, que le viene conservando aquella sumisión y obediencia propia del más perfecto de todos los hijos con respecto de la más buena de todas las madres. Guardémonos, sin embargo, de ver en esta dependencia algún rebajamiento o imperfección en Jesucristo, porque María, siendo infinitamente inferior a su Hijo, que es Dios, no le manda como una madre terrena puede mandar a su hijo. que está por debajo de ella, sino que María, como está toda transformada en Dios, por la gracia y la gloria que transforma en El a todos los santos, ni pide, ni quiere, ni hace nada que sea contrario a la eterna e inmutable voluntad de Dios. Cuando leemos, pues, en los escritos de S. Bernardo, S. Bernardino, S. Buenaventura, etc., que en el cielo y en la tierra todo, hasta el mismo Dios, está sometido a la Santísima Virgen, entendemos que la autoridad que Dios se ha dignado concederle es tan grande, que parece que Ella tenga el mismo poder de Dios, y que sus oraciones y súplicas son tan poderosas para con Dios, que valen como mandatos para la Majestad divina, la cual jamás se resiste a los ruegos de su querida Madre, porque Ella es siempre humilde, y en todo está conforme con la voluntad del Señor. Si Moisés, por la fuerza de su

oración detuvo la cólera de Dios sobre los israelitas, de una manera tan poderosa, que el Altísimo e infinitamente misericordioso Señor, no pudiendo resistirle, le pidió que le dejase encolerizarse y castigar a aquel pueblo rebelde, ¿qué deberemos pensar, con más razón, de las súplicas de María, la humilde y digna Madre de Dios, que son más poderosas ante su majestad que los ruegos y las intercesiones de todos los ángeles y santos del cielo y de la tierra?

María manda en los cielos sobre los ángeles y los bienaventurados. En recompensa de su profunda humildad, Dios le ha dado el poder y el oficio de llenar de santos aquellos tronos vacíos de donde cayeron por orgullo los ángeles apóstatas. La voluntad del Altísimo, que exalta a los humildes, es que el cielo, la tierra y los infiernos se rindan, de grado o por fuerza, a los mandatos de la humildísima María, a quien El ha constituído soberana del cielo y de la tierra, generala de sus ejércitos, tesorera de sus riquezas, dispensadora de sus gracias, obradora de sus grandes maravillas, reparadora del género humano, medianera de los hombres, exterminadora de los enemigos de Dios y fiel compañera suya en las grandezas y en los triunfos.

Dios Padre quiere crearse hijos por María hasta la consumación del mundo, y por eso le dice estas palabras: *In Jacob inhabita...* (1). «Habita en Jacob», es decir, haz tu morada y residencia en mis hijos, los

(1) Eccl., XXIV, 13.

predestinados, figurados por Jacob, y no en los hijos del diablo, los réprobos, figurados por Esaú.

Así como en la generación natural y corporal hay un padre y una madre, también en la generación sobrehumana y espiritual hay un padre, que es Dios, y una madre, que es María. Todos los verdaderos hijos de Dios y predestinados tienen a Dios por padre y a María por madre, y quien no tiene a María por madre no puede tener a Dios por padre. He aquí por qué los réprobos, lo mismo que los herejes, cismáticos, etc., que odian o miran con desprecio o indiferencia a la Santísima Virgen, no tienen a Dios por padre, aunque se glorien de tenerle, porque no tienen a María por Madre; pues, si la tuviesen como tal, la amarían y honrarían, como todo buen hijo ama naturalmente y honra de verdad a la madre que le dió el ser.

El signo más infalible e indudable para distinguir a un hereje, a un hombre de perversa doctrina, a un réprobo, de un predestinado, es que el hereje y el réprobo desprecian o se muestran indiferentes con la Santísima Virgen, procurando por sus palabras y ejemplos disminuir su culto y amor, unas veces manifiesta y otras ocultamente, y aun en ocasiones con pretextos aparentemente santos. ¡Ay! Dios Padre no ha dicho a María que establezca en ellos su morada, porque son los Esaús.

Dios Hijo quiere formarse, o por decirlo mejor, encarnarse, todos los días por medio de su querida Madre, en todos sus miembros; por eso le dice: *In*

Israel haereditare... (1): «Toma a Israel por herencia», que es como si dijera: Dios Padre me ha dado en herencia a todas las naciones de la tierra, a todos los hombres, buenos y malos, predestinados y réprobos: a los unos los conduciré con la vara de oro, a los otros con la vara de hierro; de aquéllos seré padre y abogado, de éstos, celoso vengador; de todos seré juez; pero Vos, querida Madre mía, sólo tendréis por herencia y posesión a los predestinados, que están figurados por Israel. y como buena Madre suya, les daréis la vida, los alimentaréis, los educaréis, y, como soberana, los conduciréis, los gobernaréis y los defenderéis.

El Espíritu Santo dice que un hombre y un hombre ha nacido en Ella: *Homo et homo natus est in ea* (2), y, según la explicación de algunos Padres, el primer hombre que ha nacido de María es el Hombre Dios, Jesucristo, y el segundo es un hombre puro, hijo de Dios y de María por adopción. Si Jesucristo, que es la cabeza de la humanidad, nació en Ella, los predestinados, que son los miembros de esa cabeza, deben también, como consecuencia necesaria, nacer de Ella. Una misma madre no puede producir la cabeza sin los miembros ni los miembros sin la cabeza: de lo contrario, lo que esa madre diera a luz sería un monstruo de la naturaleza; de igual modo, en el orden de la gracia, la cabeza y los miembros nacen de una misma madre; y, si un miembro del cuerpo místico de Jesucristo, es decir, un pre-

(1) Eccl., XXIX, 13.
(2) Ps., LXXXVI, 3.

destinado naciese de otra madre que no fuese María, que ha producido la cabeza, no sería un predestinado, un miembro de Jesucristo: sería un monstruo en el orden de la gracia.

Demás de esto, como Jesucristo es ahora, lo mismo que antes, el fruto de María, según repiten millares de veces cada día el cielo y la tierra: «Y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús», es muy cierto que Jesucristo, para cada hombre que le posee en particular, es el fruto de la obra de María, de la misma manera y con la misma verdad que lo es para todo el mundo en general. Por manera que, si algún fiel tiene a Jesucristo formado en su corazón puede atreverse a decir: «Gracias mil a María; porque lo que yo poseo es su efecto y su fruto, y sin Ella jamás le gozaría»; y a Ella se le pueden aplicar con más verdad que San Pablo se las aplicaba a sí propio, estas palabras: *Quos iterum parturio donec formetur Christus in vobis* (1). «Yo produzco todos los días a los hijos de Dios, hasta que Jesucristo, mi Hijo, sea formado en ellos, en la plenitud de su edad». San Agustín, excediéndose a sí mismo y a lo que yo acabo de decir, afirma que todos los predestinados, para ser conformes a la imagen del Hijo de Dios, mientras permanezcan en este mundo, están ocultos en el seno de la Santísima Virgen, en el cual están guardados, se alimentan, se sostienen y se desarrollan, merced a esta buena Madre, hasta que Ella los saca a la luz de la gloria después de la muerte, que es, con toda pro-

(1) Gal., IV, 19.

piedad, el día de su nacimiento, como la Iglesia llama a la muerte de los justos. ¡Oh misterio de gracia, desconocido de los réprobos y apenas conocido de los predestinados!

El Espíritu Santo quiere formarse en Ella y por Ella sus elegidos; por eso la dice: *In electis meis mitte radices...* (1). Echad, amada y Esposa mía, las raíces de todas vuestras virtudes en mis escogidos, para que crezcan de virtud en virtud y de gracia en gracia. Tanta es la complacencia que hallé en Vos, mientras en la tierra os ejercitabais en la práctica de las más sublimes virtudes, que aun ahora deseo encontraros en la tierra, sin que ceséis de estar en el cielo. Reproducíos, a este fin, en mis elegidos; vea yo en ellos con agrado las raíces de vuestra fe invencible, de vuestra humildad profunda, de vuestra mortificación total, de vuestra oración sublime, de vuestra caridad ardiente, de vuestra esperanza firme y de todas vuestras virtudes. Vos sois en todos los momentos mi Esposa, tan fiel, tan pura y tan fecunda como siempre: déme fieles vuestra fe, déme vírgenes vuestra pureza, déme elegidos y templos vuestra fecundidad.

Cuando María ha echado raíces en un alma, obra allí las maravillas de la gracia, que sólo Ella es capaz de producir, porque sólo Ella es la Virgen fecunda que jamás ha tenido ni tendrá semejanza en pureza y en fecundidad.

María ha producido con el Espíritu Santo la cosa

(1) Eccl., XXIV, 13.

más grande que ha habido y habrá jamás, que es un Dios Hombre; por tanto, Ella producirá las mayores cosas que habrá en los últimos tiempos. A Ella están reservadas la formación y la educación de los grandes santos, que saldrán hacia el fin del mundo; pues sólo esta Virgen singular y milagrosa es la que puede realizar, en unión del Espíritu Santo, las cosas singulares y extraordinarias.

Cuando el Espíritu Santo, su Esposo, la ha encontrado en un alma, vuela allí, entra plenamente, se comunica a esta alma con abundancia, en cuanto ella da cabida a su Esposa; y una de las principales razones por las que el Espíritu Santo no hace a veces maravillas estupendas en las almas es porque El no encuentra allí una unión bastante grande con su fiel e indisoluble Esposa. Y digo indisoluble Esposa, porque, desde que este Amor substancial del Padre y del Hijo se ha desposado con María, para producir a Jesucristo, el Jefe de los elegidos, y a Jesucristo en los elegidos, jamás la ha repudiado, porque Ella ha sido siempre fiel y fecunda.

§ II.—CONSECUENCIAS

I.—María, Reina de los corazones.

De todo lo dicho debemos concluir que María ha recibido de Dios un gran dominio sobre las almas de los elegidos, porque no puede establecer en ellos su morada, según el Padre se lo ha ordenado, for-

marlos, alimentarlos y producirlos a la vida eterna como su madre, tenerlos en herencia y en porción, formarlos en Jesucristo y a Jesucristo en ellos, echar en sus corazones las raíces de sus virtudes y ser la compañera indisoluble del Espíritu Santo para todas las obras de la gracia; no puede, digo, hacer todas estas cosas si no tiene derecho y dominio sobre sus almas por una gracia singular del Altísimo, que, habiéndole dado potestad sobre su Hijo único y natural, se la ha concedido también sobre sus hijos adoptivos, no sólo en cuanto al cuerpo, lo cual sería poco, sino también en cuanto al alma.

María es la Reina del cielo y de la tierra por gracia, como Jesús es su Rey por naturaleza y por conquista: luego, si el reino de Jesucristo consiste principalmente en el corazón y en el interior del hombre, según estas palabras: *El reino de Dios está dentro de vosotros* (1), también el reino de la Santísima Virgen está principalmente en el interior del hombre, es decir, en su alma, y ésta es la razón por qué Ella es, en unión de su Hijo, más glorificada en las almas que en todas las criaturas visibles, pudiéndola, por consiguiente, llamar con los santos *Reina de los corazones.*

(1) Luc., XVII, 21.

II.—Los hombres tienen necesidad de María para alcanzar su último fin.

1.° *Los cristianos tienen necesidad de Ella para cumplir sus deberes.*

Como la Santísima Virgen ha sido necesaria a Dios con una necesidad que llamamos hipotética, en consecuencia de su voluntad, debemos admitir que es todavía más necesaria a los hombres para llegar a su último fin. La devoción a María no debe confundirse con la devoción a los santos, como si no nos fuera más necesaria y sí sólo de supererogación.

El docto y piadoso Suárez, de la Compañía de Jesús, el sabio y devoto Justo Lipsio, doctor de Lovaina, y muchos otros, han probado de una manera irrefutable, apoyándose en el sentir de los Padres, entre otros, de San Agustín, San Efrén, diácono de Edesa, San Cirilo de Jerusalén, San Germán de Constantinopla, San Juan Damasceno, San Anselmo, San Bernardo, San Bernardino, Santo Tomás y San Buenaventura, que la devoción a la Santísima Virgen es tan necesaria para la salvación, que, al decir del mismo Ecolampadio y de algunos otros herejes, el no tener estima y amor a la Santísima Virgen es una señal de reprobación, así como por el contrario es un signo infalible de predestinación el entregársele y serle devoto entera y verdaderamente.

Las figuras y las palabras del antiguo y del nuevo testamento prueban esto mismo, los sentimientos y

ejemplos de los santos lo confirman, la razón y la experiencia lo enseñan y demuestran, los mismos diablos y sus secuaces, obligados por la fuerza de la verdad, han tenido, a pesar suyo, que confesarlo así. De todos los pasajes de los santos Padres y Doctores que he reunido para probar esta verdad, sólo traeré uno, para no ser más difuso: *Tibi devotum esse, est arma quoedam salutis quoe Deus dat his quos vult salvos fieri...*: «El ser devoto tuyo, oh María, dice San Juan Damasceno, es un arma de salvación que Dios concede a aquellos que quiere salvar.» También podía aquí referir algunas historias que confirman esto mismo, entre otras: 1.°, la que se refiere en las Crónicas de San Francisco, el cual vió en éxtasis una gran escalera que llegaba al cielo, al fin de la cual estaba la Santísima Virgen, y por la cual, Dios le indicó que era preciso que subiéramos si queríamos llegar al cielo; 2.°, la que se menciona en las Crónicas de Santo Domingo, cuando quince mil demonios que poseían el alma de un desgraciado hereje, cerca de Carcasona, en donde este santo predicaba el Rosario, con gran confusión de ellos, se vieron obligados a confesar, por mandato de María, muchas grandes y consoladoras verdades relativas a su devoción, con tal fuerza y claridad, que, por poco devotos que seamos de esta Señora, no podemos leer dicha historia auténtica ni el panegírico que el diablo hizo, a pesar suyo, de la devoción a la Santísima Virgen, sin derramar lágrimas de alegría.

2.º *Especialmente los que aspiran a la perfección.*

Si la devoción a la Santísima Virgen es necesaria a todos los hombres para conseguir su salvación, lo es más todavía a los que se sienten llamados a una perfección particular, y no creo yo que jamás persona alguna pueda adquirir una unión íntima con el Señor, y una fidelidad perfecta al Espíritu Santo, sin una estrechísima unión con María y una gran dependencia de su socorro.

Sólo María es la que ha hallado gracia ante Dios sin necesidad de ninguna otra pura criatura. Sólo por Ella han conseguido esta gracia los que la han encontrado ante Dios, y sólo por Ella la obtendrán cuantos en lo sucesivo la han de hallar. Ella estaba henchida de gracia cuando la saludó el arcángel Gabriel; el Espíritu Santo la dejó sobreabundantemente llena de gracia cuando la cubrió con su sombra inefable, y de tal manera ha aumentado Ella, de día en día y de momento en momento, esta doble plenitud de la gracia, que se ha elevado a un grado de gracia inmensa e inconcebible; en forma que el Altísimo la ha hecho tesorera única de sus riquezas y dispensadora única de sus gracias para ennoblecer, levantar y enriquecer a quien Ella quiere, para hacer caminar por la estrecha senda del cielo a quien Ella quiere, para permitir, a pesar de todos los obstáculos, la entrada por la angosta puerta de la vida a quien Ella quiere, y para dar el trono, el cetro y la corona de rey a quien Ella quiere. Jesús en todas partes y

siempre es el fruto y el Hijo de María, y María es en todo lugar y tiempo el árbol verdadero que contiene el fruto de vida, y la verdadera Madre que le produce.

Sólo María es a quien Dios ha confiado las llaves de las bodegas del amor divino, y el poder de entrar y de hacer entrar a los otros en las vías más sublimes y secretas de la perfección. Ella sola es la que permite la entrada en el paraíso terrestre a los miserables hijos de la Eva infiel, para pasear en él agradablemente con Dios; ocultarse con seguridad de sus enemigos, alimentarse deliciosamente, sin temer nunca a la muerte del fruto de los árboles de la vida y de la ciencia del bien y del mal, y para beber a grandes tragos las aguas celestes de esta hermosa fuente que allí salta en abundancia; o más bien, Ella misma es el paraíso terrestre, esa tierra virgen y bendita, de la cual fueron despedidos Adán y Eva pecadores: Ella sólo da la entrada en sí misma a aquellos y a aquellas a quienes le place, para hacerlos santos.

Todos los ricos del pueblo, para servirme de la expresión del Espíritu Santo, según la explicación de San Bernardo, pedirán vuestra mirada de siglo en siglo, y, particularmente, al fin del mundo, es decir, que los más grandes santos, las almas más ricas en gracias y virtudes, serán las más asiduas en rogar a la Santísima Virgen, en tenerla siempre presente, como su perfecto modelo, para imitarla, y como su poderosa ayuda que las ha de socorrer.

ARTICULO IV

Oficio que hará María especialmente en los últimos tiempos.

§ 1.—*Miradas proféticas sobre los últimos tiempos.*

He dicho que todo lo anteriormente expuesto sucederá particularmente al fin del mundo y bien pronto, porque el Altísimo, según ha sido revelado a un alma santa, cuya vida ha escrito M. de Renty, debe formarse en unión con su Madre, grandes santos que sobrepujarán en santidad a la mayor parte de los otros santos, como los cedros del Líbano exceden a los arbustillos.

Estas grandes almas, llenas de gracia y de celo, serán escogidas para oponerse a los enemigos de Dios, que se estremecerán por todas partes, y serán de una manera especial, devotas de María, esclarecidas por su luz, alimentadas con su leche, conducidas por su espíritu, sostenidas por su brazo y guardadas bajo su protección, de modo que combatirán con una mano y edificarán con la otra. Con una mano lucharán, derribarán y aplastarán a los herejes con sus herejías, a los cismáticos con sus cismas, a los idólatras con sus idolatrías y a los pecadores con sus impiedades, y con la otra mano edificarán el templo del verdadero Salomón y la mística ciudad de Dios, es decir, la Santísima Virgen, llamada por los Santos Padres *el templo de Salomón y la ciudad de Dios.* Conducirán a

todo el mundo con sus palabras y ejemplos a la verdadera devoción de María, lo cual les acarreará muchos enemigos, pero también muchas victorias y glorias para Dios sólo. Esto es lo que Dios ha revelado a San Vicente Ferrer, gran apóstol de su siglo, como claramente lo ha indicado él en una de sus obras.

Esto es lo que el Espíritu Santo parece haber predicho en el Salmo LVIII con estas palabras: *Et scient quia Deus dominabitur Jacob ea finium terroe; convertentur, ad vesperam, et famem patientur ut canes, et circuibunt civitatem...* «El Señor dominará en Jacob y en toda la tierra, ellos se convertirán al atardecer y sufrirán hambre como perros e irán alrededor de la ciudad buscando que comer.» Esta ciudad que los hombres buscarán al final del mundo, para convertirse y saciar el hambre que tendrán de la justicia, es la Santísima Virgen, a quien el Espíritu Santo llama pueblo y ciudad de Dios.

Por María se comenzó la salvación del mundo y por María se debe consumar. María apenas se dejó ver en la primera venida de Jesucristo, con el fin de que los hombres, todavía poco instruídos e ilustrados sobre la persona de su Hijo, no se separasen de El aficionándose fuerte y violentamente a Ella, lo que sin duda alguna hubiera sucedido si Ella hubiese sido conocida, a causa de los admirables atractivos que el Altísimo puso aun en su exterior; y esto es tanta verdad, que San Dionisio Areopagita nos dejó escrito que, cuando la vió, la hubiera tenido por una divinidad, en vista de sus secretos atractivos y de su belleza incomparable, si la fe que él profesaba no le

dijera lo contrario. Pero en la segunda venida de Jesucristo, debe ser conocida y revelada por el Espíritu Santo, a fin de hacer por medio de Ella que los hombres conozcan, amen y sirvan a Jesucristo; pues entonces ya no subsistirán aquellas razones que obligaron al Espíritu Santo a ocultar a su Esposa durante su vida y a manifestarla sólo raras veces desde que se predicó el Evangelio.

Dios quiere, pues, revelar y descubrir a María, la obra maestra de sus manos, en estos últimos tiempos.

1.° Porque Ella se ocultó en este mundo y se colocó más baja que el polvo por su propia humildad, habiendo conseguido de Dios, de sus Apóstoles y Evangelistas que apenas la manifestaran.

2.° Porque, siendo la obra maestra de las manos de Dios, tanto aquí abajo por la gracia como en el cielo por la gloria, El quiere ser en Ella glorificado y alabado en la tierra por los mortales.

3.° Como Ella es la aurora que precede y descubre al Sol de justicia, que es Jesucristo, debe ser conocida y vista a fin de que lo sea Jesucristo.

4.° Como es el camino por donde Jesucristo ha venido a nosotros la primera vez, lo será también cuando Este venga la segunda, aunque de diferente manera.

5.° Siendo el medio seguro y la vía recta e inmaculada para ir a Jesucristo y encontrarle perfectamente, por Ella le deben también hallar las almas santas que han de resplandecer en santidad. El que encuentre a María encontrará la vida, es decir, a Jesucristo, que es el camino, la verdad y la vida; pero

no se puede encontrar a María si no se la busca; no se la puede buscar si no se la conoce, pues jamás se busca ni se desea el objeto que no se conoce; por tanto, es necesario que, para llegar al exacto conocimiento y gloria de la Santísima Trinidad, sea María conocida como nunca.

6.° María debe brillar más que nunca en misericordia, en fuerza y en gracia en estos últimos tiempos; en misericordia, para atraer y recibir amorosamente a los pobres pecadores y desviados que se convertirán y volverán al seno de la Iglesia Católica; en fuerza contra los enemigos de Dios, los idólatras, cismáticos, mahometanos, judíos impíos obstinados que se revolverán terriblemente para seducir y hacer caer, por medio de promesas y amenazas, a todos los que les serán contrarios; y por último, debe resplandecer en gracia, para animar y sostener a los valientes soldados y fieles servidores de Cristo, que combatirán por sus intereses.

7.° En fin, María debe ser terrible al demonio y a sus secuaces como un ejército colocado en orden de batalla, principalmente en estos últimos tiempos, porque el diablo, sabiendo que tiene poco tiempo y menos que nunca para perder las almas, redobla todos los días sus esfuerzos y sus ataques; suscitará en breve nuevas persecuciones y armará terribles emboscadas a los servidores fieles y a los verdaderos hijos de María, a quienes le cuesta vencer mucho más que a los otros.

§ II.—*Lucha de María y de los suyos contra Satanás y sus secuaces.*

De estas últimas y crueles persecuciones del diablo, que irán aumentando de día en día hasta que venga el reinado del Anticristo, es de las que principalmente se ha de entender aquella primera y célebre predicción y maldición de Dios, fulminada en el paraíso terrenal contra la serpiente. Aprovecharemos la oportunidad de explicarla aquí, para gloria de María, consuelo de sus hijos y confusión de los demonios.

Inimicitias ponam inter te et mulierem, et semen tuum et semen illius; ipsa conteret caput tuum, et tu insidiaberis calcaneo ejus (*Gen., III.* 5): «Crearé enemistades entre ti y la mujer, entre tu descendencia y la suya; ella misma te aplastará la cabeza y tú pondrás asechanzas contra su talón.»

Dios no ha hecho ni formado nunca más que una sola enemistad, pero irreconciliable, que durará y aumentará sin fin, y es entre María, su digna Madre, y el diablo; entre los hijos y servidores de la Santísima Virgen, y los hijos y secuaces de Lucifer, de manera que el más terrible de los enemigos que Dios ha creado contra el demonio es María, a quien dió desde el paraíso terrestre, a pesar de que Ella sólo existía entonces en la mente divina, tal odio contra ese maldito enemigo de Dios, tanta industria para descubrir la malicia de aquella antigua serpiente, tanta fuerza para vencer, aterrar y aplastar a ese orgu-

lloso impío, que él la teme, no sólo más que a todos los ángeles y hombres, sino, hasta cierto punto, más que al mismo Dios; y esto no porque la ira, el odio y el poder de Dios no sean infinitamente mayores que los de la Santísima Virgen, cuyas perfecciones son limitadas, sino, primero, porque Satanás, dado su orgullo, sufre infinitamente más al ser vencido y castigado de una pequeña y humilde esclava de Dios, y la humildad de ésta le humilla más que el poder divino; segundo, porque Dios ha otorgado a María un poder tan grande contra los demonios, que más temen ellos, según muchas veces han declarado a su pesar por la boca de los posesos, uno sólo de los suspiros de María en favor de algún alma, que las oraciones de todos los santos, y una sola de sus amenazas más que todos los otros tormentos.

Lo que Lucifer perdió por orgullo, ganólo María por humildad; lo que Eva condenó y perdió por su desobediencia, salvólo María por su obediencia. Eva, obedeciendo la voz de la serpiente, perdió consigo a todos sus hijos y los entregó al poder de Satanás. María, conservándose perfectamente fiel a Dios, ha salvado con Ella a todos sus hijos y servidores, y los ha consagrado a la Majestad divina.

Dios no sólo ha creado una enemistad, sino *enemistades*, y no sólo entre María y el demonio, sino entre la descendencia de la Santísima Virgen y la del diablo: es decir, Dios ha levantado enemistades, antipatías y odios secretos entre los verdaderos hijos y servidores de su Madre y los hijos y esclavos del demonio; por eso no se aman mutuamente ni tienen

correspondencia interior unos con otros. Los hijos de Belial, los esclavos de Satanás, los amigos del mundo (pues estos distintos nombres significan una misma cosa), han perseguido incesantemente hasta aquí y perseguirán todavía como nunca a aquellos y aquellas que pertenezcan a la Santísima Virgen, así como en otro tiempo Caín persiguió a su hermano Abel, y Esaú a su hermano Jacob, que son las figuras de los réprobos y de los predestinados. Pero la humilde María triunfará siempre del orgulloso demonio y la victoria será tan grande, que llegará a aplastarle la cabeza, en donde reside su orgullo: Ella descubrirá siempre su malicia de serpiente; Ella hará manifiestas sus tramas infernales; Ella disipará sus consejos diabólicos, y a sus fieles servidores los librará hasta el fin de los tiempos de las garras de esta fiera cruel.

§ III.—*Los apóstoles de los últimos tiempos.*

Pero el poder de María sobre todos los diablos brillará particularmente en los últimos tiempos en que Satanás pondrá asechanzas a su talón, es decir, a sus humildes esclavos y a sus pobres hijos, que Ella suscitará para que le hagan guerra. Serán pequeños y pobres según el mundo, y rebajados ante los otros como el talón, hollados y oprimidos como el talón lo es respecto de los demás miembros del cuerpo; pero, en cambio, serán ricos de la gracia de Dios, que María les distribuirá abundantemente, grandes y exaltados en santidad delante de Dios, superiores a toda

criatura por su celo inflamado, y tan fuertemente apoyados en el socorro divino, que con la humildad de su talón, en unión de María, aplastarán la cabeza del diablo y harán triunfar a Jesucristo.

En fin, Dios quiere que su Santísima Madre sea ahora más conocida, amada y honrada que nunca, lo cual se conseguirá, sin duda, si los predestinados entran con la gracia y la luz del Espíritu Santo en la práctica interior y perfecta que les descubriré a continuación. Entonces verán claramente, en cuanto se lo permite la fe, a esa estrella del mar, guiados por la cual, arribarán seguros al puerto, a pesar de las tempestades y de los piratas; conocerán las grandezas de esta Soberana, y se consagrarán enteramente a su servicio, como sus súbditos y esclavos de amor; experimentarán sus dulzuras y sus bondades maternales, y la amarán tiernamente, como sus hijos predilectos; conocerán las misericordias de que está llena, y las necesidades en que se encuentran de su ayuda, y recurrirán a Ella, en todas las cosas como a su querida abogada y medianera ante Jesucristo; sabrán que Ella es el medio más seguro, el más fácil, el más corto y el más perfecto para ir a Jesucristo, y le entregarán el cuerpo y el alma, sin reserva, para pertenecer igualmente a Jesucristo.

Pero ¿qué es lo que serán estos servidores, esclavos e hijos de María? Serán un fuego abrasador de los ministros del Señor, que prenderán el fuego del amor divino por todas partes, serán *sicut sagitoe in manu potentis*, como flechas agudas en la mano de esta Virgen poderosa, para atravesar a sus enemigos.

Serán los hijos de Leví, bien purificados por el fuego de grandes tribulaciones y bien unidos a Dios, los cuales llevarán el oro del amor en el corazón, el incienso de la oración en el espíritu y la mirra de la mortificación en el cuerpo, y por todas partes serán buen olor de Jesucristo a los pobres y a los pequeños, mientras que serán olor de muerte para los grandes, para los ricos y para los orgullosos del mundo.

Serán tronadoras nubes que volarán por los aires al menor soplo del Espíritu Santo, y que, sin apegarse a nada, ni extrañarse de nada, ni preocuparse de cosa alguna, descargarán la lluvia de la palabra de Dios, y de la vida eterna; tronarán contra el pecado, retumbarán contra el mundo, herirán al diablo y a los suyos, y atravesarán de parte a parte, para la vida o para la muerte, con el cuchillo de dos filos de la palabra de Dios, todos aquellos a quienes serán enviados de parte del Altísimo.

Serán los apóstoles verdaderos de los últimos tiempos, a quienes el Señor de las virtudes dará la palabra y la fuerza para obrar maravillas y obtener gloriosos trofeos sobre sus enemigos; dormirán sin oro ni plata y, lo que es más, sin cuidados en medio de los sacerdotes, eclesiásticos y clérigos *inter medios cleros* (1), y, sin embargo, tendrán alas plateadas de paloma para volar con la pura intención de la gloria de Dios y de la salvación de las almas a donde los llama el Espíritu Santo, y no dejarán detrás de ellos,

(1) Ps., LXVII, 14.

en los lugares donde habrán predicado, más que el oro de la caridad, que es el cumplimiento de toda ley. En fin, sabemos que serán verdaderos discípulos de Jesucristo, que, caminando sobre las huellas de su pobreza, humildad, desprecio del mundo y caridad, enseñarán el camino de Dios en la verdad pura, según el santo Evangelio y no según las máximas del mundo, sin preocuparse ni hacer acepción de nadie, sin perdonar, escuchar ni temer a ningún mortal, por poderoso que sea.

En su boca tendrán el cuchillo de dos filos de la palabra de Dios, sobre sus espaldas llevarán el estandarte ensangrentado de la Cruz, en la mano derecha el crucifijo, en la izquierda el rosario, en su corazón los sagrados nombres de Jesús y de María, en toda su conducta la modestia y mortificación de Jesucristo. He aquí los grandes hombres que han de venir, pero a quienes María formará por orden del Altísimo, para extender su imperio sobre el de los impíos, idólatras y mahometanos. Mas ¿cuándo y cómo será esto?... Sólo Dios lo sabe; a nosotros sólo toca callar, rogar, suspirar y esperar: *Expectans expectavi* (1).

(1) Ps., XXXIX, 1.

CAPITULO II

Discernimiento de la verdadera devoción a la Santísima Virgen.

ARTICULO I

VERDADES FUNDAMENTALES

Habiendo tratado hasta aquí de la necesidad que tenemos de la devoción a la Santísima Virgen, debo ahora decir en qué consiste esta devoción, lo cual haré, con la ayuda de Dios, después de dejar sentadas algunas verdades fundamentales que darán luz sobre esta grande y sólida devoción que intento descubrir.

§ I.—*Primera verdad: Jesucristo, nuestro fin último.*

El fin último de todas nuestras demás devociones no debe ser otro que Jesucristo nuestro salvador, verdadero Dios y verdadero hombre; de lo contrario, estas devociones serían falsas e ilusorias. Jesucristo es el *alpha* y la *omega*, el principio y fin de todas las cosas. Si trabajamos, sólo es, como dice el Apóstol, para hacer a todo hombre perfecto en Jesucristo, porque sólo en El habitan toda la plenitud de la divinidad y todas las demás plenitudes de gracias, de virtudes y de perfecciones; porque sólo en El hemos sido bendecidos con toda suerte de bendición espi-

ritual, porque El es el único Maestro que debe enseñarnos, el único Señor de quien debemos depender, la única Cabeza a quien debemos estar unidos, el único Modelo a quien debemos conformarnos, el único Médico que debe curarnos, el único Pastor que nos debe alimentar, el único camino que debe conducirnos, la única Verdad que debemos creer, la única Vida que nos debe vivificar, y nuestro único Todo que en todas las cosas nos debe bastar. Debajo del cielo ningún otro nombre se nos ha dado, para que por él seamos salvos, más que el Nombre de Jesús. Dios no nos ha dado otro fundamento para nuestra salvación, para nuestra perfección y para nuestra gloria más que a Jesucristo; todo edificio que no descanse sobre esta piedra firme está fundado sobre arena movediza y caerá infaliblemente, tarde o temprano. Todo fiel que no esté unido a El, como un sarmiento a la cepa de la vid, caerá, se secará y sólo servirá para ser echado al fuego. Fuera de El sólo hay extravío, mentira, iniquidad, inutilidad, muerte y condenación. Pero si permanecemos en Jesucristo y Jesucristo en nosotros, no temeremos ninguna condenación, porque ni los ángeles del cielo, ni los hombres de la tierra, ni los demonios del infierno, ni criatura alguna nos puede dañar, pues ella jamás nos puede separar de la caridad de Dios, que está en Cristo Jesús. Por Jesucristo, con Jesucristo, en Jesucristo todo lo podemos: tributar todo honor y gloria al Padre en unidad del Espíritu Santo, hacernos perfectos y ser a nuestro prójimo un buen olor de vida eterna.

Si nosotros, pues, establecemos la sólida devoción a la Santísima Virgen, sólo es para establecer más perfectamente la de Jesucristo, para ofrecer un medio fácil y seguro de encontrar a Jesucristo. Si la devoción a la Santísima Virgen alejase de Jesucristo, sería necesario rechazarla como una ilusión del diablo; pero tan lejos está esto de ser así que, muy al contrario, como ya hemos demostrado y haré ver todavía a continuación, esta devoción nos es necesaria para encontrar perfectamente a Jesucristo, para amarle con ternura y para servirle con fidelidad.

A Vos me dirijo yo en estos momentos, amabilísimo Jesús, para quejarme amorosamente a vuestra Majestad de que la mayor parte de los cristianos, aun los más instruídos, no conocen el enlace necesario que existe entre Vos y vuestra Santísima Madre. Vos, Señor, estáis siempre con María y María está siempre con Vos y no puede estar sin Vos, pues, de lo contrario, dejaría de ser lo que es; Ella está de tal manera transformada en Vos por la gracia, que ni vive ni es nada en realidad, sino que Vos, Jesús mío, sois quien vive y reina en Ella más perfectamente que en todos los ángeles y bienaventurados. ¡Ah! si los hombres conocieran la gloria y el amor que Vos recibís en esta criatura admirable, tendrían hacia Vos y Ella muy distintos sentimientos de los que al presente abrigan. Tan íntimamente unida está Ella a Vos, que, antes se separaría la luz del sol y el calor del fuego: digo más, antes se separaría de Vos a los ángeles y a los santos, que a esta divina

Señora; porque Ella os ama más ardientemente que todas las demás criaturas juntas.

Según esto, amable Señor, ¿no es una cosa que causa admiración y lástima ver la ignorancia y las tinieblas que embargan a los hombres de este mundo con respecto a vuestra Santísima Madre? Y ahora no hablo de tantos idólatras y paganos, que, no conociéndoos a Vos, menos hacen por conocer a Ella; no hablo tampoco de los herejes y cismáticos que, como están separados de Vos y de vuestra santa Iglesia, no cuidan para nada de ser devotos de vuestra Santísima Madre; hablo, sí, de los católicos que, haciendo profesión de enseñar a los otros las verdades, ni os conocen a Vos ni a vuestra Santísima Madre más que de una manera especulativa, seca, estéril e indiferente. Hablan rarísimas veces de vuestra Santísima Madre y de la devoción que se le debe profesar, porque temen, dicen ellos, que se abuse de esta devoción y que honrando a vuestra Madre Santísima se infiera injuria a Vos. Si ven u oyen a algún devoto de María hablar con frecuencia de la devoción a esta Madre bondadosa de una manera tierna, fuerte y persuasiva, como de un medio seguro sin ilusiones, de un camino corto sin peligros, de una senda inmaculada sin imperfección y de un secreto maravilloso para encontraros y amaros perfectamente, claman contra él y le arguyen con mil razones falsas para probarle que no es conveniente que hable tanto de la Santísima Virgen, que hay grandes abusos en esta devoción, que es necesario trabajar con empeño para destruirlos, y hablar de Vos antes que propagar

en los pueblos la devoción a María, a quien ya aman bastante.

A veces se les oye hablar de la devoción a vuestra Santísima Madre, pero no es para establecerla ni inculcarla, sino para destruir los abusos que de ella se cometen, mientras que carecen de piedad y de devoción tierna para con Vos, porque no la tienen para con María, y consideran el Rosario y el Escapulario como devociones de mujercillas, propias para los ignorantes, de las cuales nadie tiene necesidad para salvarse; y si tropiezan con algún devoto de María, que reza el Rosario o practica hacia Ella alguna otra devoción, trabajan pronto por que desista de la afición a estas cosas, y en lugar del Rosario, le aconsejan los siete salmos, y en vez de la devoción a la Santísima Virgen le aconsejan la devoción a Jesucristo.

¿Estos tales tienen, amable Jesús mío, vuestro Espíritu? ¿Os agradan obrando de esta manera? ¿Es agradaros no hacer todos los esfuerzos posibles para agradar a vuestra Madre, por miedo de disgustaros a Vos? ¿La devoción a vuestra Santísima Madre se opone a la vuestra? ¿Es que Ella se atribuye el honor que se la tributa? ¿Es que Ella forma bando aparte? ¿Es Ella una extraña, que no tiene con Vos ninguna relación? ¿Es desagradar a Vos el agradar a Ella? ¿Es separarse o alejarse de vuestro amor el entregarse a Ella y amarla? Sin embargo, mi amable Maestro, la mayor parte de los sabios, en castigo de su orgullo, no se alejarían más de la devoción a vuestra Santísima Madre, ni se mostrarían más indiferentes de lo que ahora son para con Ella,

si fuera verdad lo que acabo de decir. Guardadme, Señor, guardadme de sus sentimientos y de sus prácticas, y comunicadme alguna parte de los sentimientos de reconocimiento, de estima, de respeto y de amor que Vos abrigáis hacia vuestra Santísima Madre, a fin de que os ame y glorifique cuanto más os imite y cuanto más de cerca os siga.

Permitidme que, como si hasta aquí no hubiera aun dicho nada en honor de vuestra Santísima Madre, la alabe ahora dignamente: *Fac me digne tuam Matrem collaudare*, a pesar de todos sus enemigos, que son los vuestros, y que yo les diga en alta voz con los santos: *Non proesumat aliquis Deum se habere propitium, qui benedictam Matrem offensam habuerit...*: «No presuma obtener de Dios misericordia aquel que ofende a su Santísima Madre.» Para obtener de vuestra misericordia una verdadera devoción a vuestra Santísima Madre e inspirarla a toda la tierra, haced que os ame ardientemente, y aceptad, a este fin, la oración abrasada que os hago con San Agustín y vuestros más fieles amigos.

†

«Tu es Christus, pater meus sanctus, Deus meus pius, rex meus magnus, pastor meus bonus, magister meus unus, adjutor meus optimus, dilectus meus pulcherrimus, panis meux vivus, sacerdos meus in aeternum, dux meus ad patriam, lux mea vera, dulcedo mea sancta, via mea recta, sapientia mea praeclara, sim-

plicitas mea pura, concordia mea pacifica, custodia mea tota, portio mea bona salum mea sempiterna.

»Christe Jesu, amabilis Domine, cur amavi, quare concupivi omni vita mea quidquam praeter te, Jesum Deum meum? Ubi eram quando tecum mente non eram? Jam ex hoc nunc, omnia desideria mea, incalescite et effluite in Dominum Jesum; currite, satis hactenus tardatis; properate quo pergitis, quaerite quem quaeritis. Jesu, qui non amat te, anathema sit; qui te non amat, amaritudinibus repleatur... O dulcis Jesu, te amet, in te delectetur, te admiretur omnis sensus bonus tuae conveniens laudi. Deus cordis mei et pars mea, Christe Jesu, deficiat cor meum spiritu suo, et vivas tu inme, et comcalescat spiritu meo vivus carbo amoris tui, te excrescat in ignem perfectum; ardeat jugiter in ara cordis mei, ferveat in medullis meis, fiagret in absconditis animae meae; in die consummationis meae consummatus inveniar apud te... Amen» (1).

He querido poner en latín esta admirable oración de San Agustín, para que las personas que entienden este idioma la reciten todos los días pidiendo el amor de Jesús, que es el que buscamos por medio de María Santísima (2).

«Vos sois Cristo, mi Padre santo, mi Dios piadoso, mi rey grande, mi pastor bueno, mi maestro único,

(1) Tomo IX, *Operum meditat...*

(2) Creyendo prevenir el deseo de los fieles que no entienden el latín, damos una traducción de esta oración.

mi ayuda óptima, mi amado bellísimo; mi pan vivo, mi sacerdote eterno, mi guía para la patria, mi luz verdadera, mi dulzura santa, mi camino recto, mi sabiduría preclara, mi simplicidad pura, mi concordia pacífica, mi custodia completa, mi porción preciosa, mi salvación eterna.

¡Oh Jesucristo!, mi amable Señor, ¿por qué habré yo amado y deseado en toda mi vida algo fuera de Vos, Jesús, que sois mi Dios? ¿En dónde estaba cuando no pensaba en Vos? Inflamaos desde este momento, deseos todos de mi corazón, precipitaos hacia Jesús, mi Señor; corred, que mucho habéis tardado hasta ahora; apresuraos adonde vais; buscad a quien buscáis; Jesús, anatema contra aquel que no os ama, que se le llene el corazón de amargura a aquel que no cifra su amor en Vos... Oh dulce Jesús, que os ame, que se deleite en Vos y que os admire todo buen corazón preparado para vuestra gloria. Dios de mi corazón y porción mía, Cristo Jesús, que desfallezcan los alientos de mi pecho, y viváis Vos en mí y se enciendan en mi espíritu las brasas vivas de vuestro amor, que éste se dilate hasta transformarse en un fuego perfectísimo, que arda en las aras de mi corazón, que hierva en mis entrañas, que abrase el fondo de mi alma; para que en el día de mi muerte me halle consumado en vuestro amor. Amén» (1).

(1) Esta sublime oración la hemos traducido directamente del latín y no de la que con mucha elegancia, pero también con alguna libertad, hizo al francés nuestro Beato.—(*N. del T.*)

§ II.—*Segunda verdad: Nosotros pertenecemos a Jesucristo y a María.*

De lo que Jesucristo es para nosotros debemos concluir que nosotros en nada nos pertenecemos, como dice el Apóstol, sino a El totalmente, como sus miembros y sus esclavos, a quienes El ha comprado con el precio infinito de su sangre. Antes del Bautismo pertenecíamos al diablo, como sus esclavos; y el Bautismo nos ha hecho los verdaderos esclavos de Jesucristo, que no debemos vivir, trabajar ni morir más que a fin de fructificar para este Dios-Hombre, glorificarle en nuestro cuerpo y darle el reinado de nuestra alma, porque somos su conquista, su pueblo de adquisición y su herencia. Por esta misma razón el Espíritu Santo nos compara; 1.°, a árboles plantados en la corriente de las aguas de la gracia, en el campo de la Iglesia, que en tiempo oportuno deben dar su fruto; 2.°, a los sarmientos de una vid, cuya cepa es Jesucristo, y los cuales deben dar buenas uvas; 3.°, a un rebaño que tiene a Jesucristo por pastor y que se debe multiplicar y dar leche; 4.°, a una tierra buena cuyo labrador es Dios y en la cual la semilla se multiplica y reporta fruto al treinta, al sesenta, al ciento por uno. Jesucristo dió su maldición a la higuera infructuosa y fulminó la condenación contra el siervo inútil que no hizo valer su talento. Todo esto prueba que Jesucristo quiere recibir algunos frutos de nuestras pobres personas, a saber: nuestras buenas obras, porque estas buenas obras pertenecen a El única-

mente. *Creati in operibus bonis in Christo Jesu* (1): «Creados para las buenas obras en Cristo Jesús.» Las cuales palabras del Espíritu Santo muestran que Jesucristo es el único principio y debe ser el único fin de todas nuestras buenas obras, y que le debemos servir, no sólo como siervos asalariados, sino como esclavos de amor. Me explicaré:

En la tierra hay dos maneras de pertenecer a otro y de depender de su autoridad, es, a saber: la simple servidumbre y la esclavitud, las cuales producen lo que todos llamamos un siervo y un esclavo.

Por la servidumbre común, entre los cristianos, un hombre se obliga a servir a otro cierto tiempo mediante cierto salario o cierta recompensa.

Por la esclavitud un hombre depende totalmente de otro, durante toda su vida, y debe servir a su señor, sin esperar de él retribución ni recompensa alguna, lo mismo que un irracional sobre quien tenemos derecho de vida y muerte.

Hay tres clases de esclavitudes: la natural, la forzada y la voluntaria. De la primera manera, son esclavos de Dios todas las criaturas: *Domini est terra et plenitudo ejus* (2): de la segunda, lo son los demonios y los condenados; de la tercera, los justos y los santos. La esclavitud voluntaria es la más perfecta y la más gloriosa para Dios, el cual mira el corazón y nos le pide para sí, y El mismo se llama

(1) Epis. a los Efes., II, 10.
(2) Ps. XX, I.

Dios del corazón o de la voluntad amorosa, pues, por medio de esta esclavitud, posponemos todas las cosas a Dios y a su servicio, aun cuando la naturaleza a ello no nos obligue.

Existe una diferencia completa entre un siervo y un esclavo.

1.° Un siervo no da a su amo todo lo que es ni todo lo que posee ni todo lo que puede por sí o por otro adquirir; mas el esclavo se da todo entero a su dueño, con todo lo que posee y todo lo que puede adquirir, sin excepción ninguna.

2.° El siervo exige retribución por los servicios que presta a su amo; el esclavo no tiene derecho a exigir nada de esto, por mucha que sea la asiduidad, la industria y la fuerza que despliegue en sus trabajos.

3.° El siervo puede dejar a su amo cuando le plazca, o al menos cuando expire el tiempo de su servicio; pero el esclavo no puede, a voluntad, abandonar a su señor.

4.° El amo no tiene sobre el siervo ningún derecho de vida y muerte; de manera que, si le matara como a una bestia de carga, cometería un homicidio injusto: en cambio, las leyes conceden a los señores derecho de vida y muerte sobre los esclavos, de modo que pueden venderle a quien quieran, o matarle, lo mismo que podrían hacer con su caballo.

5.° Por último, el siervo sólo temporalmente está bajo las órdenes de su amo, pero el esclavo lo está para siempre.

Nada hay entre los hombres que tanto nos haga pertenecer a otro como la esclavitud; nada hay tampoco entre los cristianos que nos haga más absolutamente pertenecer a Jesucristo y a su Santísima Madre que la esclavitud voluntaria, según el ejemplo del mismo Jesucristo, que tomó la forma de esclavo por amor nuestro: *Forman servi accipiens* (1), y de la Santísima Virgen, que se ha llamado la sierva y esclava del Señor. El Apóstol se honra en llamarse *servus Christi* (2). Los cristianos son llamados muchas veces en la sagrada Escritura *servi Christi*; y con esta palabra de *servus*, según lo ha hecho notar con verdad un hombre insigne, designábase en otro tiempo a un esclavo, porque entonces aun no existían los siervos, tales como los conocemos hoy, pues que los señores sólo se hacían servir de esclavos o libertos; todo lo cual, el santo Concilio Tridentino, para no dejar duda alguna de que somos esclavos de Jesucristo, expresa con un término que no tiene nada de equívoco, llamándonos *mancipia Christi*, «esclavos de Jesucristo». Según esto:

Digo que debemos ser de Jesucristo y servirle, no sólo como siervos mercenarios, sino como esclavos amorosos que por efecto de un intenso amor, se dan y entregan a su servicio, en calidad de esclavos, por sólo el honor de pertenecerle. Antes del Bautismo éramos esclavos del demonio; el Bautismo nos ha hecho

(1) Epis. a los Felip., II, 7.
(2) Epist. a los Gá., I, 10.

esclavos de Jesucristo; luego, o el cristiano ha de ser esclavo del diablo o esclavo de Jesucristo.

Lo que digo, hablando en términos absolutos de Jesucristo, lo digo relativamente de la Santísima Virgen. Habiéndola escogido Jesucristo por compañera inseparable de su vida, de su muerte, de su gloria, de su poder en el cielo y en la tierra, le ha otorgado por gracia, relativamente a su Majestad, todos los derechos y privilegios que El posee por naturaleza: *Quidquid Deo convenit per naturam, Mariae convenit per gratiam...* «Lo que a Dios conviene por naturaleza, dicen los santos, conviene a María por gracia.» Así que, según ellos, como Dios y María tienen la misma voluntad y el mismo poder, tienen también los dos los mismos súbditos, siervos y esclavos.

Podemos, pues, según el sentir de los santos y de otros muchos varones insignes, llamarnos y hacernos esclavos de amor de la Santísima Virgen, a fin de ser de esta manera más perfectamente esclavos de Jesucristo. María es el medio de que el Señor se ha servido para venir a nosotros, y es también el medio que nosotros debemos emplear para ir a El. María no es como las otras criaturas, las cuales, si a ellas nos adherimos, pueden más bien separarnos que acercarnos a Dios; antes al contrario, su inclinación más irresistible es unirnos a Jesucristo, su Hijo, así como la más irresistible inclinación de Jesús es unirnos a El por medio de su Santísima Madre, lo cual es hacer a El gran honor y proporcionarle mucho placer, como sería honrar y agradar a un rey, si, para ser

más perfectamente súbditos y esclavos suyos, nos hiciéramos esclavos de la reina.

He aquí por qué los santos Padres y San Buenaventura con ellos, dicen que María es el camino para ir a Cristo: *Via veniendi ad Christu mest appropinquare ad illum* (In Psalte.-min.)

Demás de esto, si, como lo he dicho ya, la Santísima Virgen es la reina y soberana del cielo y de la tierra: *Ecce imperio Dei omnia subjiciuntur et Virgo; ecce imperio Virginis omnia subjiciuntur et Deus,* dicen San Anselmo, San Bernardo, San Bernardino, San Buenaventura, ¿por qué no ha de tener Ella tantos subditos y esclavos como criaturas hay en el mundo? Y entre tantos esclavos por fuerza, ¿no será razón admitir algunos de amor que, por su propia voluntad, la escojan en calidad de esclavos, como a su soberana? ¡Pues qué! si los hombres y los mismos demonios tienen sus esclavos voluntarios, ¿había de carecer de ellos sólo María? Más aún: si un rey se honra con que la reina, su compañera, posea esclavos sobre los cuales tenga ella derecho de vida y muerte, porque el poder y el honor de uno forman una misma cosa con el honor y el poder del otro, ¿nos atreveremos a creer que el Señor, que, como el mejor de todos los hijos, ha comunicado a María todo su poder, verá mal que su Santísima Madre tenga también sus esclavos? ¿Tiene acaso Jesús menos respeto y amor para con su Madre Santísima que Asuero le tuvo para Ester y que Salomón le tuvo para Betsabé? ¿Quién será tan osado que llegue no sólo a decir, sino a pensar cosa semejante?

Pero ¿a dónde me ha conducido mi pluma? ¿Por qué detenerme aquí a probar una cosa tan visible? Si no quiere alguno que nos llamemos esclavos de la Santísima Virgen, ¿qué importa? Hagámonos y llamémonos esclavos de Jesucristo, que lo seremos de María, porque Jesús es el fruto y la gloria de su Santísima Madre. Esto es lo que se consigue perfectamente por la devoción de que me voy a ocupar en seguida.

§ III.—*Tercera verdad: Debemos despojarnos de todo lo malo que hay en nosotros.*

Nuestras mejores acciones quedan de ordinario manchadas y corrompidas por el fondo de malicia que hay en nosotros. Cuando se vierte agua limpia y clara en un vaso que huele mal, o se echa vino en una pipa (1) cuyo interior está deteriorado por otro vino que contuvo, el agua clara y el vino bueno se echan a perder y toman fácilmente el mal olor del vaso o de la pipa. De la misma manera, cuando Dios arroja en el vaso de nuestra alma, maleada por el pecado original y actual, sus gracias y rocíos celestiales, o el vino delicioso de su amor, sus dones se corrompen y averían, ordinariamente, por la mala levadura y el mal fondo que el pecado dejó en nosotros; nuestras acciones, aun las virtudes más sublimes, se resienten de ello. Es, pues, de gran importancia, para

(1) Pipa, medida antigua de capacidad muy variable, empleada en el comercio de líquidos.

adquirir la perfección, que sólo se consigue por la unión a Jesucristo, vaciarnos a nosotros mismos de cuanto haya de malo en nosotros: si no es así, el Señor, que es infinitamente santo y detesta la menor mancha en el alma, nos arrojará de sus divinos ojos y jamás se unirá a nosotros.

Para vaciarnos de nosotros mismos se requiere:

1.° Conocer bien, con la luz del Espíritu Santo, nuestro mal fondo, nuestra incapacidad para todo lo bueno, nuestra debilidad en todas las cosas, nuestra inconstancia en todos los tiempos, nuestra indignidad para toda gracia y nuestra iniquidad en todo lugar. El pecado de nuestro primer padre a todos nos ha dañado, agriado, levantado y corrompido, como la levadura agria levanta y corrompe toda la masa en que se pone. Los pecados actuales que hemos cometido, ya mortales, ya veniales, por perdonados que estén, han aumentado nuestra concupiscencia, nuestra debilidad, nuestra inconstancia y nuestra corrupción, y han dejado restos de maldad en nuestra alma. Nuestros cuerpos están tan corrompidos que el Espíritu Santo los llama cuerpos de pecado, concebidos en el pecado, alimentados en el pecado y sólo capaces de pecado, cuerpos sujetos a mil y mil enfermedades que se corrompen de día en día y que no engendran más que sarna, gusanos y corrupción.

Nuestra alma, unida a este cuerpo, se ha hecho tan carnal que se llama carne: *Habiendo toda carne*

corrompido su camino (1). Por herencia sólo tenemos orgullo y ceguedad en el espíritu, endurecimiento en el corazón, debilidad e inconstancia en el alma, concupiscencia, pasiones revueltas y enfermedades en el cuerpo. Por naturaleza somos más orgullosos que los pavos reales, más pegados a la tierra que los sapos, más viles que los machos cabríos, más envidiosos que las serpientes, más glotones que los cerdos (2), más coléricos que los tigres, más perezosos que las tortugas, más debiles que los carrizos y más volubles que las veletas. En nuestro fondo no abrigamos más que la nada y el pecado, y no merecemos otra cosa que la ira (3) de Dios y la eternidad del infierno.

En vista de esto, ¿será de maravillar, si el Señor ha dicho que el que quiera seguirle debe renunciarse a sí mismo y odiar a su alma, y que el que ama a su alma la perderá, y el que la odia la salvará? (4). Esta infinita Sabiduría, que no da mandato alguno sin razón, no nos ordena el odio a nosotros mismos, sino porque somos sumamente dignos de odio: nada es tan digno de amor como Dios, y nada tan digno de odio como nosotros mismos.

(1) Gén., VI, 12.

(2) No se ofenda la delicadeza de los lectores de lo crudo de estas expresiones, las cuales han sido inspiradas por la realidad de las cosas; además, en tiempo del Beato no serían tan mal sonantes como hoy. Pues si lo hubieran sido, nada más natural que emplear algunos sinónimos que atenuasen las expresiones, dejando intacto el pensamiento.

(3) Ira, sinónimo poético de cólera.

(4) San Juan, XII, 25.

2.° Para vaciarnos de nosotros mismos es preciso que todos los días muramos a nosotros mismos; es decir, que se necesita renunciar a las operaciones de las potencias de nuestra alma y de los sentidos de nuestro cuerpo; que debemos ver como si no viésemos, oír como si no oyésemos, servirnos de las cosas de este mundo como si no nos sirviéramos de ellas, lo cual llama San Pablo morir todos los días: *Quotidie morior* (1). Si el grano de trigo, al caer en tierra, no muere, permanece solo y no produce buen fruto: *Nisi granum frumenti cadens in terram mortuum feurit, ipsum solum manet* (2). Si no morimos a nosotros mismos, y si nuestras más santas devociones no nos conducen a esta muerte necesaria y fecunda, no produciremos fruto que valga, y nuestras devociones nos serán inútiles; todas nuestras obras de justificación quedarán manchadas por nuestro amor propio y nuestra propia voluntad, lo cual hará que Dios abomine los mayores sacrificios y las mejores acciones que realicemos, que en nuestra muerte nos encontremos con las manos vacías de virtudes y méritos, y que no tengamos ni una chispa del puro amor que sólo se comunica a las almas que mueren a sí mismas y cuya vida está oculta con Jesucristo en Dios.

Es necesario escoger, entre todas las devociones a la Santísima Virgen, la que mejor nos lleve a esta

(1) I Cor., XV, 21.
(2) San Juan, XII, 24.

muerte de nosotros mismos, como la mejor y más eficaz para nuestra santificación; porque no hay que creer que todo lo que reluce es oro, que todo lo dulce es miel y que todo lo fácil de hacer y que practica el mayor número es lo que más conduce a la santificación. Así como hay en la naturaleza secretos para hacer en poco tiempo, con pocos gastos y con facilidad ciertas operaciones naturales, hay también en el orden de la gracia secretos para hacer en poco tiempo, con dulzura y facilidad, operaciones sobrenaturales, vaciarse de sí mismo, llenarse de Dios y hacerse perfecto.

La práctica que intento manifestar es uno de esos secretos de gracia, desconocido de la mayoría de los cristianos, conocido de pocas personas devotas, practicado y gustado de un número todavía mucho más pequeño. Para comenzar a descubrir esta práctica expongamos antes esta cuarta verdad que es una consecuencia de la tercera.

§ IV.—*Cuarta verdad: Necesidad de un mediador para con el Mediador Jesucristo.*

Es más perfecto, porque es más humilde, no acercarnos a Dios por nosotros mismos, sin tomar un mediador. Estando tan corrompido nuestro fondo, como acabo de mostrar, si nos apoyamos en nuestros propios trabajos, industrias y preparaciones para ir a Dios y agradarle, ciertamente las obras de nuestra justificación quedarán manchadas o pesarán poco ante Dios para obligarle a que se una a nosotros y

nos atienda. Por esto, no sin razón nos ha dado Dios mediadores ante su Majestad. El ha visto nuestra indignidad e incapacidad; ha tenido piedad de nosotros, y para hacernos capaces de sus misericordias, nos ha provisto de poderosos intercesores para con su grandeza: de modo que prescindir de estos mediadores y acercarse directamente a su santidad, sin recomendación alguna, es carecer de humildad, carecer de respeto hacia un Dios tan alto y tan santo; es hacer menos caso de este Rey de reyes que el que se haría de un rey o de un príncipe de la tierra, al cual nadie querría acercarse sin algún amigo que hable por él.

El Señor es nuestro abogado y medianero de redención para con el Padre; por medio de El debemos rogar con toda la Iglesia triunfante y militante; por El es por quien tendremos acceso ante su Majestad, y sólo apoyados y revestidos de sus méritos es como debemos presentarnos ante Dios, de la manera que el niño Jacob, cubierto con las pieles de cabritos, apareció ante su padre Isaac para recibir su bendición.

Pero, ¿es que no tenemos necesidad de un mediador para con el mismo Mediador? ¿Es nuestra pureza bastante grande para unirnos directamente a El por medio de nosotros mismos? ¿No es El acaso Dios, igual en todas las cosas a su Padre, y por consiguiente, el Santo de los santos, tan digno de respeto como el Padre? Si, por su caridad infinita, El se ha hecho nuestro fiador y medianero ante Dios su Padre, para apaciguarle y pagarle lo que nosotros le

debemos, ¿será esto motivo para que tengamos menos respeto y temor hacia su majestad y santidad?

Digamos, pues, sin encogimiento, con San Bernardo, que tenemos necesidad de un mediador ante el mismo Mediador, y que María Santísima es la más capaz de cumplir este oficio caritativo; por Ella vino Jesucristo al mundo y por Ella debemos acercarnos a El. Si tememos ir directamente a Jesucristo nuestro Dios, a causa de su grandeza infinita, de nuestra bajeza o de nuestros pecados, imploremos con santa osadía la ayuda y la intercesión de María nuestra Madre, que Ella es buena y tierna, y no tiene nada de austero ni repulsivo, ni aun de muy sublime y brillante, y, al verla, no vemos otra cosa que nuestra pura naturaleza. Ella no es el sol que, por la viveza de sus rayos, pudiera ofuscarnos a causa de nuestra debilidad, sino que es bella y dulce como la luna, que recibe su luz del sol y la templa para acomodarla a lo que nuestra pequeñez puede resistir; Ella es tan caritativa, que no rechaza a nadie de los que acuden a su intercesión, por muy pecadores que sean, porque, como dicen los santos, jamás se ha oído decir, desde que el mundo es mundo, que haya alguno recurrido a la Santísima Virgen con confianza y perseverancia, y haya sido desechado. Ella es tan poderosa que nunca han sido rehusadas sus peticiones; basta que María se presente ante su Hijo rogándole, para que Jesús, vencido amorosamente por los pechos, por las entrañas y por las súplicas de su queridísima Madre, al punto le otorgue lo que Esta

le pide, o reciba lo que Ella, en nombre nuestro, le ofrece

Todo esto está sacado de San Bernardo y San Buenaventura; por manera que, según ellos, tenemos todos, para ir a Dios, que subir tres escalones: el primero, que es el más cercano a nosotros y el más conforme a nuestra capacidad, es María; el segundo es Jesucristo, y el tercero es el Padre Eterno. Para ir a Jesús es preciso ir a María, que es nuestra medianera por intercesión, y para ir al Padre Eterno es necesario ir a Jesús, que es nuestro mediador por redención. Este es el orden que se guarda perfectamente en la devoción que voy en seguida a indicar.

§ V.—*Quinta verdad: Nuestros bienes espirituales están expuestos a perderse en nuestras manos.*

Es muy difícil, dada nuestra debilidad y nuestra fragilidad, que conservemos en nosotros las gracias y los tesoros que hemos recibido de Dios. 1.°, porque ese tesoro, que vale más que el cielo y la tierra, le conservamos en vasos frágiles: *Habemus thesaurum istud in vasis fictilibus* (1); en un cuerpo corruptible, en un alma débil e inconstante que por una nonada se turba y abate; 2.°, porque los demonios, que son ladrones muy astutos, quieren sorprendernos de improviso para robarnos y despojarnos: espían de día y de noche el momento favorable; a este fin incesantemente dan vueltas alrededor de nosotros para devo-

(1) I Cor., IV, 7.

rarnos y quitarnos en un momento, por el pecado, todas las gracias y méritos que en muchos años hemos podido ganar. Su malicia, su experiencia, sus astucias y su muchedumbre deben hacernos temer infinitamente esta desgracia, ya que personas más llenas de gracias, más ricas en virtudes, más experimentadas y más crecidas en santidad, han sido sorprendidas, robadas y saqueadas lastimosamente. ¡Ah! ¡cuántos cedros del Líbano y estrellas del firmamento se han visto caer miserablemente y perder su elevación y su claridad en poco tiempo! ¿De dónde se ha originado este cambio tan extraño? Sin duda no ha sido por falta de gracia, de la cual nadie carece, sino por la falta de humildad. Creyéronse más fuertes y poderosos de lo que eran; creyéronse capaces de guardar su tesoro; se fiaron y apoyaron en sí mismos; creyeron que su casa estaba bastante segura y que sus cofres eran bastante fuertes para guardar el precioso tesoro de la gracia, y por este apoyo imperceptible que tuvieron en sí mismos, aunque les parecía que únicamente se apoyaban en la gracia de Dios, es por lo que el Señor, en justicia, ha permitido que sean robados, abandonándolos a ellos mismos. ¡Ah! si hubiesen conocido la admirable devoción que les voy a mostrar a continuación, habrían confiado su tesoro a una Virgen poderosa y fiel que se lo habría guardado como sus propios bienes, llegando a obligarse a ello como en justicia; 3.° es difícil perseverar en la gracia a causa de la extraña corrupción del mundo. El mundo está al presente tan corrompido que se hace como necesario que las almas piadosas

queden afeadas, si no por su cieno, al menos por su polvo: hasta el punto que es una especie de milagro que una persona permanezca firme en medio de este torrente impetuoso sin ser arrastrada por su corriente, en medio de este mar tempestuoso sin ser anegada o saqueada por los piratas y corsarios, en medio de esta atmósfera viciada sin quedar en ella contagiada; sólo la Virgen, que ha permanecido siempre fiel, de la cual jamás ha obtenido nada la serpiente, es la que hace este milagro en favor de aquellos y aquellas que la sirven (1) lo mejor que pueden.

ARTICULO II

Las falsas devociones a la Santísima Virgen.

Presupuestas estas cinco verdades, se necesita, ahora más que nunca, hacer una buena elección de la verdadera devoción a la Santísima Virgen; pues hoy, como nunca, hay un sinnúmero de falsas devociones a la Santísima Virgen que fácilmente podríamos tomar por verdaderas. El demonio lo mismo que un monedero falso y un ladrón astuto y experimentado, ha engañado y condenado a tantas almas, por las devociones falsas a María, que todos los días se sirve de su experiencia diabólica para condenar a otras muchas, entreteniéndolas y haciéndolas dormir en el

(1) Estas tres palabras "que la sirven" no están en el manuscrito, pero parecen necesarias para poner de manifiesto el pensamiento del Beato.

pecado, so pretexto de algunas oraciones mal dichas y de algunas prácticas exteriores que les inspira. Así como un falso acuñador de moneda no falsifica ordinariamente más que el oro y la plata, y muy raras veces los otros metales, porque no valen la pena, del mismo modo el maligno espíritu no falsifica las otras devociones tanto como las de Jesús y María, la devoción a la Sagrada Comunión y la devoción a la Santísima Virgen, porque éstas son, entre las demás devociones, lo que el oro y la plata entre los metales.

Importa mucho, pues, conocer: 1.° las falsas devociones a María, para evitarlas, y la verdadera, para abrazarla; 2.° cuál es, entre las muchas y diferentes prácticas de la verdadera devoción a la Santísima Virgen, la más perfecta, la más agradable a María, la más gloriosa para Dios y la más eficaz para nuestra santificación, a fin de entregarnos a ellas.

Siete son las clases de falsos devotos y de falsas devociones a la Santísima Virgen, es a saber: 1.° los devotos *críticos;* 2.° los devotos *escrupulosos;* 3.° los devotos *exteriores;* 4.° los devotos *presuntuosos;* 5.° los devotos *inconstantes;* 6.° los devotos *hipócritas;* 7.° los devotos *interesados.*

§ I.—*Los devotos críticos.*

Los devotos *críticos* son, por lo común, los sabios orgullosos, espíritus fuertes y pagados de sí mismos, que en el fondo tienen alguna devoción a María, pero que critican casi todas las prácticas de devoción a la Santísima Virgen con que las personas sencillas honran sencilla y santamente a esta tierna Madre, sólo porque no se acomodan a su orgullo. Ponen en duda todos los milagros e historias referidos por autores fidedignos, o sacados de crónicas de las Ordenes religiosas, que dan fe de la misericordia y del poder de la Santísima Virgen. No saben ver sin pena a las gentes sencillas y humildes arrodilladas ante un altar o una imagen de la Santísima Virgen, a veces en el ángulo de una calle, rogando a Dios, y hasta los acusan de idolatría, cual si adorasen la madera o la piedra; dicen que ellos no pueden aprobar esas devociones exteriores, y que no son de espíritu tan cálido que vayan a creer tantos cuentos e historias como se atribuyen a la Santísima Virgen. Si se les refieren las alabanzas admirables que los Santos Padres han tributado a María, o responden que al hacerlo así hablaban como oradores, exagerando las cosas, o dan una mala interpretación a sus palabras. Todos estos falsos devotos y gentes orgullosas y mundanas son mucho de temer y hacen gran daño a la devoción a la Santísima Virgen, alejando de ella a los pueblos de una manera eficaz, bajo pretexto de destruir sus abusos.

§ II.—*Los devotos escrupulosos.*

Los devotos *escrupulosos* son gente que teme deshonrar al Hijo, honrando a la Madre, rebajar al uno, mientras se ensalza a la otra. No pueden tolerar que a la Santísima Virgen se la den las justísimas alabanzas que le han tributado los santos Padres; ven con pena que haya más gente de rodillas ante un altar de María que delante del Santísimo Sacramento, ¡como si aquello se opusiera a esto, como si los que ruegan a la Santísima Virgen no rogasen a Jesucristo por medio de Ella! No quieren que se hable con tanta frecuencia y que se acuda tantas veces a Ella. Sus más ordinarias sentencias son éstas, entre otras: ¿Para qué tantos rosarios, tantas cofradías y tantas devociones exteriores a la Santísima Virgen? ¡En esto hay mucha ignorancia! Esto es hacer de la religión una mojiganga. Habladme de los devotos de Jesucristo (y al pronunciar esta palabra, lo digo entre paréntesis, dejan con mucha frecuencia de descubrirse): a Jesucristo es a quien hay que recurrir, como a nuestro mediador único; a Jesucristo es a quien se debe predicar, ¡esto es lo verdaderamente sólido! Y todo cuanto dicen es verdad en un sentido pero, atendido el fin de sus palabras, que es impedir la devoción a la Santísima Virgen, es muy peligroso y una fina red que, con pretexto de un bien mayor, les tiende el demonio, pues jamás se honra a Jesucristo como cuando se honra a María, ya que si a ésta se la honra, es sólo con el fin de honrar más perfectamente a Jesucristo, en cuan-

to que sólo se va a Ella como al camino para encontrar el término adonde se va, que es Jesucristo.

La Iglesia, con el Espíritu Santo, bendice primero a la Santísima Virgen y luego a Jesucristo: *Benedicta tu in mulieribus, et benedictus fructus ventris tui, Jesus.* Y esto no porque la Santísima Virgen sea más que Jesucristo o igual a El, lo cual sería una herejía que deberíamos abominar, sino porque, para bendecir más perfectamente a Jesucristo, es necesario bendecir antes a María. Digamos, pues, con todos los verdaderos devotos de la Virgen, contra estos falsos devotos escrupulosos: *¡Oh María!, Vos sois bendita entre todas las mujeres y bendito es el fruto de vuestro vientre, Jesús.*

§ III.—*Los devotos exteriores.*

Devotos *exteriores* son las personas que hacen consistir toda la devoción a María en algunas prácticas exteriores; que no gustan más que del exterior de la devoción a esta Virgen bendita, porque carecen de espíritu interior; que rezarán muchos rosarios, pero precipitadamente; oirán muchas misas, mas sin atención; acudirán a las procesiones, mas sin devoción; se inscribirán en todas las cofradías, pero sin enmendar jamás su vida, sin hacer violencia a sus pasiones, sin imitar las virtudes de la Santísima Virgen. Si algo estiman de esta devoción es sólo la parte sensible, sin gustar lo que tiene de sólido; si les falta la sensiblería en sus prácticas, creen que ya no hacen nada, se desalientan, todo lo abandonan y ya todo lo hacen ato-

londradamente, de cualquier manera. El mundo está lleno de esta clase de devotos exteriores y no encontraremos jamás quien, como ellos, tanto critique a las personas de oración que ponen sus esfuerzos en conseguir el interior de esta devoción, como lo verdaderamente esencial, aunque sin menospreciar la exterioridad de la modestia de que siempre va acompañada la verdadera oración.

§ IV.—*Los devotos presuntuosos.*

Devotos *presuntuosos* son los pecadores que viven abandonados a las pasiones, o amadores del mundo que, bajo el hermoso nombre de cristianos y de devotos de la Santísima Virgen, ocultan el orgullo o la avaricia, o la impureza, o la embriaguez, o la cólera, o el perjurio, o la maledicencia, o la injusticia, etcétera; que duermen tranquilos en sus malos hábitos, sin hacerse mucha violencia para corregirse, con el pretexto de que son devotos de María; que esperan que Dios los perdonará, que no morirán sin confesión, y que no se condenarán, porque rezan el Rosario, porque ayunan los sábados, porque pertenecen a la cofradía del Santísimo Rosario, porque llevan el Escapulario o ingresan en alguna congregación mariana; porque llevan el hábito o la cadenilla de la Santísima Virgen, etc. Si alguien les dice que su devoción es una ilusión del demonio y una perniciosa presunción, capaz de perderlos, no le creen; dicen que Dios es bueno y misericordioso; que no nos ha criado para condenarnos; que no hay hombre que

no peque; que no morirán sin confesión; que un buen *peccavi* en la hora de la muerte les basta; demás de esto, que ya son devotos de la Santísima Virgen, que llevan el Escapulario; que rezan todos los días, y esto sin que sea ostentación y vanidad, siete Padrenuestros y Avemarías en su honor; que hasta rezan algunas veces el Rosario y el oficio de la Virgen; que ayunan, etc. Para confirmar lo que dicen y obstinarse más en su ceguedad, refieren algunas historias, verdaderas o falsas, que para ellos es lo mismo, las cuales han oído o leyeron en libros, en donde se atestigua, que personas muertas en pecado mortal, sin confesarse, en atención a que durante su vida rezaban algunas oraciones o practicaban algunas devociones a la Santísima Virgen, o han resucitado para confesarse, o ha permanecido su alma milagrosamente en el cuerpo hasta alcanzar la confesión, o por la misericordia de María han obtenido de Dios, en la hora de la muerte, la contrición y el perdón de sus pecados y, por tanto, su salvación, esperando ellos que les suceda otro tanto. Nada hay en el cristianismo que sea tan dañoso a las almas como esta presunción diabólica; porque, ¿podría acaso decir con verdad que honra y ama a la Santísima Virgen quien con sus pecados hiere, atraviesa, crucifica y ultraja sin piedad a Jesucristo su Hijo? Si María tuviera que salvar por su misericordia a esta clase de gentes, autorizaría el crimen, ayudaría a crucificar y ultrajar a su divino Hijo, y esto, ¿quién se atreverá jamás a pensarlo?

Abusar así de la devoción a María, la cual después de la devoción al Santísimo Sacramento es la más

santa y sólida, es, a mi juicio, cometer un horrible sacrilegio, que, después del de una Comunión recibida en pecado mortal, es el mayor y menos digno de perdón.

Confieso que, para ser verdaderamente devoto de la Santísima Virgen, no es absolutamente necesario tener tal santidad que se evite todo pecado, aunque esto sería lo más deseable; sino que se necesita por lo menos (y nótese bien lo que voy a decir): 1.° Vivir en una resolución sincera de evitar, por lo menos, todo pecado mortal, que ultraja a la Madre lo mismo que al Hijo. 2.° Hacerse violencia para no cometer el pecado. 3.° Ingresar en las cofradías, rezar el Rosario, los quince misterios u otras oraciones, ayunar los sábados, etc. Esto es de una maravillosa eficacia para conseguir la conversión de un pecador. por más endurecido que esté; y si tal fuese mi lector, aun cuando se encontrase ya con un pie en el abismo, que siga mi consejo, pero a condición de que las obras buenas que practique, las haga sólo con la intención de obtener de Dios, por la intercesión de María, la gracia de la contrición y del perdón de sus pecados, y de vencer sus malos hábitos, y no para permanecer pacíficamente en el estado de la culpa, resistiendo a los remordimientos de su conciencia, al ejemplo de Jesucristo y de los santos, y a las máximas del santo Evangelio.

§ V.—*Los devotos inconstantes.*

Los devotos *inconstantes* son aquellos que sólo tienen arranques e intervalos de devoción a la Santísima Virgen: tan pronto están fervorosos como tibios; en un instante parecen estar dispuestos a hacerlo todo por su servicio, y un momento después ya no son los mismos. Les cuesta poco abrazar todas las devociones de la Virgen, y alistarse en todas las cofradías, pero luego no practican ninguna de sus reglas con fidelidad; cambian como la luna, y por eso, al igual de la media luna que ostenta bajo sus plantas María, la divina Señora, pisa con sus pies, en señal de desprecio, esos sus devotos inconstantes, indignos de ser contados entre los servidores de esta Virgen fiel, los cuales tienen por patrimonio la fidelidad y la constancia. Más vale no cargarse con tantas oraciones y prácticas de devoción y cumplir pocas con amor y fidelidad, a pesar de cuanto digan el mundo, el demonio y la carne.

§ VI.—*Los devotos hipócritas.*

Hay aún otra clase de falsos devotos de María, que son los devotos *hipócritas*, los cuales cubren sus pecados y malos hábitos bajo el manto de esta Virgen fidelísima, a fin de pasar a los ojos de los hombres por lo que no son.

§ VII.—*Los devotos interesados.*

Finalmente, existe una última categoría de devotos, llamados *interesados*, que sólo recurren a la Santísima Virgen para ganar algún pleito, para escapar de algún peligro, para curar de una enfermedad o para cualquiera necesidad semejante, fuera de la cual se olvidarían de Ella; y así unos como otros son devotos falsos, que nada valen ni para Dios ni para su Santísima Madre.

Guardémonos, pues de pertenecer al número de los devotos *críticos*, que nada creen y todo lo censuran; al de los devotos *escrupulosos*, que temen ser demasiado devotos de María, por respeto a Jesucristo; al de los devotos *exteriores*, que hacen consistir toda su devoción en las prácticas exteriores; al de los devotos *presuntuosos*, que, bajo el pretexto de su falsa devoción a la Virgen, se encenagan en sus pecados; al de los devotos *inconstantes*, que, por ligereza, cambian sus prácticas de devoción o las abandonan apenas sienten la menor tentación; al de los devotos *hipócritas*, que ingresan en las cofradías y visten la librea de María para ser tenidos por buenos; y, en fin, al de los devotos *interesados*, que, si recurren a la Santísima Virgen, es sólo para que los libre de los males del cuerpo y les conceda otros bienes temporales.

ARTICULO III

La verdadera devoción a la Santísima Virgen. Sus caracteres.

Después de descubrir y reprobar las falsas devociones a María, es preciso establecer en pocas palabras la verdadera. Esta es: 1.°, *interior;* 2.°, *tierna;* 3.° *santa;* 4.° *constante;* 5.°, *desinteresada.*

§ I.—*Primer carácter: Devoción interior.*

1.° La verdadera devoción a la Santísima Virgen es *interior,* esto es, nace del espíritu y del corazón; y proviene de la estima que se hace de la Santísima Virgen, de la alta idea que uno se forma de su grandeza y del amor que la profesamos.

§ II.—*Segundo carácter: Devoción tierna.*

2.° Es *tierna,* es decir, llena de confianza en la Santísima Virgen, como la de un niño en su cariñosa madre. Ella hace que un alma recurra a María en todas sus necesidades de cuerpo y de espíritu, con mucha sencillez, confianza y ternura; que implore la ayuda de su celestial Madre en todo tiempo, lugar y cosa: en las dudas, para que la esclarezca; en los extravíos, para que la vuelva al buen camino; en las tentaciones, para que la sostenga; en las debilidades, para que la fortifique; en las caídas, para que la

levante; en los desalientos, para que la infunda ánimos; en los escrúpulos, para que la libre de ellos; en las cruces, trabajos y contratiempos de la vida, para que la consuele. Por último, en todos sus males de cuerpo y de espíritu, halla en María su ordinario socorro, sin temor de importunar a esta tierna Madre y desagradar a Jesucristo.

§ III.—*Tercer carácter: Devoción santa.*

3.° La verdadera devoción a la Santísima Virgen es *santa*, esto es, hace que el alma evite el pecado e imite las virtudes de la Santísima Virgen, pero de un modo particular su humildad profunda, su fe viva, su obediencia ciega, su oración continua, su mortificación total, su pureza divina, su caridad ardiente, su paciencia heroica, su dulzura angelical y su sabiduría divina, que son las diez principales virtudes de la Santísima Virgen.

§ IV.—*Cuarto carácter: Devoción constante.*

4.° La verdadera devoción a la Santísima Virgen es *constante;* consolida a un alma en el bien y hace que no abandone fácilmente sus prácticas de devoción; le da ánimo para que se oponga al mundo en sus modas y en sus máximas; a la carne en los disgustos y embates de sus pasiones; al diablo en sus tentaciones; de modo que una persona verdaderamente devota de la Virgen no es inconstante, melancólica, escrupulosa o temerosa. Y no quiere esto decir que no caiga, ni experimente algún cambio en lo sensible de su devoción; sino que, si cae, se levanta tendiendo

la mano a su bondadosa Madre, y, si carece de gusto o devoción sensible, no se preocupa por ello, porque el justo y el devoto fiel de María viven de la fe de Jesús y de María y no de los sentimientos del cuerpo.

§ V.—*Quinto carácter*: *Devoción desinteresada.*

5.° Finalmente, la verdadera devoción a la Santísima Virgen es *desinteresada*, es decir, que inspira al alma que no se busque a sí propia, sino sólo a Dios en su Santísima Madre. El verdadero devoto de María no sirve a esta augusta Reina por espíritu de lucro o de interés, ni por su bien, ya temporal, ya eterno, ya del cuerpo, ya del alma, sino únicamente porque Ella merece ser servida y Dios sólo en Ella; si ama a María, no es por los favores que ésta le concede o por los que de ella espera recibir, sino porque Ella es amable. He aquí por qué la ama y la sirve con la misma fidelidad en sus contratiempos y sequedades como en las dulzuras y favores sensibles; igual amor la profesa en el Calvario que en las bodas de Caná. ¡Ah! ¡Cuán agradable y precioso a los ojos de Dios y de su Santísima Madre ha de ser aquel devoto de María que no se busca a sí mismo en ninguno de los servicios que le presta! Pero, ¡cuán raro es encontrar un devoto así! Para conseguir que no sea tan exigua esta clase de devotos es para lo que yo he echado mano de la pluma y he escrito en el papel lo que ya en las misiones he enseñado así pública como privadamente, durante muchos años, con no pequeño fruto.

ARTICULO IV

Anuncios proféticos acerca de esta perfecta devoción.

He dicho muchas cosas ya de la Santísima Virgen, pero aun tengo muchas más que decir y en número infinitamente superior son todavía las que omitiré, ya por ignorancia, ya por insuficiencia o ya por falta de tiempo para realizar el designio que me he propuesto de formar un verdadero devoto de María y un verdadero discípulo de Jesucristo.

¡Oh!, por cuán bien empleado daría yo mi trabajo, si este humilde escrito, cayendo en las manos de un alma bien nacida, nacida de Dios y de María y no de la sangre ni de la voluntad del hombre, le descubriera e inspirase, por la gracia del Espíritu Santo, la excelencia y el precio de la verdadera y sólida devoción a la Santísima Virgen, que ahora mismo voy a describir. Si yo supiese que mi sangre criminal pudiera servir para que en los corazones entrasen las verdades que escribo en honor de mi querida Madre y soberana Señora, el último de cuyos hijos y esclavos soy, con ella, en lugar de tinta, escribiría estas líneas, confiando encontrar almas generosas que, por su fidelidad a la práctica que enseño, resarcirían a mi querida Madre y Señora las pérdidas que Ella experimenta por mi ingratitud y mis infidelidades. Ahora me siento, más que nunca, animado a creer y esperar todo lo que tengo profundamente grabado en el corazón y que, muchos años ha, vengo pidien-

do a Dios, a saber: que tarde o temprano, la Santísima Virgen tendrá más hijos servidores y esclavos de amor que nunca, y que, por este medio, Jesucristo, mi amado Dueño, reinará más que nunca en los corazones.

Claramente preveo que saldrán fieras espantosas que enfurecidas intentarán destrozar con sus dientes diabólicos este humilde escrito y a aquél de quien el Espíritu Santo se ha servido para escribirle, o que cuando menos pretenderán encerrarle en las tinieblas y en el silencio de un cofre, a fin de que no aparezca; y hasta atacarán y perseguirán a aquéllos y aquéllas que le lean y le pongan en práctica. Pero, ¡no importa! ¡Mejor todavía! Esto mismo me alienta y me hace esperar un gran éxito, es decir, un gran escuadrón de bravos y valientes soldados de Jesús y de María de uno y otro sexo, que combatirán al mundo, al demonio y a la naturaleza corrompida en los tiempos de peligro que vendrán como jamás los hemos visto. *Qui legit, intelligat* (1). *Qui potest capere, capiat* (2).

(1) S. Mateo, XXIV, 15.
(2) Ibid., XIX, 12.

SEGUNDA PARTE

CAPITULO PRIMERO

Elección de la práctica más perfecta de devoción hacia la Santísima Virgen.

Existen varias prácticas interiores de la verdadera devoción a la Santísima Virgen; he aquí en resumen las principales:

1.° Honrarla como a Madre digna de Dios, con el culto de hiperdulía, es decir, estimarla y reverenciarla más que a todos los santos, como la obra maestra de la gracia y la primera después de Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre. 2.° Meditar sus virtudes, sus privilegios y sus acciones. 3.° Contemplar sus grandezas. 4.° Hacerla actos de amor, de alabanza y de reconocimiento. 5.° Invocarla cordialmente. 6.° Ofrecerse y unirse a Ella. 7.° Hacer las cosas con el fin de agradarla. 8.° Comenzar, continuar y concluir todas las acciones por Ella, en Ella, con Ella y para Ella, a fin de hacerlas por Jesucristo, en Jesucristo, con Jesucristo y para Jesucristo, nuestro fin último. Explicaremos esta última práctica.

La verdadera devoción a la Santísima Virgen tiene también varias prácticas exteriores, entre las cua-

les las principales son: 1.° Alistarse en sus cofradías y entrar en sus congregaciones. 2.° Ingresar en las órdenes religiosas establecidas en su honor. 3.° Publicar sus alabanzas. 4.° Hacer limosnas, ayunos y mortificaciones, tanto de espíritu como de cuerpo, para honrarla. 5.° Llevar encima sus libreas, como el santo Rosario, el escapulario o la cadenilla. 6.° Rezar con atención, devoción y modestia el santo Rosario. compuesto de quince decenas de Avemarías en honor de los quince principales misterios de Jesucristo; o el Rosario de cinco decenas, que es la tercera parte de aquél, o en honor de los cinco misterios gozosos, que son: la Anunciación, la Visitación, el Nacimiento de Jesucristo, la Purificación y el Hallazgo de Jesucristo en el templo; o en honor de los cinco misterios dolorosos, que son: la Agonía de Jesucristo en el huerto de los Olivos, la Flagelación, su Coronación de Espinas, la Cruz a cuestas y la Crucifixión; o en honor de los cinco misterios gloriosos, que son: la Resurrección de Jesucristo, su Ascensión, la Venida del Espíritu Santo en Pentecostés, la Asunción de la Santísima Virgen en cuerpo y alma al cielo, y su coronación por las Tres Personas de la Santísima Trinidad. También se puede rezar un Rosario de seis a siete decenas en honor de los años que se cree vivió sobre la tierra la Santísima Virgen; o la coronilla de la Virgen, compuesta de tres Padrenuestros y doce Avemarías, en honor de su corona de doce estrellas o privilegios; o el Oficio de la Santísima Virgen, tan universalmente aceptado y rezado en la Iglesia; o el pequeño Salterio de María, que San Buenaventura compuso en su

honor, y que es tan tierno y tan devoto, que no se puede rezar sin enternecerse; o catorce Padrenuestros y Avemarías en honor de sus catorce alegrías; o algunas otras oraciones, himnos y cánticos de la Iglesia, como la *Salve Regina*, el *Alma*, el *Ave, Regina coelorum*, o el *Regina coeli*, según los distintos tiempos; o el *Ave, maris stella, O gloriosa Domina*, etc., o el *Magnificat*, o algunas prácticas de devoción de que están llenos los libros. 7.° Cantar o hacer cantar en su honor algunos cánticos espirituales. 8.° Hacerla cierto número de genuflexiones o reverencias, diciéndola, por ejemplo, todas las mañanas sesenta o cien veces: *Ave María, Virgo fidelis*, para que Dios nos conceda, por medio de Ella, que seamos fieles a la divina gracia durante el día; y por la noche: *Ave María, Mater misericordiae*, para impetrar de Dios, por medio de Ella, el perdón de los pecados que hemos cometido en el día. 9.° Esmerarse en cumplir con los deberes de sus cofradías, adornar sus altares, coronar y embellecer sus imágenes. 10. Llevar y hacer llevar en procesiones sus imágenes, y llevar encima de sí una, como poderosa arma contra el demonio. 11. Mandar hacer sus imágenes o su nombre y colocarlos o en las iglesias, o en las puertas y entradas de las ciudades, de las iglesias y de las casas. 12. Consagrarse a Ella de una manera especial y solemne.

Hay un gran número de otras prácticas de verdadera devoción a la Santísima Virgen, que el Espíritu Santo ha inspirado a las almas santas, y las cuales son muy eficaces para nuestra santificación. Muchas de ellas podrán verse en *Le Paradis ouvert a Philagie*,

compuesto por el R. P. Pablo Barry, de la Compañía de Jesús, que en él ha reunido un gran número de devociones practicadas por los santos en honor de la Santísima Virgen, las cuales sirven maravillosamente para santificar a las almas, con tal que se practiquen como es debido, esto es: 1.° Con una buena y recta intención de agradar a Dios solo, de unirse a Jesucristo, como a su fin último, y de edificar al prójimo. 2.° Con atención, sin distracciones voluntarias. 3.° Con devoción, sin apresuramiento ni negligencia. 4.° Con modestia y compostura de cuerpo, respetuosa y edificante.

Después de todo, protesto enérgicamente que, aunque he leído casi todos los libros que tratan de la devoción a la Madre de Dios y he conversado familiarmente con las personas más sabias y santas de estos últimos tiempos, no he conocido ni aprendido práctica de devoción a María, semejante a la que voy a explicar, la cual exija de una alma más sacrificios por Dios, la vacíe de un modo más completo de sí misma y de su amor propio, la conserve más fielmente en la gracia y a la gracia en ella, la una más perfecta y fácilmente a Jesucristo y sea más gloriosa a Dios, más santificante para el alma y más útil al prójimo.

Como lo esencial de esta devoción consiste en el interior, que ella debe formar, no será comprendida igualmente por todos: algunos se concretarán a lo que tiene de exterior y no irán más adelante, y éstos serán el mayor número; algunos, en número reducido, penetrarán su interior pero quedarán en el primer grado. ¿Quién subirá al segundo? ¿Quién llegará has-

ta el tercero? ¿Quién, en fin, vivirá en él habitualmente? Sólo aquél a quien el espíritu de Jesucristo revele este secreto, y cuya alma fidelísima conduzca allí por sí mismo, para progresar de virtud en virtud, de gracia en gracia y de luz en luz, a fin de llegar hasta la transformación de sí mismo en Jesucristo y a la plenitud de su edad sobre la tierra y de su gloria en el cielo.

CAPITULO II

Naturaleza de la perfecta devoción a la Santísima Virgen.

ARTICULO I

Esta devoción consiste en una perfecta consagración a Jesucristo por María.

Como toda nuestra perfección consiste en estar conformes, unidos y consagrados a Jesucristo, la más perfecta de todas las devociones es, sin duda alguna, la que nos conforma, nos une y nos consagra lo más perfectamente posible a Jesucristo. Ahora bien, siendo María, de todas las criaturas, la más conforme a Jesucristo, se sigue que, de todas las devociones, la que más conforma y consagra un alma a Jesucristo es la devoción a María, su Santísima Madre, y que cuanto más consagrada esté un alma a la Santísima Virgen, tanto más lo estará a Jesucristo; he aquí por qué la más perfecta consagración a Jesucristo no es otra cosa que una perfecta y entera consagración de sí

mismo a la Santísima Virgen, que es la devoción que yo enseño, o con otras palabras, una perfecta renovación de los votos y promesas del santo Bautismo.

Esta devoción, pues, consiste en darse todo entero a la Santísima Virgen para estar totalmente unido a Jesucristo por Ella. Debemos darle: 1.° Nuestro cuerpo con todos sus sentidos y miembros. 2.° Nuestra alma con todas sus potencias. 3.° Todos los bienes nuestros de fortuna que poseamos al presente o en lo venidero. 4.° Nuestros bienes interiores y exteriores, o sea, nuestros méritos, nuestras virtudes, nuestras buenas obras pasadas, presentes y futuras; en una palabra: todo lo que tenemos en el orden de la naturaleza y en el de la gracia, y todo lo que podemos tener en lo venidero y en el orden de la naturaleza, de la gracia o de la gloria, sin reservarnos nada, ni un céntimo, ni un cabello, ni la más pequeña acción, y esto por toda la eternidad y sin pretender ni esperar ninguna recompensa de su ofrecimiento y servicio más que el honor de pertenecer a Jesucristo por Ella y en Ella, aun cuando esta amabilísima Señora no fuese, como en realidad lo es, la más liberal y agradecida de las criaturas.

Aquí debemos notar que en las obras buenas que hacemos hay dos cosas, a saber: la satisfacción y el mérito, o en otros términos: el valor satisfactorio o impetratorio y el valor meritorio. El valor satisfactorio o impetratorio de una buena obra es una buena acción en cuanto satisface a la pena que se debe al pecado u obtiene alguna nueva gracia; el valor meritorio o el mérito es una buena acción en cuanto me-

rece la gracia y la gloria eterna. De consiguiente, en esta consagración de nosotros mismos a la Santísima Virgen, le damos todo el valor satisfactorio, impetratorio y meritorio; de otra manera; las satisfacciones y méritos de todas nuestras buenas obras; le damos nuestros méritos, nuestras gracias y nuestras virtudes, no para comunicarla a otros (pues nuestros méritos, gracias y virtudes son, hablando con propiedad, incomunicables y no ha habido otro más que Jesucristo que, haciéndose nuestro fiador ante su Padre, nos haya podido comunicar sus méritos), sino para conservárnoslos, aumentárnoslos y embellecérnoslos, según diremos luego; le damos nuestras satisfacciones para que las comunique a quien le plazca y para la mayor gloria de Dios.

Síguese de aquí que: 1.° Por esta devoción damos a Jesucristo, de la manera más perfecta, pues es por las manos de María, todo lo que se le puede dar y mucho más que por las otras devociones con las cuales le damos una parte del tiempo o una parte de nuestras buenas obras, o una parte de nuestras satisfacciones y mortificaciones. Por Ella lo entregamos y consagramos todo, hasta el derecho de disponer de los bienes interiores y hasta de las satisfacciones que ganamos de día en día por nuestras buenas obras, cosa que ni aun en las órdenes religiosas se hace. En éstas se dan a Dios los bienes de fortuna por el voto de pobreza, los bienes del cuerpo por el voto de castidad, la propia voluntad por el voto de obediencia, y algunas veces la libertad del cuerpo por el voto de clausura; pero no se da la libertad o el derecho que

se tiene a disponer del valor de sus buenas obras, y no se despoja el alma cuanto puede de lo que el cristiano tiene de más precioso y más caro, que son sus méritos y sus satisfacciones.

2.° Despréndese igualmente que una persona que voluntariamente así se ha consagrado y sacrificado a Jesucristo por María, no puede disponer ya del valor de ninguna de sus buenas acciones; todo lo que sufre, todo lo que piensa, dice y hace de bueno pertenece a María, para que Ella disponga de todo, según la voluntad de su Hijo, y para su mayor gloria, sin que, a pesar de esto, dicha dependencia perjudique en manera alguna a las obligaciones del estado en que al presente se esté, o en el que se pueda en lo sucesivo vivir: por ejemplo, a las obligaciones de un sacerdote, que, por su oficio o por cualquier otra razón, debe aplicar el valor satisfactorio e impetratorio de la santa Misa a un particular; porque no se hace esta ofrenda sino según la orden de Dios y los deberes del estado.

3.° Por último, se deduce de lo expuesto que la consagración se hace a un mismo tiempo a la Santísima Virgen y a Jesucristo: a la Santísima Virgen, como el medio perfecto que Jesucristo ha escogido para unirse a nosotros y unirnos a nosotros mismos con El; y al Señor como a nuestro fin último al cual debemos todo lo que somos como a nuestro Redentor y a nuestro Dios.

ARTICULO II

La consagración de la perfecta devoción consiste en una perfecta renovación de las promesas del Bautismo.

He dicho que esta devoción podía muy bien llamarse una perfecta renovación de los votos o promesas del santo Bautismo, porque todo cristiano antes del Bautismo era esclavo del demonio, en cuanto le pertenecía, y por su propia boca y la de su padrino y su madrina renunció en el Bautismo solemnemente a Satanás, a sus pompas y a sus obras, tomando a Jesucristo por Dueño y soberano Señor, a fin de estarle sujeto en calidad de esclavo de amor. Y esto mismo es lo que hace por la presente devoción: se renuncia (según se advierte en la fórmula de la consagración) al demonio, al mundo, al pecado y a sí mismo, y se entrega uno totalmente a Jesucristo por las manos de María. Y hasta podemos decir que se hace algo más, porque en el Bautismo hablamos ordinariamente por la boca de otro, esto es, por el padrino y la madrina y, si nos damos a Jesucristo, es por medio de procurador, pero en esta devoción lo hacemos por nosotros mismos, voluntariamente, con conocimiento de causa. En el santo Bautismo no nos damos a Jesucristo por las manos de María, al menos de una manera expresa, y no le damos el valor de nuestras buenas acciones, quedando después de él enteramente libres para aplicarle a quien queramos o conservarle para nos-

otros mismos; pero por esta devoción nos damos expresamente al Señor por las manos de María y le consagramos el valor de todas nuestras acciones.

Los hombres, dice Santo Tomás, hacen voto en el Bautismo de renunciar al diablo y a sus pompas: *In Baptismo vovent homines abrenuntiare diabolo et pompis ejus.* Y este voto, dice San Agustín, es el más grande y el más indispensable: *Votum maximum nostrum quo vovimus nos in Chrito esse mansuros* (1). lo cual confirman los canonistas diciendo: *Proecipuum votum est quod in baptismate facimus.* Sin embargo, ¿quién es el que guarda este gran voto? ¿Quién es el que cumple fielmente las promesas del santo Bautismo? ¿Acaso no violan casi todos los cristianos la fidelidad que en su Bautismo prometieron a Jesucristo? ¿De dónde puede originarse este desarreglo tan universal, sino es del olvido en que se vive de las promesas y obligaciones del santo Bautismo, y de que casi nadie ratifica por sí mismo el contrato de alianza que ha hecho con Dios por su padrino o madrina? Tan verdadero es esto que el Concilio de Sens, convocado por orden de Ludovico Pío, para remediar los desórdenes de los cristianos, que eran grandes, juzgó que la causa principal de esta corrupción en las costumbres procedía del olvido y de la ignorancia en que vivían acerca de las promesas del santo Bautismo; y no halló medio más eficaz para contrarrestar mal tan grande, que inducir a los cristianos a que renovasen los votos y promesas del santo Bautismo.

(1) Epístola 49 ad Paulin.

El Catecismo del Concilio de Trento, fiel intérprete de las intenciones de este santo Concilio, exhorta a los párrocos a que hagan lo mismo e inculquen a sus pueblos que se acuerden y crean que están ligados y consagrados a Jesucristo, como esclavos a su Redentor y Señor. He aquí sus palabras: *Parochus fidelem populum ad eam rationem cohortabitur ut sciat oepuum esse... non ipsos, nos secus ac mancipia, Redemptori nostro et Domino in perpetuum addicere et consecrare.* (Cat. Conc. Trid., part. I, art. 2, § 19.)

Ahora bien, si los Concilios, los Padres y la experiencia misma nos enseñan que el mejor medio para remediar los desarreglos de los cristianos es hacerles recordar las obligaciones del Bautismo y renovar los votos que entonces hicieron, ¿no será razón que lo hagamos ahora de una manera perfecta, mediante esta devoción y consagración al Señor por medio de su Santísima Madre? Y digo de una manera perfecta porque, para consagrarnos a Jesucristo, nos servimos del más perfecto de todos los medios, que es la Santísima Virgen.

ARTICULO III

Objeciones y respuestas.

Nadie puede objetar que esta devoción sea nueva o indiferente. No es nueva, porque los Concilios, los Padres y muchos autores antiguos y modernos hablan de esta consagración al Señor o renovación de los vo-

tos del santo Bautismo, como una cosa practicada desde antiguo y que aconsejan a todos los cristianos; no es indiferente, porque la principal fuente de los desórdenes, y, por consiguiente, de la condenación de los cristianos, procede del olvido y de la indiferencia de esta práctica.

Alguno tal vez diga que, haciéndonos esta devoción entregar a Jesucristo, por las manos de la Santísima Virgen, el valor de todas nuestras buenas obras, oraciones, mortificaciones y limosnas, nos deja incapaces para socorrer a las almas de nuestros parientes, amigos y bienhechores.

A éstos les respondo: 1.° No podemos creer que nuestros amigos, parientes o bienhechores sufran daño alguno, porque nosotros nos entreguemos y consagremos a nosotros mismos sin reserva al Servicio del Señor y de su Santísima Madre, sin hacer injuria al poder y a la bondad de Jesús y de María, los cuales sabrán muy bien socorrer a nuestros parientes, amigos y bienhechores, ya del pequeño caudal espiritual nuestro, ya de otros cualesquiera modos. 2.° Esta práctica no impide que roguemos por los otros, tanto muertos como vivos, aunque la aplicación de nuestras buenas obras dependa de la voluntad de la Santísima Virgen; sino que, por el contrario, ella nos permitirá rogar con más confianza, bien así como si una persona rica hiciera donación de todos sus bienes a un gran príncipe para honrarle mejor, rogaría con más confianza a este príncipe que diese una limosna a cual-

quiera de sus amigos que se la pidiera. Este príncipe, en tal caso, quedaría complacido de que se le proporcionase ocasión de testificar su reconocimiento hacia una persona que se ha despojado de todo para vestirle, que se ha empobrecido para honrarle. Otro tanto debemos decir de Jesucristo y de la Santísima Virgen, los cuales jamás se dejarán vencer por nadie en cuanto a gratitud.

Quizá alguno diga: Si doy a la Santísima Virgen todo el valor de mis acciones para aplicarle a quien Ella quiera, tal vez sea preciso que yo pase mucho tiempo en el Purgatorio. Esta objeción, nacida del amor propio y de la ignorancia acerca de la liberalidad de Dios y de la de su Santísima Madre, se destruye por sí misma: un alma ferviente y generosa, que se cuida más de los intereses de Dios que de los suyos, que da a Dios todo lo que tiene, sin reserva, en forma que ya no le puede dar más, *non plus ultra*, que no suspira más que por la gloria y el reinado de Jesucristo por medio de su Santísima Madre, y que se sacrifica toda entera por hacerse de ello digna, esta alma generosa y liberal, digo, ¿será acaso más castigada en la otra vida por haber sido más liberal y desinteresada que las otras? Tan lejos está de ser así, que con esta alma es, como veremos a continuación, con quien el Señor y su Santísima Madre se muestran más liberales en este mundo y en el otro, en el orden de la naturaleza, de la gracia y de la gloria.

Precisa que veamos ahora lo más brevemente posible los motivos que nos deben hacer recomendable esta devoción, los efectos maravillosos que produce en las almas fieles, y las distintas prácticas de la misma.

CAPITULO III

Motivos de esta perfecta consagración.

ARTICULO I

Primer motivo.—**Excelencias de la perfecta consagración.**

Primer motivo, que nos muestra la excelencia de esta consagración de sí mismo a Jesucristo por las manos de María.

Si en la tierra no se puede concebir empleo más alto que el servicio de Dios; si el menor siervo de Dios es más rico, más poderoso y más noble que todos los reyes y emperadores de la tierra que no sean siervos de Dios, ¿cuán grandes no serán las riquezas, el poder y la dignidad del fiel y perfecto servidor de Dios, que se entrega a su servicio enteramente en todo cuanto puede? Tal es un fiel y amoroso esclavo de Jesús en María, que se ha dado totalmente al servicio de este Rey de reyes, por las manos de su Santísima Madre, y que nada ha reservado para sí mismo: el oro todo de la tierra y las bellezas de los cielos son insignificantes para pagar tan gran servicio.

Las otras congregaciones, asociaciones y cofradías erigidas en honor del Señor y su Santísima Madre, que producen tan grandes bienes en el cristianismo, no obligan a darlo todo sin reserva, no prescriben a sus asociados más que algunas prácticas y actos para satisfacer sus deberes, dejándoles libres todas las otras acciones y todo el tiempo restante de su vida; mas esta devoción de que nos ocupamos, nos hace dar sin reserva a Jesús y María todos nuestros pensamientos, palabras, acciones y sufrimientos y todos los momentos de nuestra vida, de modo que ya velemos, ya durmamos, ora bebamos, ora comamos, bien realicemos las más grandes acciones, bien hagamos las más pequeñas, siempre podremos decir con verdad que lo que hacemos, aun cuando en ello no pensemos, es siempre de Jesús y de María, en virtud de nuestro ofrecimiento, a menos que lo hayamos expresamente retractado. ¡Qué consuelo!

Además de esto, según ya llevamos dicho, no hay práctica alguna, fuera de ésta, por la cual nos veamos libres fácilmente de cierta propiedad que se mezcla imperceptiblemente a las mejores acciones; y nuestro buen Jesús concede esta gracia verdaderamente grande en recompensa de la acción heroica y desinteresada que realiza quien, por las manos de su Santísima Madre, le hace cesión de todo el valor de sus buenas obras. Y si da El el ciento por uno en este mundo a los que por su amor abandonan los bienes exteriores, temporales y perecederos, ¿a qué grado no elevará la recompensa que dé a los que le han sacrificado hasta los bienes interiores y espirituales?

Jesús, nuestro gran amigo, se ha dado a nosotros sin reserva, entregándonos su cuerpo y su alma, virtudes, gracias y méritos: *Se toto totum me comparavit,* dice San Bernardo: «Me ha ganado totalmente dándose todo entero a mí.» ¿No deberemos, pues, por justicia y gratitud, darle todo lo que le podemos dar? El ha sido el primero en mostrarse liberal con nosotros. Seámoslo nosotros con El también y le encontraremos todavía más liberal durante la vida, en la muerte y por toda la eternidad. *Cum liberali liberalis erit.*

ARTICULO II

Segundo motivo. — **Conveniencia y ventaja de esta consagración.**

Segundo motivo, que nos dice ser justo de por sí y ventajoso al cristiano consagrarse todo entero a la Santísima Virgen por medio de esta práctica, a fin de consagrarse más perfectamente a Jesucristo.

Este buen Maestro no ha encontrado indigno de El encerrarse en el seno de la Santísima Virgen, como un cautivo y esclavo de amor, y de estarle sometido y obedecerle durante treinta años. Aquí es, repito, donde la mente humana se confunde, apenas intenta reflexionar seriamente en esta conducta de la Sabiduría encarnada, que no ha querido, a pesar de que lo podía hacer, darse directamente a los hombres, sino por la Santísima Virgen; que no ha querido venir al mundo a la edad de un hombre perfecto, independien-

te de los otros, sino como un pobre y tierno niño que necesita de los cuidados y de la manutención de su Santísima Madre. Esta Sabiduría infinita, que tenía un deseo inmenso de glorificar a Dios su Padre, y de salvar a los hombres, no ha encontrado medio más perfecto y fácil de hacerlo que someterse en todas las cosas a la Santísima Virgen, no sólo durante los ocho, diez o quince primeros años de su vida, como los demás niños, sino durante treinta años; y durante este tiempo de sumisión y dependencia de la Santísima Virgen, ha dado más gloria a Dios su Padre, que si hubiese empleado estos treintas años en hacer prodigios, en predicar por toda la tierra y en convertir a todos los hombres; que si hubiera creído lo otro más perfecto, lo hubiera realizado.

¡Ah!, ¡ah!, y ¡cuán altamente glorificamos a Dios cuando, a ejemplo de Jesús, nos sometemos a María!

Teniendo ante los ojos un ejemplo tan visible y conocido de todo el mundo, ¿seremos acaso tan insensatos que creamos hallar un medio más perfecto y más fácil para glorificar a Dios que imitar la conducta de su Hijo, sometiéndonos a María?

Traigamos a la memoria, como prueba de la dependencia que debemos tener de la Santísima Virgen, lo que ya dije arriba refiriendo los ejemplos que nos dan el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, de la dependencia que debemos guardar con respecto de la Santísima Virgen. El Padre no ha dado ni da a su Hijo si no es por Ella, no se forma hijos más que por Ella, y no comunica sus gracias sino por medio de Ella; el Hijo no ha sido formado para todo el

mundo en general más que por Ella, no se forma y se engendra todos los días más que por Ella en la unión con el Espíritu Santo, y no nos comunica sus méritos y sus virtudes más que por Ella; el Espíritu Santo no ha formado a Jesucristo sino por Ella, no forma los miembros de su cuerpo místico más que por Ella y no dispensa sus dones y favores más que por Ella. Después de tantos y tan apremiantes ejemplos de la Santísima Trinidad, ¿podremos, si no estamos completamente ciegos, prescindir de María, no consagrarnos a Ella y no someternos a Ella para ir a Dios y para sacrificarnos a Dios?

Veamos algunos pasajes latinos de los Padres, que he recogido con el fin de probar lo que acabo de decir:

«Duo filii Mariæ sunt, homo Deus et homo purus; unius corporaliter, et alterius spiritualiter Mater est Maria». (S. Bon. et Orig.)

«Hæc est voluntas Dei, qui totum nos voluit habere per Mariam; ac proinde si quid spei, si quid gratiæ, si quid salutis, ab ea noverimus redundare». (S. Bernar.)

«Omnia dona, virtutes et gratiæ ipsius Spiritus Sancti, quibus vult. quando vult, quomodo vult et quantum vult, per ipsius manus administrantur». (S. Bernard.)

«Qui indignus eras cui daretur datum est Mariæ, ut per eam acciperes quidquid haberes». (S. Bernard.)

Dios, viendo que somos indignos de recibir sus gracias inmediatamente de sus manos, dice S. Ber-

nardo, las da a María, para que por Ella tengamos todo lo que El nos quiere dar, y halla El también su gloria en recibir por las manos de María la gratitud, el respeto y el amor que nosotros le debemos por sus beneficios. Es, pues, muy justo que imitemos esta conducta de Dios, a fin, dice el mismo San Bernardo, de que la gracia vuelva a su Autor por el mismo canal por donde ha venido: *Ut eodem alveo ad Largitorem gratia redeat quo fluxit.* Esto hacemos por nuestra devoción; ofrecemos y consagramos todo lo que somos y poseemos a la Santísima Virgen, a fin de que el Señor reciba, por su mediación, la gloria y la gratitud que le debemos. Nos reconocemos indignos e incapaces de acercarnos a su Majestad infinita por nosotros mismos; y he aquí por qué nos servimos de la intercesión de la Santísima Virgen.

Además, con esta práctica ejercitamos en alto grado la virtud de la humildad, que Dios estima más que las otras virtudes. Un alma que se eleva rebaja a Dios, y un alma que se humilla ensalza a Dios. Dios resiste a los soberbios y da su gracia a los humildes; si os abajáis, creyéndoos indignos de parecer ante El y de acercaros a El, desciende y se abaja para venir a vosotros, para complacerse en vosotros y para levantaros, a pesar de vuestra voluntad; pero todo lo contrario ocurre cuando alguien osa acercarse a Dios sin mediador. Dios entonces huye, y no se le puede alcanzar. ¡Oh, cuánto aprecia El la humildad de corazón! A esta humildad es a la que nos lleva dicha práctica de devoción, puesto que enseña que no nos acerquemos jamás por nosotros mismos

al Señor, por dulce y misericordioso que sea, sino que siempre nos sirvamos de la intercesión de María, para presentarnos ante Dios, para hablarle, para acercarnos a El, para ofrecerle algo, para unirnos y consagrarnos a El.

ARTICULO III

Tercer motivo.—**Maravillosos efectos de esta perfecta consagración.**

§ I.—*María se da a su esclavo.*

La Santísima Virgen, que es Madre de dulzura y de misericordia, y que jamás se deja vencer en amor y liberalidad, viendo que alguien se da del todo a Ella, para honrarla y servirla, despojándose de cuanto tiene de más querido para adornarla a Ella, se da también totalmente y de una manera inefable a aquel que se le entrega todo. Ella le hace sumergirse en el abismo de sus gracias, le adorna con sus méritos, le apoya con su poder, le esclarece con su luz, le abrasa con su amor, le comunica sus virtudes: su humildad, su fe, su pureza, etc.; se hace su fiadora, su suplemento y su todo para con Jesús. Por último, como esta persona consagrada es toda de María, María también se hace toda suya, de modo que de este perfecto siervo e hijo de María podemos decir lo que San Juan Evangelista dijo de sí: que tomó a la San-

tísima Virgen por todos sus bienes: *Accepit eam discipulus in sua* (1).

Esto es lo que produce en su alma, si es fiel, una gran desconfianza, desprecio y aborrecimiento de sí mismo, y una gran confianza y gran abandono en la Santísima Virgen, su Señora, y hace que ya no se apoye como antes en sus disposiciones, intenciones, méritos, virtudes y buenas obras, porque, habiendo hecho un entero sacrificio a Jesucristo por esta amorosa Madre, no le resta más que un tesoro en donde están todos sus bienes, el cual no le tiene en sí, y este tesoro es María. Esto es lo que le hace acercasre al Señor sin temor servil y escrupuloso y rogarle con mucha confianza; esto es lo que le hace entrar en los sentimientos del devoto y sabio abad Ruperto, que, aludiendo a la victoria obtenida por Jacob sobre un ángel, dijo a la Santísima Virgen estas palabras: ¡Oh María!, Princesa mía y Madre inmaculada de un Dios-Hombre, Jesucristo: yo deseo luchar con este hombre, a saber: el Verbo divino, armado no con mis propios méritos, sino con los tuyos: *O Domina, Dei Genitrix, Maria, et incorrupta Mater Dei et hominis, non meis, sed tuis armatus meritis, cum isto Viro, scilicet Verbo Dei, luctari cupio.* (Rup., prolog. in Cantic.) ¡Oh, cuán poderosos y fuertes quedamos ante Jesucristo cuando nos hemos armado con los méritos y la intercesión de la digna Madre de Dios que, como dice San Agustín, ha vencido amorosamente al Todopoderoso!

(1) San Juan, XIX, 27.

§ II.—*Ella purifica sus buenas obras, las hermosea y hace que su Hijo las acepte.*

Como mediante esta práctica damos al Señor por las manos de su Santísima Madre, todas nuestras buenas obras, esta tierna Señora las purifica, las hermosea y hace que su Hijo las acepte.

1.° Ella las purifica de toda mancha de amor propio y del apego imperceptible a la criatura, que se desliza insensiblemente en las mejores acciones. Desde que estas nuestras obras las ponemos en sus manos purísimas y fecundas, Ella, con estas mismas manos, que nunca han sido estériles y ociosas y que todo lo que tocan lo purifican, quita del obsequio que le hacemos todo lo que en él puede haber de dañado e imperfecto.

2.° Ella las embellece, adornándolas con sus méritos y sus virtudes. Es como si, queriendo un labrador ganar la amistad y la benevolencia del rey, acudiera a la reina y la presentase una manzana, que es todo lo que él posee, para que ella la ofreciese al rey. La reina, después de aceptar este humilde obsequio, colocaría esta manzana en medio de un grande y hermoso plato de oro, y de esta forma la presentaría al rey, en nombre del labrador, y así esta manzana, que por sí sola no merecía ser ofrecida al rey, se convertirá en un regalo divino de su Majestad, en atención al plato de oro en que va y a la persona que la entrega.

3.° Ella presenta a Jesucristo estas buenas obras, porque, en último fin, no guarda para sí nada de lo que se la presenta, sino que lo envía todo a Jesucristo con fidelidad. Si algo la damos, lo damos a Jesús; si la alabamos, si la glorificamos, inmediatamente Ella alaba y glorifica a Jesucristo. Ahora, lo mismo que en otro tiempo cuando Santa Isabel la alabó, canta cuando se la alaba y bendice: *Magnificat anima mea Dominum* (1).

Ella hace que Jesús acepte estas buenas obras, por pequeño y pobre que sea el obsequio para este Santo de los santos y este Rey de reyes. Cuando presentamos alguna cosa a Jesús por nosotros mismos, apoyados en nuestra propia industria y disposición, Jesús examina el presente y no pocas veces lo rechaza por la mancha que le hace contraer el amor propio, lo mismo que en otro tiempo rechazó los sacrificios de los Judíos, porque estaban totalmente llenos de su propia voluntad. Pero cuando le damos alguna cosa por las manos puras y virginales de su muy amada, le tomamos por su flaco, si se me permite usar este término; entonces El no atiende tanto a la cosa que le damos como a la cariñosa Madre que se la presenta; no considera tanto de dónde viene este presente como Aquella por la cual le viene. Así, pues, María, que jamás ha sido rechazada y siempre bien recibida por su Hijo, hace que su Majestad acepte con agrado todo cuanto Ella le presente, pequeño o grande: basta

(1) S. Luc., I, 46.

que María lo presente, para que Jesús lo reciba y lo apruebe. Este es el gran consejo que San Bernardo daba a todos aquellos y aquellas que conducía a la perfección: «Cuando queráis ofrecer algo a Dios, procurad ofrecerlo por las manos agradabilísimas y dignísimas de María, si no queréis ser rechazados.» *Modicum quid offerre desideras, manibus Mariae offerendum tradere cura, si non vis sustinere repulsam* (1).

†

¿Acaso no es esto lo que la misma naturaleza inspira a los pequeños para con los grandes, según hemos visto? ¿Por qué la gracia no nos hará que observemos idéntica conducta con Dios, que es infinitamente superior a nosotros y delante del cual somos menos que un simple átomo, teniendo, por otra parte, una abogada tan poderosa, que jamás es desatendida; tan ingeniosa, que conoce todos los secretos para ganar el corazón de Dios; tan buena y caritativa, que a nadie desecha, por pequeño y perverso que sea?

A continuación expondré la figura verdadera de todas estas cosas que digo, en la historia de Jacob y Rebeca.

(1) *S. Bernardo.* Lib. de Aquaed.

ARTICULO IV

Cuarto motivo.—**Esta devoción es un medio excelente para procurar la mayor gloria de Dios.**

Esta devoción, practicada con fidelidad, es un medio excelente para obrar de manera, que el valor de todas nuestras buenas obras sea empleado en la mayor gloria de Dios. Casi nadie obra por este fin tan noble, a pesar de que a ello estamos obligados, bien porque no sabemos dónde está la mayor gloria de Dios, bien porque no la deseamos. Pero como la Santísima Virgen, a quien cedemos el valor y el mérito de nuestras buenas obras, conoce perfectísimamente dónde está la mayor gloria de Dios y no hace otra cosa más que procurarla, el perfecto siervo de esta Señora, que totalmente se ha consagrado a Ella, según ya hemos dicho, puede decir sin temor que el valor de todas sus acciones, pensamientos y palabras se emplea en la mayor gloria de Dios, si ya no es que revoca expresamente su ofrenda. ¿Se puede hallar algo más consolador para un alma que ama a Dios con amor puro y desinteresado y que antepone la gloria e intereses del Señor a los suyos propios?

ARTICULO V

Quinto motivo.—**Esta devoción conduce a la unión con Dios.**

Esta devoción es camino *fácil, corto, perfecto* y *seguro* para llegar a la unión con Nuestro Señor, que es en lo que consiste la perfección del cristiano.

§ I.—*Es camino fácil.*

Es camino *fácil;* es un camino que Jesucristo ha abierto, viniendo a nosotros, y en donde no hay obstáculo alguno para llegar a El. Se puede, en verdad, llegar a la unión divina por otros caminos; pero en éstos se encuentran muchas más cruces y muertes extrañas, y se tropieza con más obstáculos que apenas se vencen con mucha dificultad. Para ello es necesario pasar por noches oscuras, por combates y agonías espantosos, por escarpados montes, sobre espinas muy punzantes y a través de horribles desiertos. Mas por el camino de María se va mucho más dulce y tranquilamente. Es verdad que en él encontramos rudos combates que sostener y grandes dificultades que vencer; pero esta cariñosa Madre y Señora está tan cerca y tan presente a sus fieles servidores para alumbrarlos en sus tinieblas, para esclarecerlos en sus dudas, para afirmarlos en sus temores, para sostenerlos en sus combates y dificultades, que en verdad este camino virginal para encontrar a Je-

sucristo, en comparación de los demás, es un camino de rosas y de miel. Ha habido algunos santos, pero en corto número, como San Efrén, San Juan Damasceno, San Bernardo, San Bernardino, San Buenaventura, San Francisco de Sales, etc., que han pasado por este camino dulce para ir a Jesucristo, porque el Espíritu Santo, Esposo fiel de María, se lo ha enseñado por una gracia singular; pero los otros santos, que son en mayor número, aunque todos hayan tenido devoción a la Santísima Virgen, no por eso han entrado, o, si han entrado, ha sido muy poco, en este camino, y esta es la causa de haber tenido que pasar pruebas más rudas y peligrosas.

†

¿Cómo se explica, me dirá algún fiel servidor de María, que los siervos fieles de esta bondadosa Madre tienen tantas ocasiones de sufrir y más que los otros que no le son tan devotos? Se los contradice, persigue y calumnia y no se los puede tolerar, o bien caminan en tinieblas interiores y por desiertos en donde no se ve la menor gota de rocío del cielo; si esta devoción a la Santísima Virgen facilita el camino para llegar a Jesucristo, ¿cómo es que los que van por él son los más crucificados? A éste le respondo que ciertamente los fieles servidores de la Santísima Virgen, como sus más grandes favoritos, reciben de Ella las mayores gracias y favores celestiales, que son las cruces; pero sostengo también que los

servidores de María son los que llevan estas cruces con más facilidad, mérito y gloria, y que lo que a otro detendría mil veces o le haría caer, a ellos no les detiene ni una sola vez y les hace adelantar, porque esta cariñosa Madre, toda llena de gracias y de la unción del Espíritu Santo, endulza todas estas cruces que les prepara con el azúcar de su dulzura maternal y con la unción del puro amor; por manera que ellos las comen alegremente como nueces confitadas, aunque de por sí sean muy amargas. Y creo que una persona que quiera ser devota y vivir piadosamente en Jesucristo y, por tanto, sufrir persecución y llevar todos los días su cruz, no podrá llevar grandes cruces o no las llevará alegremente, ni hasta el fin, si no profesa una tierna devoción a la Santísima Virgen, que es la que endulza las cruces; de la misma manera que una persona no podría comer sin grandísima violencia, que apenas sería duradera, nueces verdes que no estuviesen confitadas con azúcar.

§ II.—*Es camino corto.*

Esta devoción a la Santísima Virgen es camino *corto* para encontrar a Jesucristo, ya sea porque en él no se extravía nadie, ya porque, como acabo de decir, por él se marcha con más alegría y facilidad y, por consiguiente, con más prontitud. Más se adelanta en poco tiempo que estemos sumisos y obedientes a María, que en años enteros que hagamos nuestra voluntad propia y nos apoyemos en nosotros mismos; porque *un hombre obediente* y sumiso a esta divina Se-

ñora *cantará victorias* muy señaladas sobre todos sus enemigos. Es verdad que éstos le querrán impedir que siga la marcha, hacerle retroceder o caer; pero con el apoyo, ayuda y conducción de María, sin caer, retroceder y aun retardarse, caminará a paso de gigante hacia Jesucristo, por el mismo camino por donde está escrito que Jesús ha venido a nosotros, a pasos agigantados y en poco tiempo.

¿Por qué creéis que Jesucristo ha vivido tan poco tiempo sobre la tierra, y que durante los pocos años que ha vivido, casi toda su vida la ha pasado en la sumisión y obediencia a su Madre? ¡Ah!, es porque, habiéndose consumado pronto su carrera, ha vivido mucho tiempo y muchísimo más todavía que Adán, cuyas pérdidas venía El a reparar, a pesar de que éste vivió más de novecientos años; y la razón de haber vivido Jesucristo más que Adán fué el haber vivido muy sometido y unido a su Santísima Madre, para obedecer a su Eterno Padre; porque: 1.° El que honra a su madre es semejante a un hombre que atesora, dice el Espíritu Santo; es decir: que el que honra a María, su Madre, hasta sometérsele y obedecerla en todo, pronto se hará muy rico, porque diariamente atesora riquezas, por el secreto de esta piedra filosofal: *Qui honorat matrem, quasi qui thesaurizat* (1). 2.° Porque, según una interpretación espiritual de estas palabras del Espíritu Santo: *Senectus mea in misericordia uberi*: «Mi vejez se encuentra en la misericordia del seno», en el seno de María que *ha rodeado*

(1) Eccle., III, 5.

y engendrado a un hombre perfecto y que ha tenido la capacidad de contener a Aquel que no cabe ni es abarcado por el universo; en el seno de María, digo, es en donde los jovencitos se convierten en ancianos por la luz, por la santidad, por la experiencia y por la sabiduría y llegan en pocos años a la plenitud de la edad de Jesucristo.

§ III.—*Es camino perfecto.*

Esta práctica de devoción a la Santísima Virgen es un camino *perfecto* para ir a unirse con Jesucristo, pues esta divina Señora es la más perfecta y más santa de las puras criaturas, y Jesucristo, que ha venido de la manera más perfecta a nosotros, no ha tomado otro camino en tan grande y admirable viaje. El Altísimo, el Incomprensible, el Inaccesible, el que *es* ha querido venir a nosotros, gusanillos de la tierra, que nada somos. Y ¿cómo se ha verificado esto? El Altísimo ha bajado perfecta y divinamente, por medio de esta humilde Virgen, hasta nosotros, sin perder nada de su divinidad y santidad; y por María es por donde los pequeñuelos debemos subir perfecta y divinamente al Altísimo, sin temer nada. El Incomprensible se ha dejado abarcar y contener perfectamente por la humilde María, sin perder nada de su inmensidad; y por esta misma humilde María es por la que debemos dejarnos contener y conducir perfectamente sin reserva alguna. El Inaccesible se ha acercado, se ha unido estrecha, perfecta y hasta personalmente a nuestra humanidad por María, sin perder nada de su Majestad;

y por María es por quien nosotros nos hemos de acercar a Dios y unirnos a su Majestad perfecta y estrechamente, sin temor de ser rechazados. En fin, Aquel que *es* ha querido venir al que nada es, y hacer que el que nada es, se haga Dios o Aquel que es; y esto lo hace perfectamente, dándose y sometiéndose del todo a la tierna Virgen María, sin dejar de ser en el tiempo Aquel que es de toda la eternidad; asimismo, aunque nosotros nada seamos, por María nos podemos hacer semejantes a Dios, por la gracia y la gloria, dándonos a Ella tan perfecta y enteramente, que en nosotros nada seamos y en Ella lo seamos todo, sin temor de engañarnos.

Denme a mí un camino nuevo para ir a Jesucristo, el cual esté enlosado con todos los méritos de los bienaventurados, adornado con todas sus virtudes heroicas, esclarecido y hermoseado con todas las luces y bellezas de los ángeles, y en el cual estén todos los ángeles y santos para conducir por él, defender y sostener a aquellos y aquellas que quisieran ir por él; en verdad, en verdad me atrevo a decir, y digo lo que siento, que, antes que ir por este camino tan perfecto preferiría ir por el camino inmaculado de María: *Posui inmaculatam viam meam* (1); vía o camino sin mancha ni falsedad, sin pecado original ni actual, sin sombras ni tinieblas; y si mi amable Jesús con toda su gloria viene otra vez al mundo (como es cierto que ha de venir) para reinar en él, no hará su venida por otro camino que por el de la Virgen Ma-

(1) Ps. XVII, 33.

ría, por el cual tan segura y perfectamente vino a nosotros la vez primera. La diferencia que habrá entre una y otra venida es que la primera fué secreta y oculta; y la segunda, gloriosa y resplandeciente; pero las dos son perfectas, porque las dos quedarán realizadas por María. ¡Ah! He aquí un misterio que no se comprende todavía: *Hic taceat omnis lingua.*

§ IV.—*Es camino seguro.*

Esta devoción a la Santísima Virgen es camino *seguro* para ir a Jesucristo y adquirir la perfección, uniéndose a El.

1.° Porque esta práctica que aquí enseño no es nueva, antes bien, es tan antigua que, como dice M. Boudon (muerto recientemente en olor de santidad), en un libro que ha escrito sobre esta devoción, no se pueden precisar sus comienzos; es cierto, sin embargo, que hace más de 700 años se encuentran indicios de ella en la Iglesia. San Odilón, abad de Cluny, que vivió hacia el año 1040, fué uno de los primeros que la practicó públicamente en Francia, según se nota en su vida. El cardenal Pedro Damiano refiere que en el año 1076 el Beato Marín, su hermano, se hizo esclavo de la Santísima Virgen, en presencia de su director, de una manera muy edificante: porque se puso la cuerda al cuello, tomó las disciplinas y depositó sobre el altar una suma de dinero, en señal de su entrega y consagración a la Santísima Virgen, lo cual continuó con tanta fidelidad durante su vida, que en

su muerte mereció ser visitado y consolado por su amable Señora, escuchando de sus labios la promesa de que, en recompensa de su servicio, entraría en el paraíso. Cesario Bolando hace mención de un ilustre caballero, Vautier de Birback (1), el cual, por los años de 1300, hizo esta consagración de sí mismo a la Santísima Virgen. Esta misma devoción fué practicada por muchos particulares hasta el siglo XVII en que se hizo pública.

El Padre Simón de Rojas, de la Orden de la Trinidad, llamada de redención de los cautivos, predicador del rey Felipe III, puso en boga esta devoción por toda España y Alemania, y obtuvo de Gregorio XV, a instancias de Felipe III, muchas indulgencias para los que la practicaron. El R. P. de los Ríos, de la Orden de San Agustín, se dedicó con su íntimo amigo el P. Rojas a extender esta devoción con sus palabras y escritos en los mismos países; compuso un gran volumen intitulado *Hierarchia Mariana*, en el que trata, con tanta piedad como erudición, de la antigüedad, de la excelencia y de la solidez de esta devoción. Los RR. Padres Teatinos en el siglo último, establecieron esta devoción en Italia, Sicilia y Saboya; el R. P. Estanislao Phalacio, de la Compañía de Jesús, hizo adelantar maravillosamente esta devoción en Polonia. El Padre de los Ríos, en el libro arriba citado, refiere los nombres de los príncipes, princesas, duques y cardenales de diferentes reinos que abrazaron esta devoción.

El R. P. Cornelio a Lapide, tan recomendable por

(1) Vautier de Birback era pariente próximo de los duques de Lovaina.

su piedad como por su ciencia profunda, recibió de muchos obispos y teólogos la comisión de examinar esta devoción, y, después de hacerlo con toda madurez, le tributó alabanzas dignas de su piedad, y otros muchos grandes personajes siguieron su ejemplo. Los RR. PP. Jesuítas, siempre celosos por el servicio de la Santísima Virgen, presentaron en nombre de los Congregantes de Colonia un opúsculo sobre la Santa esclavitud al duque Fernando de Baviera, entonces arzobispo de Colonia, el cual dió su aprobación y permiso para que se imprimiera, exhortando a los párrocos y religiosos de su diócesis a que extendieran cuanto pudiesen esta sólida devoción. El cardenal de Berulle, cuya memoria bendice Francia entera, fué uno de los más celosos en extender por Francia esta devoción, a pesar de todas las calumnias y persecuciones que hubo de sufrir por parte de los críticos y libertinos. Estos le acusaron de novedad, de superstición; escribieron y publicaron contra él un libelo difamatorio, y se sirvieron, o más bien el demonio por su ministerio, de mil astucias para poner obstáculos a la propagación de esta devoción en Francia; pero este santo y gran varón no respondió a tales calumnias más que con su paciencia, y a las objeciones de los adversarios, contenidas en dicho libelo, con un escrito pequeño en donde los refuta poderosamente, mostrándoles que esta devoción está fundada en el ejemplo de Jesucristo, en las obligaciones que le debemos y en los votos que le hemos hecho en el santo Bautismo, y con esta última razón particularmente es con la que tapa la boca a sus adversarios, haciéndoles ver que esta consagración a

la Santísima Virgen y a Jesucristo por sus manos no es otra cosa que una perfecta renovación de los votos o promesas del Bautismo. Muchas y bellas cosas dice acerca de esta práctica, las cuales podrán leerse en sus obras.

Pueden leerse en los libros de M. Boudon los diferentes Papas que han aprobado esta devoción, los teólogos que la han examinado, las persecuciones que ha sufrido y vencido, y los miles de personas que la han abrazado, sin que jamás Papa alguno la haya condenado, y nadie lo podrá hacer sin trastornar los fundamentos del cristianismo. Consta, pues, que esta devoción no es nueva, y que si no es común, es por ser demasiado preciosa para ser gustada y practicada por todo el mundo.

2.° Esta devoción es medio *seguro* para ir a Jesucristo, porque el oficio de María no es otro que el de conducirnos con toda seguridad a su Hijo, así como al de Este sólo es llevarnos con seguridad a su Eterno Padre. Y no crean falsamente los espirituales que María constituye un impedimento para su unión con Dios; pues, ¿qué cosa más absurda que quien ha encontrado gracia delante de Dios, para todo el mundo en general y para cada uno en particular, sea impedimento a un alma para encontrar la inapreciable gracia de la unión con El? ¿Será acaso posible que la que ha sido total y superabundantemente llena de gracia, tan unida y transformada en Dios, que ha sido necesario que Este se encarnase en Ella, sea obstácu-

lo para que un alma se una perfectamente a Dios? Verdaderamente que la vista de las otras criaturas, aunque santas, podría tal vez en alguna ocasión retardar la unión divina; pero esto no cabe tratándose de María, según he dicho y nunca me cansaré de decir. Una de las razones por qué tan pocas almas llegan a la plenitud de la edad de Jesucristo, es que María, que ahora como siempre es la Madre de Jesucristo y la Esposa fecunda del Espíritu Santo, no se ha formado bastante en los corazones. Quien desea tener el fruto maduro y bien formado debe tener el árbol que le produce; quien desea tener fruto de vida, Jesucristo, debe tener el árbol de vida, que es María. Quien desea tener en sí la operación del Espíritu Santo, debe tener su esposa fiel e indisoluble, la Virgen María, que le da fertilidad y fecundidad, como he dicho ya en otro lugar.

Persuadíos, pues, que cuanto más miréis a María en vuestras oraciones, contemplaciones, acciones y sufrimientos, si no de una manera clara y distinta, al menos general e imperceptible, más perfectamente encontraréis a Jesucristo, que está siempre con María, grande y poderoso, activo e incomprensible, y más que en el cielo y en cualquiera otra criatura del universo. Así, lejos de ser esta divina Señora, que está toda transformada en Dios, un obstáculo para que los perfectos se unan a Dios, no ha habido ni habrá jamás criatura que nos ayude tan eficazmente a esta grande obra, bien por las gracias que a este efecto

nos comunicará, ya que, como dice un santo, nadie se llena del pensamiento de Dios sino es por Ella: *Nemo cogitationi Dei repletur nisi per te;* bien por las ilusiones y engaños del espíritu maligno, de los cuales Ella nos librará.

Allí donde está María no puede estar el espíritu maligno, y una de las más infalibles señales para conocer cuándo alguien es conducido por el espíritu del bien, es el ser muy devoto de María, el pensar bastante en Ella y hablar de Ella con frecuencia.

Tal es el pensamiento de un santo, quien añade que, así como la respiración es señal cierta de que el cuerpo no está muerto, el pensar con frecuencia e invocar amorosamente a María es señal cierta de que el alma no está muerta por el pecado.

Como sólo María es, según dice la Iglesia y el Espíritu Santo que la gobierna, la que ha destruído todas las herejías: *Sola cunctas hoereses interemisti in universo mundo;* a pesar de cuanto en contra pretenden los críticos, nunca el que sea fiel devoto de María caerá en la herejía o en el error, al menos formal; podrá tal vez errar materialmente, tomar la mentira por verdad, y al ángel de las tinieblas por el ángel de la luz, y aun esto con menos facilidad que los otros; pero, tarde o temprano, conocerá su falta y su error material, y cuando lo conozca no se obstinará por manera alguna en creer y sostener lo que había creído como verdadero.

†

Cualquiera, pues, que quiera sin temor de ilusión, la cual es muy ordinaria entre personas de oración, avanzar en las vías de su perfección y encontrar segura y perfectamente a Jesucristo abrace con todo corazón, *corde magno et animo volenti*, esta devoción a la Santísima Virgen, que tal vez no haya conocido todavía; entre en este camino excelente que le era desconocido y que yo ahora le muestro: *Excellentiorem viam vobis demostro* (1). Este camino ha sido abierto por Jesucristo, la Sabiduría encarnada, nuestra única cabeza, y nosotros sus miembros, pasando por él no nos perderemos. Es un camino *fácil*, por la plenitud de la gracia y de la unción del Espíritu Santo que le llena; por tanto, nadie se cansa ni retrocede jamás marchando por él. Es un camino *corto*, que, en poco tiempo, nos lleva a Jesucristo. Es un camino *perfecto*, sin lodo, sin polvo, sin la menor inmundicia del pecado. Es, finalmente, un camino *seguro*, que nos conduce a Jesucristo y a la vida eterna de una manera recta y segura, sin desviarnos a derecha ni izquierda. Entremos, pues, en este camino y vayamos por él de noche y de día hasta que lleguemos a la plenitud de la edad de Jesucristo.

(1) Cor., XII, 31.

ARTICULO VI

Sexto motivo.—**Esta devoción proporciona una gran libertad interior.**

Esta devoción da a las personas que la practican fielmente una gran libertad interior, que es la libertad de los hijos de Dios. Porque, como por esta devoción nos hacemos esclavos de Jesucristo, consagrándoselo todo a El, en calidad de tales, este generoso Dueño, en recompensa de la cautividad amorosa a que nos sometemos: 1.° Quita del alma todo escrúpulo o temor servil, que sólo es capaz de estrecharla, cautivarla y embrollarla. 2.° Ensancha el corazón por medio de una segura confianza en Dios, haciendo que le mire como a su Padre. 3.° Le inspira un amor tierno y filial.

Sin detenerme a probar con razones esta verdad, me limitaré a referir un rasgo histórico que he leído en la Vida de la Madre Inés de Jesús, religiosa Jacobina (1), del convento de Langeac, en Auvernia, muerta en olor de santidad en el mismo lugar, el año 1634. Teniendo sólo siete años apenas y sufriendo grandes congojas de espíritu, oyó una voz que le dijo que, si quería quedar libre de todas sus penas y ser protegida contra todos sus enemigos, se hiciera, cuanto antes, esclava de Jesús y de su Santísima Madre. Apenas re-

(1) Hasta la revolución, las Dominicas, lo mismo que los Dominicos, se llamaban así.

gresó a su casa, se apresuró a darse toda entera a Jesús y a su Santísima Madre en esta calidad, aun cuando entonces no sabía lo que era dicha devoción, y habiendo encontrado una cadena de hierro, se la puso en la cintura y la llevó hasta la muerte Después de esta acción, cesaron todas sus congojas y escrúpulos, quedando con gran paz y ensanchamiento de corazón, lo cual la indujo a enseñar semejante devoción a algunos otros que hicieron con ella grandes progresos, entre otros a M. Olier, fundador del seminario de San Sulpicio, y muchos sacerdotes y eclesiásticos del mismo seminario. Un día apareciósele la Santísima Virgen, le puso en el cuello una cadena de oro para testificarla la alegría con que la veía hecha esclava de su Hijo y suya, y Santa Cecilia, que acompañaba a la Santísima Virgen, le dijo: «Bienaventurados los fieles esclavos de la Reina del cielo, porque gozarán la verdadera libertad»: *Tibi servire libertas.*

ARTICULO VII

Séptimo motivo.—**Esta devoción procura grandes bienes a los prójimos.**

Hay otra razón, que nos induce a abrazar esta práctica, y es los grandes bienes que de ella reportará nuestro prójimo. Por ella, en efecto, se ejerce con él la caridad de una manera eminente, pues se le da, por las manos de María, todo lo que se tiene de más caro, que es el valor satisfactorio e impetratorio de todas

las buenas obras, sin exceptuar el menor pensamiento bueno y el más pequeño ofrecimiento, consiéntese en que todas las satisfacciones que se han adquirido y las que hasta la muerte se adquirirán se empleen, según la voluntad de la Santísima Virgen, en la conversión de los pecadores o en librar a las almas del Purgatorio. ¿Y no es esto acaso amar al prójimo con la mayor perfección posible? ¿No es esto ser verdaderamente discípulo de Jesucristo, al cual se le reconoce por la caridad? No es ese el medio de convertir a los pecadores sin temor de envanecerse, y librar a las almas del Purgatorio, sin hacer, podemos decir, otra cosa que lo que cada uno está obligado a hacer según su estado?

Para comprender la excelencia de este motivo, sería preciso conocer cuán gran bien supone el convertir a un pecador o librar a un alma del Purgatorio: bien infinito, más grande que criar el cielo y la tierra, pues se da a un alma la posesión de Dios. Aun cuando por esta práctica, en toda nuestra vida, sólo sacáramos un alma del Purgatorio o sólo consiguiéramos la conversión de un pecador, ¿acaso no sería esto bastante para inducir a todo hombre verdaderamente caritativo a abrazarla? Pero debemos notar que nuestras buenas obras, al pasar por las manos de María reciben un aumento de pureza, y, por consiguiente, de mérito y de valor satisfactorio e impetratorio, por lo cual se hacen muchos más capaces de aliviar a las almas del Purgatorio y convertir a los pecadores, que si no pasaran por estas manos virginales y liberales de María. Lo poquito que se da por medio de la Santísima Vir-

gen, sin propia voluntad y por caridad desinteresada, se convierte realmente en un bien poderoso para aplacar la cólera de Dios y atraer su misericordia, y quizá a la hora de la muerte se verá que una persona del todo fiel a esta práctica habrá, por este medio, librado algunas almas del Purgatorio y convertido a varios pecadores, a pesar de no hacer más que cosas bastante ordinarias de por sí. ¡Qué alegría para esta alma en el juicio! ¡Qué gloria en la eternidad!

ARTICULO VIII

Octavo motivo.—**Esta devoción es un admirable medio de perseverancia.**

Por último, lo que nos induce más poderosamente, en cierto modo, a esta devoción de la Santísima Virgen, es el ser un medio admirable para perseverar en la virtud y ser fiel. Porque, ¿cuál es la causa de que no sean duraderas la mayor parte de las conversiones de pecadores? ¿Por qué se cae tan fácilmente en el pecado? ¿De dónde proviene el que la mayor parte de los justos, en vez de adelantar de virtud en virtud y adquirir nuevas gracias, pierden frecuentemente las pocas virtudes y gracias que poseen? Esta desgracia procede, según arriba he demostrado, de que, siendo el hombre tan corrompido, tan débil e inconstante, se fía de sí mismo, se apoya en sus propias fuerzas y se cree capaz de guardar el tesoro de sus gracias, de sus virtudes y de sus méritos. Por esta devoción se con-

fía a la Santísima Virgen, que es fiel, todo lo que se posee; se la toma por depositaria universal de todos los bienes de naturaleza y de gracia. Entonces nos fiamos en su fidelidad, nos apoyamos en su poder y nos fundamos en su misericordia y caridad para que conserve y aumente nuestras virtudes y méritos, pese al diablo, al mundo y a la carne, que hacen sus esfuerzos para quitárnoslos. Le decimos, como un buen hijo a su madre y un fiel servidor a su Señora: *Depositum custodi*: Madre y Señora mía amabilísima, reconozco que hasta ahora he recibido de Dios, por vuestra intercesión, más gracias que merezco, y la experiencia me enseña, por desgracia, que llevo este tesoro en un vaso muy frágil y que yo soy muy débil y miserable para conservarle en mí mismo; concededme la gracia de recibir en depósito todo lo que poseo, y conservádmelo por vuestra fidelidad y vuestro poder. Si Vos me guardáis, nada perderé; si Vos me sostenéis, no caeré; si Vos me protegéis, estaré a salvo de mis enemigos. Esto mismo es lo que dice San Bernardo en términos formales, para inspirarnos esta práctica: «Si Ella te sostiene, no caes; si Ella te protege, no temes; si Ella te conduce, no te fatigas; si Ella te es favorable, llegas al puerto de salvación: *Ipsa tenente, non corruis; ipsa protegente, non metuis; ipsa duce, non fatigaris; ipsa propitia, pervenis.*» (San Bern. Serm. 2 *super Missus est.*) San Buenaventura parece decir todavía en términos más explícitos lo mismo: «La Santísima Virgen, dice, no está solamente detenida en la plenitud de los santos, sino que también Ella detiene a los santos en su plenitud, para que

ésta no disminuya; detiene sus virtudes para que no se disipen; detiene sus méritos para que no perezcan; detiene sus gracias para que no se pierdan; detiene a los demonios para que no les dañen; detiene a su Hijo para que no les castigue cuando pecan»: *Virgo non solum in plenitudine Sanctorum detinetur, sed etiam in plenitudine sanctos detinet, ne plenitudo minuatur; detinet virtutes ne fugiant; detinet merita ne pereant; detinet gratias ne effluant; detinet doemones ne noceant; detinet Filium ne peccatores percutiat.* (Sanc. Bonav. in Specul. B. V.)

María es la Virgen fiel que, por su fidelidad a Dios, repara las pérdidas que Eva la infiel ocasionó por su infidelidad, y obtiene la fidelidad a Dios y la perseverancia a aquellos y aquellas que se entregan a Ella. Esto es lo que hizo a un santo llamarla áncora firme que los sujeta y les impide naufragar, en el agitado mar del mundo, en donde tantas personas perecen, por no agarrarse a esta áncora firme. «Sujetamos, dice, las almas a vuestra esperanza, como a un áncora firme.» *Animas ad spem tuam sicut ad firman anchoram alligamus.* A ella se han agarrado fuertemente los santos que se han salvado, y a ella han sujetado a los otros, para perseverar en la virtud. ¡Felices, pues, y mil veces felices los cristianos que ahora se agarran fiel y enteramente a Ella, como a un áncora firme! Los esfuerzos de las tempestades de este mundo no les harán sumergir ni perder sus tesoros celestiales. ¡Dichosos aquellos y aquellas que están en Ella como en el arca de Noé! Las aguas del diluvio de pecados que anegan a tanta gente no les dañará porque: *Qui*

operantur in me non peccabunt (1): «Los que están en mí obrando su salvación no pecarán», dice Ella con la Sabiduría. Bienaventurados los hijos infieles de la desdichada Eva que se entregan a la Madre y Virgen fiel, que siempre permanece fiel y jamás se contradice: *Fidelis permanet, se ipsam negare non potest*, y que siempre ama a aquellos que la aman: *Ego diligentes me diligo* (2), no sólo con amor afectivo, sino con amor efectivo y eficaz, impidiéndoles, por una gran abundancia de gracias, retroceder en la virtud o caer en el camino, perdiendo la gracia de su Hijo.

Esta bondadosa Madre recibe siempre, por pura caridad, todo cuanto se le da en depósito, y una vez que ella lo ha recibido en calidad de depositaria, se obliga por justicia, en virtud del contrato de depósito, a guardárnoslo, lo mismo que una persona a quien hubiese yo confiado en depósito mil escudos, quedaría obligada a guardármelos, en forma que, si por negligencia suya se perdiesen, ella sería responsable de ellos con toda justicia. Pero no, jamás esta fiel Señora dejará que por su negligencia se pierda lo que se le haya confiado: el cielo y la tierra pasarán antes de que Ella se haga negligente e infiel con los que se fían de Ella. Pobres hijos de María, vuestra debilidad es extrema, vuestra inconstancia grande, vuestro fondo muy corrompido. Habéis sido formados de la

(1) Eccl., XXIV, 20.
(2) Prov., VIII, 17.

masa corrompida de los hijos de Adán y de Eva, pero no os desaniméis por esto; antes bien, consolaos, regocijaos: he aquí el secreto que yo os enseño, secreto desconocido de casi todos los cristianos, aun los más devotos. No dejéis vuestro oro y vuestra plata en los cofres que han sido ya rotos por el maligno espíritu que os ha robado, y los cuales son muy pequeños, muy endebles y viejos para contener un tesoro tan grande y tan precioso. No pongáis el agua pura y clara de la fuente en vuestros vasos, que están corrompidos e infectados por el pecado. Si en ellos ya no está el pecado, queda todavía su mal olor y el agua se corrompe. No guardéis vuestros vinos exquisitos en los antiguos toneles, que estuvieron llenos de malos vinos, porque, de lo contrario, se echarán a perder y estarán en peligro de derramarse.

Aunque me habréis entendido ya, almas predestinadas, quiero todavía hablar con más claridad. No guardéis el oro de vuestra caridad, la plata de vuestra pureza, las aguas de las gracias celestiales ni los vinos de vuestros méritos y virtudes, en un saco agujereado, en un cofre viejo y roto, en un vaso dañado y corrompido como vosotros: de lo contrario, seréis robados por los ladrones, es decir, por los demonios, que buscan y espían de día y de noche el tiempo oportuno para ello, o corromperéis, por el mal olor de vosotros mismos, de confianza en vosotros y de propia voluntad, todo lo que Dios os da de más puro. Poned, verted en el seno y el corazón de María todos vuestros

tesoros, todas vuestras gracias y virtudes, pues él es un vaso espiritual, un vaso de honor y un vaso insigne de devoción: *Vas spiritale, vas honorabile, vas insigne devotionis.* Desde que el mismo Dios en persona se encerró con todas sus perfecciones en este vaso, se ha hecho todo espiritual y la morada espiritual de las almas más espirituales; se ha hecho honorífico y el trono de amor de los más grandes príncipes de la eternidad; se ha hecho insigne en devoción y la mansión más ilustre en dulzura, en gracias y en virtudes; se ha hecho, finalmente, rico como una casa de oro, fuerte como la torre de David y puro como una torre de marfil.

¡Cuán dichoso es el hombre que todo lo ha dado a María, que se confía y se pierde en todo y por todo en María! Es todo de María y María toda de él. El puede decir osadamente con David: *Haec facta est mihi* (1): «María ha sido hecha para mí», o con el discípulo amado: *Accepi eam in mea* (2): «La he tomado por todos mis bienes», o con Jesucristo: *Omnia mea tua sunt, et omnia tua mea sunt* (3): «Todo lo que yo tengo es vuestro y todo lo que Vos tenéis es mío.»

Si algún crítico que esto lea, cree que hablo por exageración excesiva, ¡ay!, es que no me entiende, ya porque es hombre carnal, que no gusta las cosas del espíritu; ya porque es del mundo, que no puede

(1) Ps. CXVIII, 56.
(2) S. Juan, XIX, 27.
(3) S. Juan, XVII, 10.

recibir el Espíritu Santo; ya porque es orgulloso y crítico, que condena y desprecia todo lo que no entiende. Pero las almas que no han nacido de la sangre ni de la voluntad de la carne, ni de la voluntad del hombre, sino de Dios y de María me comprenden y me gustan, y para ellas es para quien escribo esto. Sin embargo, para unos y para otros digo, volviendo al asunto que he interrumpido, que siendo esta divina Señora la más buena y liberal de todas las puras criaturas, jamás se deja vencer en amor y liberalidad, y, como dice un devoto, por un huevo da un buey, es decir, por poco que se le dé, da Ella mucho de lo que ha recibido de Dios, y, por consiguiente, si un alma se da a Ella sin reserva, y pone en Ella toda su confianza sin presunción, trabajando cuanto esté de su parte para adquirir las virtudes y domar las pasiones, María se entrega también sin género alguno de reserva a esta alma.

Digan, pues, osadamente con San Juan Damasceno los fieles servidores de la Santísima Virgen: «Si confío en Vos, ¡oh Madre de Dios!, seré salvo; defendido por Vos, nada temeré; con vuestra protección y auxilio perseguiré y pondré en fuga a mis enemigos, porque vuestra devoción es un arma de salvación que Dios da a aquellos que quiere que se salven»: *Spem tuam habens, o Deipara, servabor, defensionem tuam possidens, non timebo; persequar inimicos meos et in fugam vertam, habens protectionem et auxilium tuum, nam tibi devotum esse est arma quaedam salutis quae Deus his dat quos vult salvos fieri.* (S. Juan Damasceno. Ser. de Anun.)

CAPITULO IV

Rebeca y Jacob; la Santísima Virgen y sus esclavos de amor

ARTICULO I

REBECA Y JACOB

De todas las verdades que acabo de exponer con respecto a la Santísima Virgen y a sus hijos servidores, el Espíritu Santo nos da en la Sagrada Escritura una figura admirable en la historia de Jacob, que recibió la bendición de su padre, Isaac, por los cuidados y la industria de su madre Rebeca. Hela aquí tal como la cuenta el Espíritu Santo, y luego añadiré yo su explicación.

§ I.—*Historia de Jacob.*

Habiendo Esaú vendido a su hermano Jacob el derecho de primogenitura, Rebeca, madre de los dos hermanos, que amaba tiernamente a Jacob, aseguróle esta ventajosa adquisición, algunos años después, mediante una estratagema santa y llena de misterios. Porque Isaac, sintiéndose ya muy viejo y queriendo bendecir a sus hijos antes de morir, llamó a su hijo Esaú, a quien amaba, encargándole que fuese a la caza para traerle algo de comer, a fin de bendecirle luego. Re-

beca avisó pronto a Jacob lo que ocurría y le mandó tomar dos cabritos del rebaño. Cuando éste los hubo entregado a su madre, preparó ésta a Isaac lo que sabía le agradaba; puso a Jacob los vestidos de Esaú que ella guardaba, y cubrió sus manos y cuello con la piel de los cabritos, a fin de que su padre, que no veía, al escuchar la voz de Jacob, pudiera por lo menos creer, tocando el pelo de sus manos, que era su hermano Esaú. Sorprendido, en efecto, Isaac de la voz que creía ser de Jacob, hizo que éste se le acercase y, tocándole el pelo de las pieles con que se había cubierto las manos, dijo que la voz era ciertamente la de Jacob, pero que las manos eran de Esaú. Después que hubo comido y percibió, al besar a Jacob, el olor de sus vestidos perfumados, le bendijo, deseándole el rocío del cielo y la fecundidad de la tierra; constituyólo señor de todos sus hermanos, y acabó su bendición con estas palabras: «El que te maldiga sea él mismo maldito, y el que te bendiga sea colmado de bendiciones.» Apenas había Isaac concluído estas palabras, entró Esaú y presentó a su padre, para que comiera lo que él había cogido en la caza, a fin de que luego le bendijera. El santo Patriarca quedó sorprendido con increíble asombro, al comprender lo que había ocurrido; pero, lejos de retractar lo que había hecho, lo confirmó, por el contrario, porque veía sensiblemente el dedo de Dios en toda esta conducta. Esaú entonces lanzó bramidos, como nota la Sagrada Escritura, y acusando en voz alta de engañador a su hermano, preguntó a su padre si es que sólo tenía una bendición: figurando de esta manera, como dicen los

santos Padres, a aquellos que, cuidando bien de juntar a Dios con el mundo, quieren gozar a un tiempo de los consuelos del cielo y de los de la tierra. Isaac, movido por los lamentos de Esaú, le bendijo por fin, pero con una bendición de la tierra, sujetándole a su hermano, lo cual le hizo concebir un odio tan encarnizado contra Jacob, que sólo esperaba la muerte de su padre para matarle; y no hubiese podido Jacob evitar la muerte, si su querida madre Rebeca no le hubiese librado por sus industrias y los buenos consejos que le dió y que él siguió.

§ II.—*Esaú, figura de los réprobos.*

Antes de explicar esta bellísima historia, es preciso hacer notar que, según los santos Padres y los intérpretes de la Sagrada Escritura, Jacob es la figura de Jesucristo y de los predestinados, y Esaú la de los réprobos; basta, pues, examinar sólo las acciones y conducta de uno y otro para pensarlo así.

I

1.° Esaú, el primogénito, era fuerte y robusto de cuerpo, aficionado a manejar el arco, y diestro para hacer una caza abundante. 2.° Apenas permanecía en su casa y, confiando sólo en su destreza, trabajaba siempre fuera. 3.° No se esforzaba mucho por agradar a su madre Rebeca, de la cual bien poco caso hacía. 4.° Era tan glotón y tan dado a los regalos de la comida, que por un plato de lentejas vendió su

derecho de primogenitura. 5.° Estaba, al igual de Caín, lleno de envidia contra su hermano Jacob, persiguiéndolo cuanto podía.

He aquí la conducta que observan siempre los réprobos: 1.° Fían en su fuerza e industria para los negocios temporales; son muy fuertes, muy hábiles e ingeniosos para las cosas de la tierra, pero muy débiles y muy ignorantes en las cosas del cielo: *In terrenis fortes, in coelestibus debiles*. He aquí por qué:

II

No permanecen o apenas permanecen en su propia casa, esto es, en su interior, que es la casa interior y esencial que Dios ha dado a cada hombre, para morar allí, a ejemplo suyo, porque Dios siempre permanece en sí. Los réprobos no aprecian el retiro, ni las cosas espirituales, ni la devoción interior, y tratan de espíritus débiles, beatos y huraños a los que hacen vida interior, retirada del mundo, trabajando más en las cosas de dentro que en las de fuera.

III

Los réprobos apenas se cuidan de la devoción a la Santísima Virgen, Madre de los predestinados; es verdad que no la odian formalmente; que algunas veces le tributan alabanzas; dicen que la aman, y hasta practican alguna devoción en su honor; pero, por lo demás, no pueden ver que se la ame tiernamente, porque carecen con respecto a Ella de la ternura de Ja-

cob; encuentran censurable las prácticas de devoción a las cuales sus buenos hijos y servidores permanecen fieles para ganar su afecto, porque creen que esta devoción no les es necesaria para su salvación y que, con tal que no odien formalmente a la Santísima Virgen y no desprecien abiertamente su devoción, hacen bastante y que se hacen acreedores a las bondades y gracias de María, y son sus servidores, porque rezan y dicen entre dientes algunas oraciones en su honor, sin ternura para con Ella y sin enmienda para sí mismos.

IV

Estos réprobos venden su derecho de primogenitura, o sea, los placeres del Paraíso, por un plato de lentejas, esto es, por los placeres de la tierra. Ríen, beben, comen, se divierten, juegan, bailan, sin afanarse, como Esaú, por hacerse dignos de la bendición del Padre celestial. En pocas palabras: sólo piensan en la tierra, sólo aman las cosas de la tierra, sólo hablan y tratan de las cosas de la tierra y de sus placeres, vendiendo por un momento de placer, por el humo vano del honor y por un pedazo de tierra dura, amarilla o blanca, la gracia bautismal, su vestido de inocencia, su herencia celestial.

V

Por último, los réprobos odian y persiguen en todos los momentos a los predestinados, abierta o se-

cretamente; los tienen como una carga; los desprecian, los critican, los engañan, los empobrecen, los desechan, los reducen hasta la miseria, mientras ellos hacen fortuna, se entregan a los placeres, viven espléndidamente, se enriquecen, se engrandecen y tienen toda suerte de comodidades.

§ III.—*Jacob, figura de los predestinados.*

I

Jacob, el hijo menor, era de una complexión débil, dulce y pacífica, y permanecía ordinariamente en la casa, para granjearse las bondades y las gracias de su madre Rebeca, a quien amaba tiernamente; si salía afuera, no era por propia voluntad ni por la confianza que tenía en su industria, sino por obedecer a su madre.

II

Amaba y honraba a su madre. Por esto permanecía en casa cerca de ella; nunca estaba tan contento como cuando la veía; evitaba cuanto la pudiese desagradar; y hacía todo lo que creía que la complacía; todo lo cual aumentaba en Rebeca el amor que le profesaba.

III

Estaba sometido en todo a su querida madre; la obedecía enteramente en todas las cosas, pronto, sin

tardar, y amorosamente, sin quejarse. Al menor indicio de su voluntad, el niño Jacob corría y trabajaba; creía todo lo que Rebeca le decía, sin indagar las razones: por ejemplo, cuando ella le dijo que fuese a buscar dos cabritos y que se los trajera para aderezar la comida a su padre Isaac, Jacob no le replicó diciéndola que, para comer una sola vez un hombre, había bastante con un cabrito, sino que, sin discutir, hizo cuanto ella le ordenó.

IV

Tenía una gran confianza en su querida madre; como para ninguna cosa se apoyaba en su habilidad, se apoyó únicamente en los cuidados y en la protección de su madre; la llamaba en todas sus necesidades y la consultaba en todas sus dudas: por ejemplo, cuando le preguntó si acaso en vez de bendición recibiría la maldición de su padre, creyó en ella y en ella confió cuando Rebeca le dijo que ella tomaría sobre sí esta maldición.

V

Por último, imitaba, según sus fuerzas, las virtudes que veía en su madre, y una de las razones por las cuales permanecía sedentario en casa parece ser la de querer imitar a su madre, que era virtuosa, y se alejaba de las malas compañías, que corrompen las costumbres. Por este medio se hizo digno de recibir la doble bendición de su padre.

ARTICULO II

Los predestinados y la Santísima Virgen.

§ I.—*Conducta de los predestinados.*

He aquí la conducta que observan siempre los predestinados.

I

Permanecen sedentarios en la casa con su Madre; es decir, aman el retiro, son interiores, se dedican a la oración, pero a ejemplo y en la compañía de su Madre, la Santísima Virgen, cuya gloria está toda en el interior y la cual durante toda la vida amó tanto el retiro y la oración. Es verdad que algunas veces aparecen exteriormente en el mundo, pero es por obediencia a la voluntad de Dios y a la de su querida Madre, por cumplir con los deberes de su estado. Por grandes que sean en apariencia las cosas que hagan al exterior, estiman todavía mucho más las que hacen dentro de sí mismos, en su interior, en la compañía de la Santísima Virgen, porque allí hacen la gran obra de su perfección, en comparación de la cual las demás no son sino juegos infantiles. He aquí por qué, mientras algunas veces sus hermanos y hermanas trabajan por de fuera con mucha fuerza, industria y éxito, en la alabanza y aprobación del mundo, conocen por la luz del Espíritu Santo que se disfruta más gloria y más placer viviendo ocultos

en el retiro con Jesucristo, su modelo, en una entera y perfecta sumisión a su Madre, que haciendo por sí mismos maravillas de naturaleza y de gracia en el mundo, a semejanza de los muchos Esaús y réprobos que en él hay. *Gloria et divitiae in domo ejus* (1): la gloria para Dios y las riquezas para el hombre se hallan en la casa de María.

¡Cuán amables son vuestros tabernáculos, oh Señor! El pajarillo ha encontrado una casa para albergarse y la tortolilla un nido para colocar sus hijuelos. ¡Oh, cuán dichoso es el hombre que mora en la casa de María, en donde Vos, primero que nadie, habéis hecho vuestra morada! En esta casa de los predestinados es en donde él recibe su socorro de Vos solo, y en donde ha dispuesto las subidas y grados de todas las virtudes, en su corazón, para elevarse a la perfección en este valle de lágrimas. *Quam dilecta tabernacula*, etc. (2).

II

Aman tiernamente y honran con verdad a la Santísima Virgen, como a su bondadosa Madre y Señora. La aman no sólo de palabra, sino en verdad; la honran no sólo al exterior, sino en el fondo del corazón; evitan, como Jacob, todo lo que puede desagradarla, y practican con fervor todo lo que creen les puede granjear su benevolencia. La llevan y la entregan no dos cabritos como Jacob a Rebeca, sino

(1) Ps. CXI, 3.
(2) Ps. XXXIII, 2.

su cuerpo y su alma, con todo lo que de ellos depende, figurados por los dos cabritos de Jacob, con el fin: 1.° De que Ella los reciba como cosa que le pertenece. 2.° Que los mate y los haga morir al pecado y a sí mismos, desollándolos y despojándolos de su propia piel y de su amor propio, para agradar a Jacob, su Hijo, que quiere que sus amigos y discípulos estén muertos a sí mismos. 3.° Que Ella los aderece al gusto del Padre celestial y a su mayor gloria, la cual Ella conoce mejor que ninguna criatura. 4.° Que, por sus cuidados e intercesión, este cuerpo y esta alma, bien purificados de toda mancha, muertos, despojados y bien aderezados, sean un manjar delicado, digno de la boca y de la bendición del Padre celestial. ¿Y no es esto acaso lo que harán los predestinados, que gustarán y practicarán la perfecta consagración a Jesús por las manos de María, que yo les enseño, para testificar a Jesús y a María su amor efectivo e intrépido?

Los réprobos dicen constantemente que aman a Jesús y que aman y honran a María; pero no lo hacen con todas las fuerzas de su ser, sacrificándoles el cuerpo con sus sentidos y el alma con sus pasiones, como los predestinados. Estos están sumisos y obedientes a la Santísima Virgen, como a su cariñosa Madre, a ejemplo de Jesucristo, que de treinta y tres años que ha vivido sobre la tierra, empleó treinta en glorificar a Dios su Padre, mediante una perfecta y entera sumisión a su Santísima Madre.

III

La obedecen siguiendo exactamente sus consejos, como el niño Jacob los de Rebeca, a quien ella dijo: *Acquiesce consiliis* meis (1): «Hijo mío, sigue mis consejos»; o como los convidados de las bodas de Caná, a quienes la Santísima Virgen dijo: *Quodcumque dixerit vobis, facite* (2): «Haced todo lo que mi Hijo os diga.» Jacob, por haber obedecido a su madre, recibió la bendición como por milagro, aunque naturalmente no la debió tener; los convidados a las bodas de Caná, por haber seguido el consejo de la Santísima Virgen, fueron honrados con el primer milagro de Jesucristo, que allí convirtió el agua en vino a las súplicas de su Santísima Madre. Igualmente, todos aquellos que hasta el fin de los siglos reciban la bendición del Padre celestial y sean honrados con las maravillas de Dios, no recibirán sus gracias sino como consecuencia de su perfecta obediencia a María; los Esaús, por el contrario, pierden su bendición, por falta de sumisión a la Santísima Virgen.

IV

Tienen una gran confianza en la bondad y en el poder de la Santísima Virgen, su cariñosa Madre; reclaman sin cesar su socorro; la miran como su es-

(1) Gén., XXVII, 8.
(2) S. Juan, II, 5.

trella polar, para llegar al puerto de felicidad; le manifiestan sus penas y necesidades, con todo el desahogo de su corazón; se abrazan a sus pechos de misericordia y de dulzura, para obtener el perdón de sus pecados por su intercesión, o para gustar sus dulzuras maternales en sus penas y agobios. Hasta se arrojan, se ocultan y se pierden, de una manera admirable, en su amoroso y virginal pecho, para estar allí abrasados de puro amor, para ser allí purificados de las menores manchas y para encontrar plenamente a Jesús, el cual reside allí como en su más glorioso trono. ¡Oh qué dicha! No creas, dice el abad Guerrico, que es más feliz el que está en el seno de Abraham que el que está en el seno de María, puesto que en éste puso el Señor su trono: *Ne credideris majoris esse felicitatis habitare in sinu Abrahae quam in sinu Mariae, cum in eo Dominus posuerit thronum suum.*

Los réprobos, por el contrario, como ponen toda su confianza en sí mismos, al igual del hijo pródigo, sólo comen lo que los cerdos, no se alimentan más que de tierra, a semejanza de los sapos, y, cual los mundanos, sólo aman las cosas visibles y exteriores; no gustan jamás las dulzuras del seno y de los pechos de María; no sienten, como los predestinados, cierto apoyo y cierta confianza en la Santísima Virgen, su bondadosa Madre. Quieren, por desgracia, tener hambre sólo de las cosas de fuera, según dice San Gregorio, porque no quieren gustar la dulzura que siempre está preparada dentro de sí mismos y en el interior de Jesús y de María.

V

En fin, los predestinados guardan los caminos de la Santísima Virgen, su bondadosa Madre, es decir, la imitan y por esto es por lo que son verdaderamente felices y devotos, y llevan la señal infalible de su predestinación, como se lo dice su cariñosa Madre: *Beati qui custodiunt vias meas* (1), es decir, bienaventurados aquellos que practican mis virtudes y que caminan sobre las huellas de mi vida, con el socorro de la gracia divina. Son dichosos en este mundo, durante su vida, por la abundancia de las gracias y dulzuras que les comunico de mi plenitud, más abundantemente que a los otros que no me imitan tan de cerca; son dichosos en su muerte, la cual es dulce y tranquila y a la cual ordinariamente asisto yo para conducirlos por mí misma a las alegrías de la eternidad; por último, son dichosos en la eternidad, porque ninguno de mis servidores, que ha imitado mis virtudes durante su vida, se ha perdido jamás. Los réprobos, por el contrario, son desgraciados durante su vida, en su muerte y en la eternidad, porque no imitan a la Santísima Virgen en sus virtudes, contentándose con ingresar a veces en sus cofradías, rezar algunas oraciones en su honor y practicar alguna otra devoción exterior.

¡Oh Virgen Santísima, bondadosa Madre mía, cuán felices son aquellos, lo repito con los transportes de mi corazón, cuán felices son aquellos y aque-

(1) Prov., VIII, 32.

llas que, no dejándose seducir por una falsa devoción hacia Vos, guardan fielmente vuestros caminos, vuestros consejos y vuestros mandatos! Pero, ¡cuán desgraciados y malditos aquellos que, abusando de vuestra devoción, no guardan los mandamientos de vuestro Hijo! *Maledicti omnes qui declinant a mandatis tuis* (1).

§ II.—*Conducta de María con los predestinados.*

Veamos ahora los caritativos oficios que la Santísima Virgen, como la mejor de todas las madres, ejerce con sus fieles servidores que se han dado a Ella de la manera que acabo de decir y según la figura de Jacob.

I.—*Ella los ama.*

Ego diligentes me diligo (2): «Yo amo a los que me aman.» 1.° Ella los ama porque es su Madre verdadera, y una madre siempre ama a su hijo, fruto de sus entrañas. 2.° Los ama por reconocimiento, porque, efectivamente, ellos la aman como a su cariñosa Madre. 3.° Los ama porque, estando predestinados, son amados de Dios: *Jacob dilexi, Esau autem odio habui* (3). 4.° Los ama porque se han consagrado del todo a Ella y son su porción y su herencia: *In Israel hocreditare* (4). Los ama tiernamente,

(1) Ps. CXVIII, 21.
(2) Prov., XIII, 17.
(3) Rom., IX, 13.
(4) Eccle., XXIV, 18.

y más tiernamente que todas las madres juntas. Poned, si podéis, todo el amor natural que todas las madres del mundo tienen para sus hijos en un mismo corazón de una madre para un hijo único: ciertamente esta madre amaría mucho a este hijo; sin embargo, es muy cierto que María ama aún con más ternura a sus hijos, que esta madre amaría al suyo.

Ella no los ama sólo con afecto sino con eficacia. Su amor hacia ellos es activo y efectivo, como el de Rebeca para con Jacob y más todavía. He aquí lo que esta bondadosa Madre, de la cual Rebeca es una figura, hace con el fin de obtener para sus hijos la bendición del Padre celestial. 1.° Ella espía, como Rebeca, las ocasiones favorables para hacerles bien, para engrandecerlos y enriquecerlos. Como Ella ve claramente en Dios todos los bienes y males, los buenos y malos negocios, las bendiciones y las maldiciones de Dios, dispone de lejos las cosas para librar de toda suerte de males a sus servidores, y colmarlos de toda suerte de bienes; de modo que, si se tiene que realizar ante Dios algún gran negocio, por la fidelidad de una criatura a cualquier empleo importante, es seguro que María procurará este buen negocio a alguno de sus buenos hijos y servidores, y le dará la gracia que necesita para llegar al fin con fidelidad. *Ipsa procurat negotia nostra*, ha dicho un santo.

2.° Ella les da buenos consejos, como Rebeca a Jacob: *Fili mi, acquiesce consiliis meis*: «Hijo mío,

sigue mis consejos.» Y entre otros consejos les inspira que le lleven dos cabritos, es decir, su cuerpo y su alma, que se los consagren, para aderezar con ellos un manjar agradable a Dios, y hacer todo lo que Jesucristo, su Hijo, ha enseñado con sus palabras y ejemplos. Y si no les da por sí misma otros consejos, lo hace por ministerio de los ángeles, los cuales jamás se honran tanto ni experimentan mayor placer que cuando obedecen a alguna de sus órdenes, bajando a la tierra y socorriendo a algún servidor suyo.

3.° ¿Y qué es lo que hace esta bondadosa Madre, cuando se la ha llevado y consagrado el cuerpo y el alma y todo cuanto de ellos depende sin excepción de cosa alguna? Lo que hizo en otro tiempo Rebeca con los cabritos que le llevó Jacob. 1.° Los mata, haciéndolos morir a la vida del viejo Adán. 2.° Los desuella y los despoja de su piel natural, de sus inclinaciones naturales, de su amor propio y propia voluntad y de todo apego a las criaturas. 3.° Los purifica de sus manchas, suciedades y pecados. 4.° Los adereza al gusto de Dios y a su mayor gloria. Y como sólo María es la que conoce perfectamente este gusto divino y esta mayor gloria del Altísimo, sólo Ella es la que sin engañarse puede acomodar y aderezar nuestro cuerpo y nuestra alma a este gusto infinitamente exquisito y a esta gloria infinitamente oculta.

4.° Esta tierna Madre, después de recibir la ofrenda perfecta que le hemos hecho de nosotros mismos y de nuestros propios méritos y satisfacciones, por la devoción de que he hablado, y después de habernos despojado de nuestros antiguos vestidos, nos engalana y nos hace dignos de presentarnos delante de nuestro Padre celestial. 1.° Nos reviste de los vestidos limpios, nuevos, preciosos y perfumados de Esaú el primogénito, es decir, de Jesucristo su Hijo, que Ella guarda en su casa, esto es, que Ella tiene en su poder, siendo la tesorera y la dispensadora universal y eterna de las virtudes y de los méritos de su Hijo, Jesucristo, al cual Ella da y comunica a quien Ella quiere, cuando Ella quiere, como Ella quiere y tanto cuanto Ella quiere, según vimos arriba. 2.° Ella cubre el cuello y las manos de sus servidores con las pieles de los cabritos muertos y desollados, es decir, los adorna con los méritos y el valor de sus propias acciones. Ella mata y mortifica, en verdad, todo lo que hay de impuro e imperfecto en sus personas, pero no pierde y disipa todo lo bueno que la gracia ha hecho allí, sino que lo guarda y aumenta, para hacer con ello el ornato y la fuerza de su cuello y de sus manos, es decir, para fortificarlos a fin de que puedan resistir el yugo del Señor, que se lleva en el cuello, y de que realicen grandes cosas para la gloria de Dios y la salvación de sus pobres hermanos. 3.° Ella da nuevo perfume y nueva gracia a estos vestidos y ornamentos, comunicándoles sus propios vstidos, sus méritos y sus virtudes, que Ella les ha legado en su tes-

tamento, al morir, como dice una santa religiosa del último siglo, muerta en olor de santidad, y que lo ha sabido por revelación. De modo, que todos sus domésticos, sus fieles servidores y esclavos están doblemente cubiertos con los vestidos de su Hijo y con los suyos propios: *Omnes domestici ejus vestiti sunt duplicibus* (1); por eso ellos nada tienen que temer del frío de Jesucristo, blanco como la nieve, que los réprobos, completamente desnudos y despojados de los méritos de Jesucristo y de la Santísima Virgen, no podrán soportar.

5.° Ella les hace, finalmente, obtener la bendición del Padre celestial, por más que, siendo sólo sus hijos segundos adoptivos, no debieran naturalmente tenerla. Con estos vestidos completamente nuevos, preciosísimos y olorosos, y con su cuerpo y alma bien preparados y aderezados, se acerca confiadamente al lecho de reposo de su Padre celestial. El oye y distingue su voz, que es la del pecador; toca sus manos cubiertas de pieles; percibe el buen olor de sus vestidos; come con regocijo lo que María, Madre de ellos, le ha preparado, y, reconociendo en ellos los méritos y el buen olor de su Hijo y de su Santísima Madre: 1.° Les da su doble bendición, bendición del rocío del cielo: *De rore coeli* (2), es decir, de la gracia divina, que es la semilla de la gloria: *Benedixit non in omni benedictione spirituali in Christo Jesu* (3); bendición de la fertilidad de la tierra: *De pinguedine te-*

(1) Prov., XXXI, 21.
(2) Gén., XXVII, 28.
(3) Ephe., I, 3.

rrae (1), es decir, que este amoroso Padre les da su pan de cada día y una suficiente abundancia de bienes de este mundo. 2.° Les hace los señores de sus hermanos, los réprobos, lo cual no quiere decir que esta primacía aparezca siempre en este mundo, que pasa en un instante, en donde frecuentemente dominan los réprobos: *Peccatores effabuntur et gloriabuntur* (2)... *vidi impium superexaltatum et elevatum* (3); sino que es, con todo, verdadera y aparecerá manifiestamente en el otro mundo, por toda la eternidad, en la cual los justos, como dice el Espíritu Santo, dominarán y mandarán a las naciones: *Dominabuntur populis* (4). Su Majestad, no contento con bendecirlos en sus personas y en sus bienes, bendice también a todos aquellos que los bendigan, y maldice a todos los que maldigan y persigan.

II.—*Ella los sustenta.*

El segundo deber de caridad que la Santísima Virgen ejerce con sus fieles servidores, es que los sustenta con todo lo necesario para el cuerpo y para el alma. Les da vestidos dobles, como acabamos de ver; les da a comer los platos más exquisitos de la mesa de Dios; les hace alimentar con el pan de vida que Ella ha formado: *A generationibus meis implemini* (5): «Hijos míos queridos, les dice bajo el nombre

(1) Gén., XVI, 28.
(2) Ps. XCIII, 4.
(3) Ps. XXXVI, 35.
(4) Sap., III, 8.
(5) Eccle., XXIV, 26.

de la Sabiduría, saciaos de mis generaciones, es decir, de Jesús, el fruto de la vida, que yo he dado al mundo por vosotros. *Venite, comedite panem meum et bibite vinum quod miscui vobis; comedite, et bibite et inebriamini, carissimi* (1): «Venid, les repite en otro sitio, comed mi pan, que es Jesús; bebed el vino de su amor, que yo os he mezclado con leche de mis pechos.» Como es Ella la tesorera y dispensadora de los dones y de las gracias del Altísimo, da una gran porción, y la mejor de estos bienes para alimentar y sustentar a sus hijos y servidores. Estos son hartados del Pan vivo y embriagados del Vino que engendra vírgenes. Son llevados a los pechos: *Ad ubera portabimini* (2), y experimentan tal facilidad en llevar el yugo de Jesucristo, que apenas sienten su pesadez, a causa del aceite de la devoción con que Ella le hace podrir: *Jugum eorum computrescet a facie olei* (3).

III.—*Ella los conduce.*

El tercer bien que hace la Santísima Virgen a sus fieles servidores es que los conduce y dirige según la voluntad de su Hijo. Rebeca conducía a su hijo Jacob y, de tiempo en tiempo, le daba buenos consejos, ya para atraer sobre él la bendición de su padre, ya para hacerle evitar el odio y la persecución de su hermano Esaú. María, que es la estrella del mar,

(1) Prov., IX, 5.
(2) Isai., XXVI, 16.
(3) Isai., X, 27.

conduce a todos sus fieles servidores al puerto de salvación; les enseña los caminos de la vida eterna; les hace evitar los pasos peligrosos los conduce de la mano en los senderos de la justicia; los sostiene cuando están a punto de caer; los levanta cuando ya han caído; los reprende como cariñosa Madre, cuando faltan, y a veces los castiga también amorosamente. ¿Podrá, pues, extraviarse por el camino de la eternidad un hijo obediente a María, su Madre, que le ha alimentado con su propia leche y es su directora esclarecida? *Ipsam sequens, non devias*: «Siguiéndola, dice San Bernardo, no te extraviarás.» No temáis, pues, que ningún verdadero hijo de María sea engañado por el espíritu maligno y caiga en alguna herejía formal. Allí en donde está María de directora no se encuentran ni el maligno espíritu con sus ilusiones, ni los herejes con sus astucias: *Ipsa tenente, non corruis.*

IV.—*Ella los defiende y protege.*

El cuarto beneficio que presta la Santísima Virgen a sus hijos y fieles servidores, es que los defiende y protege contra sus enemigos. Rebeca, con sus cuidados e industrias, libró a Jacob de todos los peligros en que se encontró y, de un modo particular, de la muerte que probablemente le habría dado su hermano Esaú, por el odio y la envidia que le tenía, como en otro tiempo Caín a su hermano Abel. María, la Madre tierna de los predestinados, los oculta bajo las alas de su protección, como una gallina a sus pollue-

los; Ella les habla, se abaja hasta ellos, condesciende con todas sus debilidades, para librarlos del gavilán y del buitre, se coloca a su alrededor y los acompaña como un escuadrón formado en batalla: *ut castrorum acies ordinata* (1). El que esté rodeado de un escuadrón bien ordenado, de cien mil hombres, ¿temerá acaso a sus enemigos? Pues un fiel servidor de María, rodeado de su protección y de su poder imperial, tiene todavía menos por qué temer. Esta bondadosa Madre y poderosa Princesa de los cielos enviará batallones de millones de ángeles para socorrer a uno de sus servidores antes que se diga que un fiel servidor suyo, que en Ella ha confiado, sucumba ante la malicia, el número y la fuerza de sus enemigos.

V.—*Ella intercede por ellos.*

Por último, el quinto y el mayor bien que la amabilísima Virgen María procura a sus fieles devotos, es que intercede por ellos ante su Hijo, le aplaca con sus súplicas y los une a El con lazo íntimo, conservándolos en El estrechamente unidos.

Rebeca hizo que Jacob se acercase al lecho de su padre; y el buen anciano le tocó, le abrazó y hasta le besó con alegría, quedando satisfecho y saciado de los manjares tan bien preparados que le había llevado, y, habiendo percibido con gran contento los exquisitos perfumes de sus vestidos, exclamó: *Ecce odor filii mei sicut odor agri pleni, cui benedixit Domi-*

(1) Cant., VI, 3.

nus: «He aquí el olor de mi hijo, que es como el olor de un campo lleno, que el Señor ha bendecido» (1). Este campo lleno, cuyo olor alegra el corazón del padre, no es otro que el olor de las virtudes y de los méritos de María, que es un campo lleno de gracias, en donde Dios Padre ha sembrado, como grano de trigo para sus elegidos, a su Hijo único. ¡Oh, cuán bien recibido es por Jesucristo, Padre del siglo venidero, el hijo perfumado con el olor gratísimo de María! ¡Oh, cuán pronta y perfectamente queda unido con El, según por extenso hemos demostrado ya arriba!

Además de esto, cuando Ella ha colmado a sus hijos y fieles servidores de sus favores, cuando les ha obtenido la bendición del Padre celestial y la unión con Jesucristo, los conserva en Jesucristo y a Jesucristo en ellos; los guarda y los vigila siempre por miedo de que pierdan la gracia de Dios y vuelvan a caer en los lazos de sus enemigos: *In plenitudine detinet*: «Ella detiene a los santos en su plenitud», y les hace perseverar hasta el fin, según vimos ya. Esta es la explicación de la grande y antigua figura de la predestinación y de la reprobación, tan desconocida y tan llena de misterios.

(1) Gén., XXVII, 27.

CAPITULO V

Efectos maravillosos que esta devoción produce en el alma que es fiel a ella.

ARTICULO I

EL CONOCIMIENTO DE SI MISMO

Persuádete, carísimo hermano, de que, si eres fiel a las prácticas interiores y exteriores de esta devoción que te indicaré a continuación:

Por la luz que el Espíritu Santo te dará, por medio de María, su querida Esposa, conocerás tu mal fondo, tu corrupción e incapacidad para todo bien, y como consecuencia de este conocimiento, te despreciarás y no pensarás en ti, más que con horror. Te considerarás como un caracol que lo mancha todo con su baba, o como un sapo que todo lo emponzoña con veneno, o como una serpiente maliciosa que sólo pretende engañar. En fin, la humilde Virgen María te comunicará su profunda humildad, la cual hará que te desprecies a ti mismo, que no desprecies a nadie y que sólo ames el menosprecio.

ARTICULO II

Participación de la fe de María.

La Santísima Virgen te hará partícipe de su fe, que ha sido en la tierra mayor que la fe de todos los patriarcas, los profetas, los apóstoles y todos los demás santos. Ahora que reina en los cielos, ya no tiene esa fe, porque ve con claridad todas las cosas en Dios, por la luz de la gloria. Sin embargo, con el consentimiento del Altísimo, Ella no la ha perdido al entrar en la gloria, sino que la ha conservado para guardarla en la Iglesia a sus fieles siervos y siervas. Cuanto más ganes, pues, la benevolencia de esta augusta Princesa y Virgen fiel, tanto más grande y pura será la fe en toda tu conducta, fe pura que hará que apenas atiendas a lo sensible y extraordinario; fe viva y animada por la caridad, que hará que sólo realices tus obras por el solo motivo de puro amor; fe firme e inquebrantable como una roca, la cual hará que permanezcas firme y constante en medio de las tempestades y tormentas; fe efectiva y penetrante, que, como misteriosa ganzúa, te permitirá la entrada en todos los misterios de Jesucristo, en los fines últimos del hombre y en el corazón del mismo Dios; fe valiente, que te hará emprender y llevar hasta el fin, sin titubear, grandes cosas por Dios y por la salvación de las almas; fe, en fin, que será tu antorcha encendida, tu vida divina, tu tesoro escondido de la divina sabiduría, tu arma omnipotente; de todo lo cual te ser-

virás para iluminar a aquellos que están en las tinieblas y sombras de la muerte, para abrasar a los que son tibios y han menester el oro encendido de la caridad, para dar la vida a los que están muertos por el pecado, para tocar y derribar, por tus palabras dulces y poderosas, los corazones de mármol y los cedros del Líbano y, en fin, para resistir al diablo y a todos los enemigos de tu salvación.

ARTICULO III

Exención de escrúpulos, turbaciones y temores.

Esta Madre del Amor Hermoso quitará de tu corazón todo escrúpulo y todo temor servil: Ella le abrirá y ensanchará para correr en los mandamientos de su Hijo con la santa libertad de los hijos de Dios y para introducir en él el puro amor del cual es Ella tesorera. De modo que ya no te gobernarás más, por mucho que así hayas obrado, por temor de Dios, que es caridad, sino por puro amor. Le mirarás como a tu bondadoso Padre, al cual te afanarás por complacer incesantemente, con el cual conversarás confidencialmente como un hijo con su cariñoso padre. Si, por desgracia, le ofendieres, te humillarás pronto ante El: le pedirás perdón humildemente, le tenderás la mano con sencillez y te levantará amorosamente, sin turbación ni inquietud, y seguirás caminando hacia El sin desaliento, y en todo esto tomarás a María, tu tierna Madre, como mediadora y abogada, y Ella te inspirará ese amor y esa confianza en Dios.

ARTICULO IV

Gran confianza en Dios y en María.

La Santísima Virgen te llenará de una gran confianza en Dios y en sí misma: 1.° Porque nunca te acercarás a Jesucristo por ti mismo, sino por medio de María, tu tierna Madre. 2.° Porque habiendo dado todos sus méritos, gracias y satisfacciones, para disponer de ellos a su voluntad, Ella te comunicará sus virtudes y te revestirá con sus méritos, de modo que podrás decir a Dios con confianza: «Ved aquí a María vuestra sierva: cúmplase en mí según vuestra palabra»: *Ecce ancilla Domini, fiat mihi secundum verbum tuum* (1). 3.° Porque, habiéndote dado a Ella todo entero, en cuerpo y alma, Ella, que es liberal con los liberales y más liberal que los mismos liberales, se entregará a ti en retorno, de una manera maravillosa, pero verdadera. De modo que podrás decirla osadamente: *Tuus sum ego, salvum me fac* (2): «Yo soy tuyo, Virgen Santísima, sálvame»; o como he dicho ya, con el discípulo amado: *Accepi te in mea*: «Te he tomado, Madre Santísima, por todos mis bienes.» También podrás decir con San Buenaventura: *Ecce Domina salvatrix mea, fiducialiter agam, et non timebo, quia fortitudo mea, et laus mea in Domino es tu;* y en otro lugar: *Tuus totus ego sum, et omnia mea tua sunt, o Virgo gloriosa, super omnia benedic-*

(1) S. Luc., I, 38.
(2) Ps. CXIX, 94.

ta, ponam te ut signaculum super cor meum, quia fortis est ut mors dilectio tua (1): «Querida Señora y Salvadora mía, obraré con confianza y no temeré, porque Vos sois mi fortaleza y mi alabanza en el Señor... Yo soy todo vuestro y todo lo mío os pertenece. ¡Oh Virgen gloriosísima, bendita sobre todas las cosas creadas!, póngate yo como un sello sobre mi corazón, porque tu amor es fuerte como la muerte.» Podrás decir a Dios con los mismos sentimientos del Profeta: *Domine, non est exaltatum cor meum, neque elati sunt oculi mei; neque ambulavi in magnis; neque in mirabilibus super me, si non humiliter sentiebam; sed exaltavi animam meam sicut ablactatus super matre sua, ita retributio in anima mea* (2): «Señor, ni mi corazón ni mis ojos tienen motivo para elevarse y enorgullecerse, ni para buscar las cosas grandes y maravillosas; y a pesar de esto, aun no soy humilde; pero he levantado y alentado mi alma con la confianza; soy como un hijo destetado de los placeres de la tierra y recostado sobre el seno de mi Madre, y en él es en donde soy colmado de bienes.» 4.° Lo que también aumentará tu confianza en Ella es el que, habiéndole dado en depósito todo lo bueno que tienes para que lo dé o lo guarde, tendrás menos confianza en ti y mucha más en Ella, que es tu tesoro.

(1) S. Bon. in Psal. min. B. V.
(2) Ps. CXXX, 2.

¡Oh, y qué consuelo para un alma que puede decir que el tesoro de Dios, en donde El ha puesto todo lo más precioso que tiene, es también el suyo propio! *Ipsa est thesaurus Domini*: «Ella es, dice un santo, el tesoro del Señor.»

ARTICULO V

Comunicación del alma y del espíritu de María.

El alma de la Santísima Virgen se te comunicará para glorificar al Señor: su espíritu se pondrá en lugar del tuyo para alegrarse en Dios, su Salvador, con tal que permanezcas fiel a las prácticas de esta devoción. *Sit in singulis anima Mariae, ut magnificet Dominum; sit in singulis spiritus Mariae, ut exultet in Deo* (S. Amb.): «El alma de María esté en cada uno, para glorificar en él al Señor; el espíritu de María esté en cada uno, para regocijarse en Dios.» ¡Ah! ¿Cuándo llegará ese tiempo venturoso, dice un santo de nuestros días, enamorado en gran manera de María; cuándo llegará ese tiempo feliz en que la Madre de Dios sea reconocida Señora y Soberana en los corazones, para someterlos plenamente al imperio de su divino y único Hijo, Jesús? ¿Cuándo las almas respirarán a María como los cuerpos respiran el aire? Entonces se verán grandes maravillas en este lugar de miseria, en donde el Espíritu Santo, hallando a su Esposa como reproducida en las almas, llegará a ellas con la abundancia de sus dones y las llenará de ellos, pero especialmente del don de su sabiduría, para obrar

maravillas de la gracia. Carísimo hermano mío, ¿cuándo vendrá ese tiempo feliz y ese siglo de María en que muchas almas escogidas y obtenidas del Altísimo por medio de María, perdiéndose ellas mismas en el abismo de su interior, se transformarán en copias vivas de María para amar y glorificar a Jesucristo? Este tiempo sólo vendrá cuando se conozca y practique la devoción que yo enseño: *Ua adveniat regnum tuum, adveniat regnum Mariae.*

ARTICULO VI

María, árbol de vida, producirá a Jesús en el alma fiel.

Si María, que es el árbol de vida, está bien cultivada en vuestra alma por la fidelidad a las prácticas de esta devoción, Ella dará su fruto a su debido tiempo, y este fruto no es otro que Jesucristo. Veo a muchísimos devotos y devotas que buscan a Jesucristo, los unos por un camino y una práctica; los otros por otra, y frecuentemente, después de haber trabajado durante toda la noche, pueden decir: *Per totam noctem laborantes nihil cepimus* (1): «A pesar de haber trabajado toda la noche, nada hemos tomado.» Y se les puede decir: *Laborastis multum, et intulistis parum.* «Habéis trabajado mucho y habéis aprovechado poco»; Jesucristo es todavía muy débil en vosotros. Pero por el camino inmaculado de María y por medio de esta

(1) S. Luc., V, 5.

práctica divina que enseño, se trabaja durante todo el día, se trabaja en lugar santo, se trabaja poco. En María no hay noche, porque en Ella no hay pecado, ni aun la menor sombra de él. María es un lugar santo y el santo de los santos, en donde los santos han sido formadosy moldeados.

Notad bien que digo que los santos han sido moldeados en María. Existe gran diferencia entre hacer una figura en relieve a fuerza de martillo y de cincel, y sacar una figura echándola en el molde. Los escultores y estatuarios trabajan mucho para hacer las figuras de la primera manera, e invierten en ello mucho tiempo; mas para hacerlas de la segunda manera, trabajan poco y emplean muy poco tiempo. San Agustín llama a la Santísima Virgen *forma Dei*: «molde de Dios». *Si forman Dei te appellen, digna existis;* el molde propio para formar y moldear los Dioses. El que entra en este molde divino muy pronto queda formado y moldeado en Jesucristo y Jesucristo en él; con pocos gastos y poco tiempo se convertirá en Dios, porque es echado en el mismo molde que ha formado a Dios.

Paréceme que los directores y devotos que quieren formar a Jesucristo en sí o en los demás por prácticas diferentes de ésta, se pueden muy bien comparar a los escultores que, poniendo toda la confianza en su habilidad, en su industria y en su arte, dan una infinidad de golpes con el martillo y el cincel a una piedra dura, o un pedazo de madera tosca, para hacer de ella una imagen de Jesucristo; y algunas veces

no aciertan a sacar a Jesucristo al natural, ya por falta de conocimiento y de experiencia de la persona de Jesucristo, ya a causa de algún golpe mal dado que echa a perder la obra. Mas a los que abrazan este secreto de la gracia que les presento, los comparo con razón a esos fundidores y moldeadores que, habiendo encontrado el excelente molde de María, en donde Jesús ha sido natural y divinamente formado, sin fiar en su propia industria, sino únicamente en la bondad del molde, se arrojan y se pierden en María para convertirse en un retrato al natural de Jesucristo. ¡Hermosa y verdadera comparación!; pero, ¿quién la comprenderá? Ojalá seas tú, carísimo hermano; mas acuérdate que no se echa en el molde sino lo que está fundido y líquido; es decir, que es necesario destruir y fundir en ti el viejo Adán para transformarte en el nuevo en María.

ARTICULO VII

La mayor gloria de Dios.

Por medio de esta práctica, observada con toda fidelidad, darás a Jesucristo en un mes más gloria que, por otra cualquiera, aunque más difícil, en varios años. He aquí las razones en que me fundo para hacer esta afirmación.

1.° Porque realizando todas las acciones por la Santísima Virgen, según enseña esta práctica, abandonas tus propias intenciones y operaciones, aunque buenas y conocidas, para perderte, por decirlo así, en las

de la Santísima Virgen, aunque te sean desconocidas; y, por tanto, participas de la sublimidad de sus intenciones, las cuales han sido tan puras, que por la menor de sus acciones, por ejemplo, hilando su rueca o dando un punto con la aguja, ha dado a Dios más gloria que San Lorenzo sobre las parrillas por medio de su cruel martirio, y que todos los santos por sus acciones más heroicas: lo cual hace que, durante su permanencia aquí en la tierra, la Santísima Virgen haya adquirido un cúmulo tan inefable de gracias y de méritos, que antes se contarán las estrellas del firmamento, las gotas de agua de los océanos y los granitos de arena de sus orillas, que sus méritos y sus gracias, y que Ella haya dado a Dios más gloria que todos los ángeles y santos le han dado o le darán. ¡Oh María, Virgen poderosa, Vos no sois capaz de otra cosa más que de hacer prodigios de gracias en las almas que desean perderse en Vos!

2.° Porque un alma fiel a esta práctica, teniendo en nada todo lo que piensa o hace por sí misma, y no apoyándose ni complaciéndose más que en las disposiciones de María, para acercarse a Jesucristo y hasta para hablarle, practica mucho más la humildad que las almas que obran por sí mismas, y que, aunque imperceptiblemente, se apoyan y se complacen en sus disposiciones; y, por consiguiente, glorifica más altamente a Dios, el cual nunca es tan perfectamente glorificado como cuando lo es por los humildes y sencillos de corazón.

3.° Porque la Santísima Virgen, deseando por el

grande amor que nos tiene, recibir en sus manos virginales el obsequio de nuestras acciones, les da una belleza y un brillo admirables; las ofrece por sí misma a Jesucristo, con la seguridad de que el Señor es de esta manera más glorificado que si las ofreciéramos por nuestras manos criminales.

4.° En fin, porque jamás pensarás tú en María, sin que María por ti piense en Dios, y no alabarás ni honrarás nunca a María, sin que Ella alabe y honre a Dios. María es toda relativa a Dios, y me atrevo a llamarla la relación de Dios, que sólo existe con relación a El, o es el eco de Dios, que no dice ni repite otra cosa más que Dios. Si dices María, Ella dice Dios. Santa Isabel alabó a María y la llamó bienaventurada por haber creído, y María, el eco fiel de Dios, exclamó: *Magnificat anima mea Dominum* (1): «Mi alma glorifica al Señor.»

Lo que en esta ocasión hizo María, lo hace todos los días; cuando la alabamos, la amamos, la honramos o nos damos a Ella, alabamos a Dios, honramos a Dios, nos damos a Dios por María y en María.

(1) S. Luc., I, 46.

CAPITULO VI

Prácticas particulares de esta devoción.

ARTICULO I

PRÁCTICAS EXTERIORES

Aunque lo esencial de esta devoción consiste en lo interior, no deja por eso de tener algunas prácticas exteriores, que no es conveniente omitir: *Haec oportuit facere et illa non omitere* (1), ya porque las prácticas exteriores bien hechas ayudan a las interiores, ya porque ellas hacen que el hombre, que siempre se guía por los sentidos, tenga presente en la memoria lo que ha hecho o debe hacer; ya porque ellas son muy propias, para edificar al prójimo que las ve, lo cual no hacen las que son puramente interiores. Que ningun mundano, pues, ni crítico se meta aquí a decir que la verdadera devoción está en el corazón, que es necesario evitar las exterioridades, que en ellas puede haber vanidad, que lo mejor es ocultar la devoción, etc. A éstos les respondo con mi divino Maestro: Que vean los hombres vuestras buenas obras, a fin de que glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos; no, como dice San Gregorio, que debamos realizar nuestras acciones y devociones exteriores para agradar a los hombres y obtener por ello alguna alabanza, lo

(1) San Mat., XXIII, 23.

cual sería vanidad, sino que, a veces, las hagamos ante los hombres con el fin de agradar a Dios y hacerle glorificar de esta manera, sin atender a los desprecios o alabanzas de las criaturas.

Mencionaré sólo en resumen algunas prácticas exteriores, a las cuales no llamo así porque se hagan sin el espíritu interior, sino porque tienen algo exterior, para poder ser distinguidas de las puramente interiores.

§ I.—*Primera práctica.*

Aquellos y aquellas que quieran entrar en esta devoción particular, que no ha sido erigida en cofradía (1), aunque sería mucho de desear, después de haber, como he dicho (2), en la primera parte de esta preparación al reinado de Jesucristo, empleado doce días, por lo menos, en vaciarse el espíritu del mundo, contrario al de Jesucristo, emplearán tres semanas en

(1) Los deseos del B. Montfort se han realizado. Esta devoción, tan amada de él, se ha erigido en Archicofradía, cuyos miembros, ya muy numerosos, se multiplican de una manera extraordinaria.

(2) «dicho», falta en el manuscrito. Esta frase ofrece una dificultad. Quisiéramos saber lo que significa esta primera parte en que el Beato ha hablado ya de la preparación. Lo que más racional parece es hacer de las palabras: como he dicho, un paréntesis. En este caso el sentido sería: «Después de haber, en la primera parte de esta preparación al reinado de Jesucristo, empleado doce días...» Esto parece ser lógico, por cuanto que en el manuscrito la puntuación es muy defectuosa.

llenarse de Jesucristo por la Santísima Virgen. He aquí el orden que se podrá observar.

Durante la primera semana emplearán todas sus oraciones y actos de piedad en pedir el conocimiento de sí mismos y la contrición de sus pecados; haciéndolo todo con espíritu de humildad. Por tanto, podrán, si quieren, meditar lo que he dicho de nuestro mal fondo y considerarse, en los seis días de esta semana, sólo como caracoles, babosas, sapos, cerdos, serpientes y machos cabríos; o estas tres palabras de San Bernardo: *Cogita quid fueris, semen putridum; quid sis, vas stercorum; quid futurus sis, esca vermium.* Rogarán al Señor y a su Santo Espíritu que les ilumine, con estas palabras: *Domine, ut videam*; o *Veni, Sancte Spiritus*, y dirán todos los días las letanías del Espíritu Santo y la oración que están señaladas en la primera parte de esta obra (1). Recurrirán a la Santísima Virgen pidiendo esa gracia que debe ser el fundamento de las otras, y para esto, dirán todos los días el *Ave, maris stella* y sus letanías.

Durante la segunda semana se dedicarán en todas sus oraciones y obras de cada día a conocer a la Santísima Virgen, pidiendo este conocimiento al Espíritu Santo. Podrán leer y meditar lo que sobre esto hemos dicho ya, y rezarán, como en la primera se-

(1) El manuscrito habla de las letanías del Espíritu Santo y de una oración que se hallaban sin duda al comienzo del libro. La oración tal vez fuese una consagración según la costumbre del tiempo. Desgraciadamente, estas hojas se han perdido. En su lugar se pueden decir las oraciones colocadas al fin de *El Secreto de María o la oración de San Agustín.*

mana, las letanías del Espíritu Santo y el *Ave, maris stella*, y además un rosario todos los días, o a lo menos cinco misterios con esta intención.

Emplearán la tercera semana en conocer a Jesucristo. En ella podrán leer y meditar lo que llevamos dicho y rezar la oración de San Agustín, que está colocada hacia el comienzo de esta segunda parte (1). Para esto podrán, con el mismo santo, decir y repetir una y otra vez cada día: *Noverim te*; «¡Señor, que yo os conozca!», o bien, *Domine, ut videam*: «¡Señor, que vea quién sois Vos!» Rezarán, en la semana presente, las letanías del Espíritu Santo y el *Ave, maris stella*, y añadirán todos los días las letanías del nombre de Jesús.

Al terminar estas tres semanas, se confesarán y comulgarán con la intención de darse a Jesucristo, en calidad de esclavos de amor, por las manos de María. Después de la Comunión, la cual procurarán hacer según el método que adelante expresaré, recitarán la fórmula de su consagración, que también encontrarán más adelante, siendo conveniente que la escriban o la hagan escribir, si no está impresa, y la firmen el mismo día que la hagan. Será conveniente que en este día paguen a Jesucristo y a su Santísima Madre

(1) En el manuscrito no están las divisiones indicadas de una manera bien clara. Sin embargo, se notará que la oración de San Agustín está bastante al comienzo de la segunda parte del libro. En efecto, el Beato dice: «Habiendo tratado hasta aquí de la necesidad..., es necesario explicar en qué consiste esta devoción» (pág. 43). Aquí comienza el segundo punto.

algún tributo, ya como penitencia de su infidelidad pasada, a las promesas del Bautismo, ya para protestarles su dependencia del dominio de Jesús y de María. Este tributo, como es muy natural, debe ser según la devoción y la capacidad de cada uno, como un ayuno, una mortificación, una limosna o una vela, pues aun cuando sólo dieran en homenaje, un alfiler, con tal que lo dieran de todo corazón, sería bastante para Jesús, que sólo mira la voluntad. Todos los años, al menos en el mismo día, renovarán la misma consagración, observando las mismas prácticas durante tres semanas. Podrán también todos los meses y hasta todos los días, renovar cuanto han hecho, con estas pocas palabras: *Tuus totus ego sum, et omnia mea tua sunt*: «Yo soy todo de Vos, y todo cuanto tengo os pertenece», ¡oh mi amable Jesús!, por medio de María, vuestra Santísima Madre.

§ II.—*Segunda práctica.*

Rezarán todos los días de su vida, si pueden hacerlo sin molestia alguna, la Coronilla de la Santísima Virgen, compuesta de tres Padrenuestros y doce Avemarías, en honor de los doce privilegios y grandezas de la Santísima Virgen. Esta práctica es muy antigua, pues tiene su fundamento en la Sagrada Escritura. San Juan vió una mujer coronada de doce estrellas, vestida del sol y teniendo la luna a sus pies. Esta mujer, según los intérpretes, es María. Hay muchas maneras de rezarla bien, las cuales sería muy

difícil referirlas; el Espíritu Santo las enseñará a aquellos y aquellas que sean más fieles a esta devoción. Sin embargo, para decirla sencillamente, es necesario decir: *Dignare me laudare te, Virgo sacrata; da mihi virtutem contra hostes tuos;* en seguida se rezará el *Credo,* después un Padrenuestro con cuatro Avemarías y *Gloria Patri;* luego otro Padrenuestro con las cuatro Avemarías y *Gloria,* y así hasta terminar. Al fin se dice: *Sub tuum praesidium, etc.*

§ III.—*Tercera práctica.*

Es muy laudable, muy glorioso y muy útil a aquellos y aquellas que así se han hecho esclavos de Jesús en María que lleven, como señal de su esclavitud de amor, cadenillas de hierro bendecidas con una bendición propia que pondré a continuación. Estas señales exteriores, en verdad, no son esenciales, y una persona puede muy bien prescindir de ellas, a pesar de haber abrazado esta devoción; sin embargo, no puedo menos de alabar grandemente a aquellos y aquellas que, después de haber sacudido las cadenas vergonzosas de la esclavitud del diablo, con que el pecado original y quizá los pecados actuales, les hayan atado, se han sometido voluntariamente a la gloriosa esclavitud de Jesucristo y se glorían con San Pablo de estar encadenados por Jesucristo, con cadenas mil veces más gloriosas y preciosas, aunque de hierro y sin brillo, que todos los collares de oro de los emperadores.

Aunque en otro tiempo nada era más infamante que la cruz, hoy este leño es la cosa más gloriosa del cristianismo. Lo mismo podemos decir de los hierros de la esclavitud. Entre los antiguos y aun ahora también entre los paganos, nada era más ignominioso; pero entre los cristianos nada hay más ilustre que estas cadenas de Jesucristo, porque nos libran y preservan de los lazos infames del pecado y del demonio, pues nos ponen en libertad y nos ligan a Jesús y a María, no por violencia y por fuerza, como los galeotes, sino por caridad y amor, como hijos: *Traham eos in vinculis charitatis* (1): «Los atraeré a mí, con las cadenas de la caridad» (dice el Señor por la boca de un profeta), las cuales, por consiguiente, y, en algún modo, más fuertes aún para aquellos que hasta la muerte sean fieles en llevar estas señales gloriosas. Pues, aunque la muerte destruye sus cuerpos reduciéndolos a podredumbre, no destruirá los lazos de la esclavitud que, siendo de hierro, no se corromperán fácilmente, y quizá en el día de la resurrección de los cuerpos, en el gran juicio del último día, estas cadenas, que aun ligarán sus huesos, constituirán una parte de su gloria y se cambiarán en cadenas de luz y de gloria. ¡Dichosos, pues, mil veces los esclavos ilustres de Jesús en María que lleven sus cadenas hasta el sepulcro!

He aquí las razones por las cuales se llevan estas cadenillas: 1.° Para que el cristiano se acuerde de

(1) Oseas, XI, 4.

los votos y promesas del Bautismo de la renovación perfecta que él hizo de ellos por esta devoción y de la estrecha obligación que tiene de permanecer fiel a ellos. Como el hombre que ordinariamente se guía más bien por los sentidos que por la pura fe, se olvida fácilmente de sus obligaciones con respecto de Dios, si no tiene alguna cosa exterior que se las traiga a la memoria, estas cadenillas sirven maravillosamente al cristiano para hacerle recordar las cadenas del pecado y la esclavitud del demonio, de que el Santo Bautismo le ha librado, y la dependencia que ha prometido a Jesús en el santo Bautismo y la ratificación que de ella ha hecho por la renovación de sus votos; y una de las razones por que tan pocos cristianos piensan en los votos del Bautismo y viven con la misma libertad que si nada hubieran prometido a Dios, cual si fueran paganos, es el que no llevan ninguna señal exterior que les haga recordar todo esto. 2.° Para mostrar que no nos avergonzamos de la esclavitud y servidumbre de Jesucristo, y que renunciamos a la esclavitud funesta del mundo, del pecado y del demonio. 3.° Para librarnos y preservarnos de las cadenas del pecado y del demonio. Pues es preciso que llevemos o las cadenas de la iniquidad o las cadenas de la caridad y de la salvación: *Vincula peccatorum aut vincula charitatis.*

¡Ah!, carísimo hermano mío, rompamos las cadenas de los pecados y de los pecadores, del mundo

y de los mundanos, del diablo y de sus secuaces, y lancemos lejos de nosotros su funesto yugo: *Dirumpamus vincula eorum et projiciamus a nobis jugum ipsorum* (1). Metamos los pies, por servirme de los términos del Espíritu Santo, en estos hierros gloriosos y el cuello en estos collares: *Injice pedem tuum in compedes illius, et in torques illius collum tuum* (2).

Sometamos nuestras espaldas y llevemos la Sabiduría, que es Jesucristo, y no nos causen fastidio sus cadenas: *Subjice humerum tuum et porta illam, et ne acedieris vinculis ejus* (3). Notarás que el Espíritu Santo, antes de decir estas palabras, prepara para ello el alma, a fin de que no rechace su importante consejo. He aquí sus palabras: *Audi, fili, et accipe consilium intellectus et ne abjicias consilium meum* (4): «Escucha, hijo mío, y recibe un consejo de sabiduría y no rechaces mi consejo».

No lleves a mal, queridísimo amigo mío, que me una yo al Espíritu Santo para darte el mismo consejo: *Vincula illus alligatura salutaris* (5): «Sus cadenas son ligaduras de salvación». Como Jesucristo en la cruz debe atraerlo todo hacia sí, de grado o por fuerza, atraerá a los réprobos por las cadenas de sus pecados, para encadenarlos al igual de presidiarios y de los diablos, a su ira eterna y a su justicia vengadora; pero atraerá particularmente en estos últi-

(1) Ps. II, 3.
(2) Eccle., VI, 25.
(3) Eccle., 25.
(4) Eccle., 24.
(5) Eccle., 31.

mos tiempos a los predestinados por las cadenas de la caridad: *Omnia traham ad meipsum* (1). *Traham eos in vinculis charitatis* (2). Estos esclavos de amor de Jesucristo o encadenados de Jesucristo, *vincti Christi*, pueden llevar sus cadenas al cuello, o en los brazos, o en la cintura, o en los pies. El P. Vicente Caraffa, séptimo general de la Compañía de Jesús, que murió en olor de santidad el año 1643, llevaba, como señal de esclavitud, un aro de hierro a los pies, y decía que su mayor pena era el no poder arrastrar públicamente las cadenas. La Madre Inés de Jesús, de la cual ya he hablado, llevaba una cadena de hierro alrededor de su cintura. Otros la han llevado al cuello, como penitencia de los collares de perlas que llevaron en el mundo... Algunos la han llevado en el brazo para acordarse en el trabajo de sus manos que eran esclavos de Jesucristo.

§ IV.—*Cuarta práctica.*

Profesarán una devoción singular al gran misterio de la Encarnación del Verbo, el 25 de marzo (3), que es el misterio propio de esta devoción, porque ella ha sido inspirada por el Espíritu Santo.

1.° Para honrar e imitar la dependencia inefable que Dios Hijo ha querido tener con respecto de Ma-

(1) S. Juan, XII, 23.
(2) Oseas, XI, 4.
(3) El 25 de marzo todos los miembros de la Cofradía de María, Reina de los Corazones, pueden ganar indulgencia plenaria.

ría, para la gloria de Dios su Padre y para nuestra salvación, la cual dependencia se muestra particularmente en este misterio en que Jesús aparece cautivo y esclavo en el seno de María, en donde depende totalmente de esta divina Señora para todas las cosas.

2.° Para dar gracias a Dios por los favores incomparables que ha concedido a María y particularmente el de haberla escogido por su dignísima Madre, elección que ha sido hecha en este misterio: tales son los principales fines de la esclavitud de Jesús en María.

Nótese bien que digo ordinariamente: *el esclavo de Jesús en María, la esclavitud de Jesús en María.* Se puede verdaderamente decir, como muchos han dicho hasta ahora: *esclavo de María, la esclavitud de la Santísima Virgen;* pero creo que vale más que digamos *el esclavo de Jesús en María,* como lo aconsejaba M. Tronson, superior general del seminario de San Sulpicio, renombrado por su rara prudencia y consumada piedad, a un clérigo que le consultó sobre este particular. He aquí las razones:

1.° Como vivimos en un siglo orgulloso, en el que hay un gran número de sabios hinchados, espíritus fuertes y críticos que hallan algo que censurar hasta en las prácticas de piedad mejor establecidas y más sólidas, a fin de no darles ocasión de crítica sin necesidad, es preferible decir *esclavitud de Jesucristo en María* y llamarse esclavo de Jesucristo, mejor que esclavo de María, tomando el nombre de esta devoción más bien de su fin último, que es Jesucristo, que del camino y del medio para llegar a este fin, que es

María, aun cuando se puede en verdad hacer una u otra cosa sin escrúpulo, como yo lo hago, de la manera que un hombre que va de Orleans a Tours por el camino de Amboise, puede muy bien decir que va a Amboise y que va a Tours; que viaja hacia Amboise y que viaja hacia Tours, con la diferencia, sin embargo, de que Amboise no es otra cosa que el camino recto para ir a Tours, y que Tours es su fin último y el término de su viaje.

2.° Como el principal misterio que se celebra y que se honra en esta devoción es el misterio de la Encarnación, en el cual no se puede ver a Jesucristo sino es en María y encarnado en su seno, es más a propósito decir la esclavitud de Jesús en María, de Jesús que reside y reina en María, según esta hermosa oración de tantos y tan grandes hombres: *¡Oh Jesús!, que vives en María, venid y vivid en nosotros, en vuestro espíritu de santidad, etc.*

3.° Esta manera de hablar muestra, además, la unión íntima que hay entre Jesús y María. Los dos están tan íntimamente unidos, que el uno está totalmente en el otro: Jesús está todo en María y María toda en Jesús, o más bien no está Ella sino Jesús solamente en Ella; y antes separaríamos la luz del sol que a María de Jesús. De modo que al Señor le podemos llamar: *Jesús de María* y a la Santísima Virgen *María de Jesús.*

Como el tiempo no me permite detenerme aquí para explicar las excelencias y las grandezas del misterio de Jesús viviendo y reinando en María, o de la En-

carnación del Verbo, me contentaré con decir en cuatro palabras que este es el misterio primero de Jesucristo, el más oculto, el más grande y menos conocido; que en este misterio es donde Jesús, de acuerdo con María, en el seno de Esta (que por esto ha sido llamado por los santos *aula sacramentorum*, la sala de los secretos de Dios) ha escogido a todos los elegidos; que en este misterio es donde Ella ha obrado todos los misterios que han sucedido a éste en su vida, por la aceptación que de ellos hizo: *Jesus ingrediens mundum dicit: Ecce venio ut faciam voluntatem tuam, etc*, (1); y, por consiguiente, que este misterio es un resumen de todos los misterios, que contiene la voluntad y la gracia de todos; en fin, que este misterio es el trono de la misericordia, de la liberalidad y de la gloria de Dios. El trono de su misericordia para nosotros, porque, como no podemos acercarnos a Jesús sino es por María, no podemos ver a Jesús ni hablarle sino es por mediación de María. Jesús, que atiende siempre a María, concede allí siempre su gracia y su misericordia a los pobres pecadores: *Adeamus ergo cum fiducia ad thronum gratiae* (2). Es el trono de su liberalidad para con María, porque mientras el nuevo Adán ha permanecido en este verdadero paraíso terrestre, ha obrado en él ocultamente tantas maravillas que ni los ángeles ni los hombres son capaces de comprenderlas. He aquí por qué los santos llaman a María la magnificencia de Dios: *Magnificentia Dei*, como si Dios sólo fuera magnífico en María: *Solum-*

(1) Hebr., X, 5-9.
(2) Hebr., IV, 16.

modo ibi magnificus Dominus (1). Es el trono de su gloria para su Padre, porque en María Jesucristo ha aplacado perfectamente a su Padre, enojado contra los hombres; en Ella ha reparado perfectamente la gloria que el pecado le había robado, y por el sacrificio que en Ella hizo de su voluntad y de sí mismo, le ha dado más gloria que la que nunca le habrían dado todos los sacrificios de la ley antigua, y en Ella, finalmente, le ha dado una gloria infinita, que nunca habría recibido del hombre.

§ V.—*Quinta práctica.*

Tendrán gran devoción al rezo del Avemaría, o Salutación Angélica, cuyo valor, mérito, excelencia y necesidad apenas conocen los cristianos, aun los más instruídos. Ha sido preciso que la Santísima Virgen se apareciera muchas veces a grandes y muy esclarecidos santos, como Santo Domingo, San Juan Capistrano y el Beato Alano de la Roche, para manifestarles Ella misma el mérito del Avemaría. Estos santos han compuesto libros enteros acerca de las maravillas y de la eficacia de esta oración para convertir a las almas; han publicado en voz alta y han predicado públicamente que, habiendo comenzado la salvación del mundo por el Avemaría, de esta misma oración depende la salvación de cada uno en particular; que ella es la que ha hecho que la tierra seca y estéril diera el fruto de la vida, y que ella misma, bien

(1) Isaías, XXXIII, 21.

dicha, ha de ser la que haga germinar en nuestras almas la palabra de Dios y producir el fruto de vida, Jesucristo; que el Avemaría es un rocío celestial que riega la tierra, es decir, el alma, para hacerla producir el fruto en tiempo oportuno; y que un alma que no es fecundada por esta oración o rocío del cielo, no produce fruto y sólo da malezas y espinas, y está muy cerca de ser maldita.

He aquí lo que la Santísima Virgen reveló al Beato Alano de la Roche, como se ve en su libro *De dignitate Rosarii*, y luego en Cartagena: «Sabe, hijo mío, y hazlo conocer a todos, que es una señal probable y próxima de la condenación eterna el sentir aversión, tibieza y negligencia de decir la Salutación Angélica, que es la que ha reparado a todo el mundo»: *Scias enim et secure intelligas et inde late omnibus patefacias, quod videlicet signum probabile est et propinquum aeternae damnationis horrere et acediari ac negligere Angelicam Salutationem, totius mundi reparativam* (1). Palabras son éstas muy consoladoras y muy terribles, las cuales nos resistiríamos a creer si no tuvieran, como garantía, la santidad de este Beato y la de Santo Domingo antes que él, y después otros muchos grandes personajes, con la experiencia de muchos siglos. Pues es un hecho que siempre se ha notado que los que llevan la señal de la reprobación, como son todos los herejes, impíos, orgullosos y mundanos, odian y desprecian el Avemaría y el Rosario. Los herejes enseñan y rezan el Padrenuestro, pero no

(1) Lib. de Dignit., c. II.

el Avemaría ni el Rosario, que les causa gran horror, y antes llevarían encima una serpiente que el Rosario. Asimismo los orgullosos, aunque católicos, como tienen las mismas inclinaciones que su padre Lucifer, desprecian y se muestran indiferentes con el Avemaría, y miran el Rosario como una devoción de mujercillas, que sólo es buena para los ignorantes y los que no saben leer. Al contrario, por experiencia se ha visto que aquellos y aquellas que tienen, por otra parte, grandes señales de predestinación, aman y sienten gusto y placer en rezar el Avemaría, y cuanto más pertenecen a Dios, más aprecio hacen de esta oración. Esto es también lo que la Santísima Virgen dijo al Beato Alano, a continuación de las palabras citadas.

Yo no sé el cómo ni el por qué, pero es una verdad, en la que encuentro el mejor secreto para conocer si una persona es de Dios, que para esto basta examinar si gusta de rezar el Avemaría y el Rosario. Digo si *gusta*: porque puede suceder que una persona (1) esté natural o sobrenaturalmente imposibilitada de rezarla; pero siempre la estima y recomienda a los otros. Almas predestinadas, esclavos de Jesús en María, sabed que el Avemaría es la más hermosa de todas las oraciones después del Padrenuestro, y el más perfecto cumplimiento con que podais honrar a María, pues es el saludo inefable que el Altísimo le envió por ministerio de un ángel para ganar su corazón, y fué

(1) La palabra persona no se halla en el manuscrito.

tan poderoso sobre este corazón de María, por los secretos encantos de que está lleno, que Ella, no obstante su profunda humildad, consintió en la Encarnación del Verbo. Con este cumplimiento ganaréis también infaliblemente su corazón, si lo hacéis debidamente.

El Avemaría, bien dicha, es decir, con atención, devoción y modestia es, según los santos, el enemigo del diablo, es quien le hace huir, y el martillo que le aplasta, la santificación del alma, la alegría de los ángeles, la melodía de los predestinados, el cántico del nuevo Testamento, el placer de María y la gloria de la Santísima Trinidad. El Avemaría es un rocío del cielo que hace fecunda al alma; un beso casto y amoroso que damos a María, una rosa encarnada que le presentamos, una perla preciosa que le ofrecemos, una copa de ambrosía y de néctar divino que le damos. Todas estas comparaciones son de los santos.

Os ruego, pues, con instancia, por el amor que os tengo en Jesús y María, que no os contentéis con rezar la Coronilla de la Santísima Virgen sino también el Rosario y hasta, si tenéis tiempo, los quince misterios todos los días, y en la hora de vuestra muerte bendeciréis el día y la hora en que disteis fe a mis palabras, y después de haber sembrado en las bendiciones de Jesús y de María, recogeréis las bendiciones eternas en el cielo: *Qui seminat in benedictionibus, de benedictionibus et metet* (1).

(1) II Corint., IX, 6.

§ VI.—*Sexta práctica.*

Para dar gracias a Dios por las mercedes que ha hecho a la Santísima Virgen, dirán con frecuencia el *Magnificat*, a ejemplo de la beata María Doignies y de otros muchos santos. Esta es la única oración y la única obra que ha compuesto la Santísima Virgen, o más bien, que Jesús ha hecho en Ella, porque hablaba El por boca de María. Es también el mayor sacrificio de alabanza que Dios ha recibido en la ley de gracia. Es, por un lado, el más humilde y reconocido, y, por otro, el más sublime y elevado en todos los cánticos, el cual contiene misterios tan grandes y tan ocultos que hasta los mismos ángeles los ignoran. Gerson, que fué un doctor tan sabio y tan piadoso, después de haber empleado una gran parte de su vida en componer tratados totalmente llenos de erudición y de piedad sobre las materias más difíciles, no pudo menos de temblar al emprender, hacia el fin de su vida, la explicación del *Magnificat*, con lo cual iba a coronar todas sus obras. El nos refiere en un volumen in-folio, que compuso, muchas y admirables cosas de este hermoso y divino cántico.

Entre otras, dice que la Santísima Virgen le rezaba con frecuencia, especialmente después de la sagrada Comunión, en acción de gracias. El sabio Benzonio, explicando el mismo *Magnificat*, refiere muchos milagros obrados por su virtud, y dice que los dia-

blos tiemblan y huyen cuando oyen estas palabras del *Magnificat*: *Fecit potentiam in brachio suo, dispersit superbos mente cordis sui* (1).

§ VII.—*Séptima práctica.*

Los fieles servidores de María deben con gran empeño despreciar, odiar y huir del mundo corrompido y servirse de las prácticas de desprecio del mundo que hemos dado en la primera parte.

ARTICULO II

Prácticas particulares e interiores para los que quieren alcanzar la perfección.

Además de las prácticas exteriores que he referido de esta devoción, las cuales no se deben omitir por negligencia ni desprecio, en cuanto lo permitan el estado y la condición de cada uno, veamos algunas prácticas interiores muy propias para alcanzar la santidad que conviene consigan aquellos a quienes el Espíritu Santo llama a un alto grado de perfección.

Todas se resumen brevemente en estas cuatro palabras: *hacerlo todo por María, con María, en María y para María*, a fin de hacerlo más perfectamente por Jesús, con Jesús, en Jesús y para Jesús.

(1) S. Luc., I, 51.

§ I.—*Todo por María.*

Es necesario realizar todas nuestras acciones *por María*, es decir, es necesario que obedezcamos en todas las cosas a la Santísima Virgen y que en todas ellas nos dejemos conducir por su espíritu, que es el Espíritu de Dios, el Espíritu Santo. Los que son conducidos por el Espíritu de Dios son hijos de Dios: *Qui Spiritu Dei aguntur, ii sunt filii Dei* (1). Los que son conducidos por el espíritu de María, son hijos de María y, por consiguiente, hijos de Dios, como ya hemos demostrado, y entre tantos devotos de la Santísima Virgen sólo son verdaderos y fieles devotos aquellos que se dejan guiar por su espíritu. Y digo que el Espíritu de María es el Espíritu de Dios, porque Ella jamás se condujo por su propio espíritu, sino siempre por el espíritu de Dios, que de tal manera se enseñoreó en Ella que se hizo su propio espíritu.

Por esto decía San Ambrosio: *Sit in singulis, etc.*: «Que el alma de María esté en cada uno para glorificar al Señor; que el espíritu de María esté en cada uno para alegrarse en Dios.» ¡Cuán dichosa es el alma cuando, a ejemplo de un piadoso Hermano Jesuíta llamado Rodríguez, muerto en olor de santidad (2), está del todo poseída y gobernada por el espíritu de

(1) Rom., VIII, 14.

(2) Este piadoso Hermano Jesuíta no es otro que San Alonso Rodríguez, muerto poco antes y desconocido en Francia, por lo cual se llama el Beato aún.—(*N. del T.*)

María, que es un espíritu dulce y fuerte, celoso y prudente, humilde y resuelto, puro y profundo!

A fin de que el alma se deje conducir por este espíritu de María, es necesario: 1.° Renunciar a su propio espíritu, a sus propias luces y a su voluntad antes de hacer alguna cosa; por ejemplo, antes de hacer la oración, de decir u oír la santa Misa, de comulgar, etc., pues las tinieblas de nuestro propio espíritu y la malicia de nuestra propia voluntad y operación, si la seguimos, aun cuando nos parezcan buenas, pondrían obstáculo al santo espíritu de María. 2.° Es necesario entregarse al espíritu de María, para ser por él movidos y conducidos de la manera que Ella quiera. Es necesario ponerse y dejarse en sus manos virginales, como un instrumento en las manos de un trabajador, como un laúd en las manos de un diestro tocador. Es necesario perderse y abandonarse en Ella, como una piedra que se arroja al mar; y esto se hace sencillamente y en un instante, por una sola ojeada del espíritu, un ligero movimiento de la voluntad o por medio de palabras, diciendo, por ejemplo: *Me renuncio a mí y me doy a Vos, querida Madre mía.* Y aunque no se experimente ninguna dulzura sensible en este acto de unión, no por eso deja de ser verdadera: lo mismo que si, lo que Dios no permita, dijéramos con toda sinceridad: *Me doy al diablo,* aunque lo dijéramos sin ningún cambio sensible, no pertenecería-mos con menos verdad al demonio. 3.° Se debe, de vez en cuando, durante la obra y después de ella, renovar el mismo acto de ofrecimiento y de unión, y cuan-

to más así lo hagamos, más pronto nos santificaremos, antes llegaremos a la unión con Jesucristo, que siempre sigue necesariamente a la unión con María, toda vez que el espíritu de María es el espíritu de Jesús.

§ II.—*Todo con María.*

Es necesario hacer todas nuestras obras *con María;* es decir: que debemos en nuestras acciones mirar a María como un modelo acabado de toda virtud y perfección que el Espíritu Santo ha formado en una pura criatura, para que le imitemos, según nuestro corto alcance. Es menester, pues, que en cada acción miremos cómo María la ha hecho o la haría si estuviese en nuestro lugar. Para esto debemos examinar y meditar las grandes virtudes que Ella practicó durante su vida, particularmente: 1.° Su fe viva, por la cual creyó sin titubear la palabra del Angel, y creyó fiel y constantemente hasta el pie de la Cruz en el Calvario. 2.° Su humildad profunda, que la ha hecho ocultarse, callarse, someterse a todo, y colocarse siempre la última. 3.° Su pureza toda divina, que no ha tenido ni tendrá jamás igual en la tierra, y, en fin, todas sus demás virtudes. Acordémonos, diré una vez más, que María es el grande y único molde de Dios, propio para hacer imágenes vivas de Dios, con pocos gastos y en poco tiempo; y que el alma que ha encontrado este molde y que se pierde en él, muy pronto se transforma en Jesucristo, a quien este molde representa al natural.

§ III.—*Todo en María.*

Debemos realizar nuestras acciones *en María.*

Para comprender bien esta práctica es preciso saber: 1.° Que la Santísima Virgen es el verdadero paraíso terrestre del nuevo Adán, y que el antiguo paraíso terrestre no era más que una figura de este otro. Hay, pues, en este paraíso terretre riquezas, hermosuras, cosas singulares e inexplicables dulzuras que el nuevo Adán, Jesucristo, ha dejado en él. En este paraíso es en donde ha encontrado El sus complacencias, durante nueve meses, en donde ha obrado sus maravillas y en donde ha ostentado sus riquezas con la magnificencia de un Dios. Este lugar santísimo no se compone más que de una tierra virgen e inmaculada, de la cual ha sido formado y alimentado el nuevo Adán, sin mancha ni inmundicia, por la operación del Espíritu Santo que en ella habita. En este paraíso terrenal es en donde está verdaderamente el árbol de la vida, que ha producido a Jesucristo, fruto de vida; el árbol de la ciencia del bien y del mal, que ha dado la luz al mundo. En este divino lugar hay árboles plantados por la mano de Dios y regados por la divina unción, que han producido y producen todos los días frutos agradables al paladar de Dios; hay jardines esmaltados con las más bellas y variadas flores de las virtudes, que despiden un aroma que embalsama hasta los mismos ángeles. Hay prados verdes de esperanza, torres impenetrables por su fortaleza, casas encantadoras de confianza, etc. Sólo el Espíritu Santo es el que puede poner de manifiesto la ver-

dad que se esconde bajo estas figuras de cosas materiales. Hay en este lugar un aire de pureza sin imperfección, un día hermoso sin noche de la santísima humanidad, un sol esplendoroso sin sombra de la Divinidad, un horno ardiente y continuo de caridad, en donde todo el hierro que allí entra se derrite y transforma en oro; hay un río de humildad, que sale de la tierra y que, dividiéndose en cuatro cauces, riega todo este lugar delicioso, representando las cuatro virtudes cardinales.

El Espíritu Santo, por boca de los Santos Padres, llama también a María la Puerta Oriental por donde el sumo sacerdote, Jesucristo, entra y sale en el mundo; por ella entró la primera vez y por ella vendrá la segunda.

2.° El santuario de la divinidad, el reposo de la Santísima Trinidad, el trono de Dios, la ciudad de Dios, el altar de Dios, el templo de Dios, el mundo de Dios. Todos estos epítetos y alabanzas son muy verdaderos, atendiendo a las diferentes maravillas y gracias que el Altísimo ha obrado en María. ¡Oh, qué riqueza, qué gloria, qué placer, qué dicha la de poder entrar y morar en María, en donde el Altísimo ha puesto el trono de su gloria suprema! Pero, ¡qué difícil es a pecadores como nosotros tener permiso, capacidad y luz para entrar en un lugar tan alto y tan santo, que está guardado, no por un querubín, como el antiguo paraíso terrestre, sino por el mismo Espíritu Santo, que se ha hecho el dueño absoluto de él y de quien dice: *Hortus conclusus, soror mea sponsa,*

hortus conclusus, fons signatus (1). María está cerrada, María está sellada; los miserables hijos de Adán y Eva, lanzados del paraíso terrestre, no pueden entrar en éste si no es por una gracia particular del Espíritu Santo, que deben merecer. Después que, por nuestra fidelidad, hayamos obtenido esta gracia insigne, es necesario permanecer en el precioso tabernáculo de María con complacencia, descansar allí en paz, apoyarse con confianza, ocultarse con seguridad y perderse sin reserva, a fin de que en este seno virginal: 1.° El alma se alimente con la leche de su gracia y de su misericordia maternal. 2.° Quede libre de sus turbaciones, temores y escrúpulos. 3.° Esté a salvo de sus enemigos, el demonio, el mundo y el pecado, que jamás entraron allí; esta es la razón por la cual Ella dice que los que obran en Ella, no pecarán: *Qui operantur in me non peccabut* (2); es decir, los que moran en la Santísima Virgen en espíritu no cometen pecado considerable. 4.° Sea formada en Jesucristo y Jesucristo sea formado en Ella, pues el seno de María es, como dicen los Padres, la sala de los sacramentos divinos, en donde han sido formados Jesucristo y todos los elegidos: *Homo et homo natus es in ea* (3).

§ IV.—*Todo para María.*

En fin, es necesario hacer todas las cosas *para María*. Porque, como nos hemos entregado totalmente a

(1) Cant., IV, 12.
(2) Eccle., XXIV, 30.
(3) Ps. LXXXVI, 5.

su servicio, es justo que todo lo realicemos para Ella, como un criado, un siervo y un esclavo, no que la tomemos por el fin último de nuestros servicios, que es sólo Jesucristo, sino por nuestro fin próximo, nuestro medio misterioso y nuestro camino fácil para ir a El. Lo mismo que los buenos siervos y esclavos, no debemos permanecer ociosos, sino apoyados en su protección, emprender y realizar grandes cosas para esta augusta Soberana. Debemos defender sus privilegios, cuando se los disputa; sostener su gloria, cuando se la ataca; atraer a todo el mundo, si es posible, a su servicio y a esta verdadera y sólida devoción; hablar y levantar el grito contra aquellos que abusan de su devoción para ultrajar a su Hijo y establecer al mismo tiempo esta verdadera devoción, y no debemos esperar de Ella en recompensa de nuestros humildes servicios más que el honor de pertenecer a una Princesa tan amable y la dicha de estar por Ella unidos a Jesús, su Hijo, con lazo indisoluble en el tiempo y en la eternidad.

¡Gloria a Jesús en María!
¡Gloria a María en Jesús!
¡Gloria a Dios solo!

CAPITULO VII

Manera de practicar esta devoción en la sagrada Comunión.

ARTICULO I

ANTES DE LA COMUNION

1.° Te humillarás profundamente delante de Dios. 2.° Renunciarás a tu fondo todo corrompido y tus disposiciones, por muy buenas que te las haga ver tu amor propio. 3.° Renovarás tu consagración, diciendo: *Tous totus ego sum, et omnia mea tua sunt*: «Yo soy todo vuestro, mi querida Señora, con todo lo que tengo.» 4.° Suplicarás a esta bondadosa Madre que te preste su corazón, para recibir en él a su Hijo con sus mismas disposiciones. Le harás presente cuánto conviene a la gloria de su Hijo no entrar en un corazón tan manchado como el tuyo y tan inconstante que no dejaría de menoscabar su gloria y hasta de perder a El; pero que si Ella quiere venir a morar en ti para recibir a su Hijo, Ella lo puede hacer por el dominio que tiene sobre los corazones, y que su Hijo será por Ella bien recibido, sin mancha y sin peligro de ser ultrajado ni perdido. *Deus in medio ejus non conmovebitur* (1). Le dirás confiadamente que todos

(1) Ps. XLV, 6.

los bienes que le has dado es poco para honrarla, pero que, por la Sagrada Comunión, le quieres hacer el mismo obsequio que le hizo el Padre Eterno, con el cual Ella quedará más honrada que si le dieses todos los bienes del mundo; que, en fin, Jesús, que la ama singularmente, desea todavía encontrar en Ella sus complacencias y su descanso, aun cuando sea dentro de tu alma, más sucia y más pobre que el establo en donde Jesús no halló dificultad en venir sólo porque Ella estaba allí. Le pedirás su corazón con estas tiernas palabras: *Accipio te in mea omnia; proebe mihi cor tuum, o Maria!*

ARTICULO II

En la Comunión.

Dispuesto ya a recibir a Jesucristo, después del *Pater noster*, le dirás tres veces: *Domine, non sum dignus*, etc., como si le dijeras en la primera vez al Padre Eterno que no eres digno, por tus malos pensamientos e ingratitudes para con un Padre tan bueno, de recibir a su Hijo único, pero que ahí está María, su esclava: *Ecce ancilla Domini*, que intercede por ti y que te da una confianza y una esperanza singular cerca de su Majestad: *Quoniam, singulariter in spe constituisti me* (1).

Dirás al Hijo: *Domine, non sum dignus*, etc., que no eres digno de recibirle, por tus palabras inútiles y

(1) Ps. IV, 10.

malas y por tu infidelidad en su servicio; pero que, sin embargo, ruegas que tenga piedad de ti, porque le introducirás en la casa de su propia Madre y de la tuya, y que no le dejarás ir si no viene a habitar en Ella: *Tenui eum, nec dimittam, donec introducam illum in domum matris meae, et in cubiculum genitricis meae* (Cant., III, 4). Le rogarás que se levante y venga al lugar de su descanso y al arca de su santificación: *Surge, Domine, in requiem tuam, tu et arca sanctificationis tuae* (1). Que en ningún modo pones tu confianza en tus méritos, en tus fuerzas y en tu preparación, como Esaú, sino en los de María, tu querida Madre, como el niño Jacob en los cuidados de Rebeca, que por muy pecador y Esaú que seas, te atreves a acercarte a su santidad, apoyado y adornado con los méritos y con las virtudes de su Santísima Madre.

Dirás al Espíritu Santo: *Domine, no sum dignus*, etc., que no eres digno de recibir la obra maestra de su caridad, por causa de la tibieza y de la iniquidad de tus acciones y de la resistencia a sus inspiraciones, pero que toda tu confianza es María, su fiel Esposa, y dirás con San Bernardo: *Haec mea maxima fiducia est; haec tota ratio spei meae.* Le rogarás también que venga a María, su Esposa indisoluble; que su seno está tan puro y su corazón tan abrasado como nunca; que si El no baja a tu alma, ni Jesús ni María se formarán ni serán en ella dignamente alojados.

(1) Ps. CXXXI, 8.

ARTICULO III

Después de la sagrada Comunión.

Después de la sagrada Comunión, estando recogido interiormente y con los ojos cerrados, introducirás a Jesucristo en el corazón de María y se lo entregarás a su Madre, la cual le recibirá amorosamente, le colocará dignamente, le adorará profundamente, le amará perfectamente, le abrazará estrechamente y le hará en espíritu y en verdad muchos oficios que nos son desconocidos por estar para nosotros envueltos en espesas tinieblas. O bien te mantendrás profundamente humillado en tu corazón, en la presencia de Jesús que reside en María; o te considerarás como un esclavo a la puerta del palacio del Rey, en donde está para hablar con la Reina, y mientras Ellos hablan entre sí sin necesidad alguna de ti, irás en espíritu al cielo y por toda la tierra a rogar a las criaturas que den gracias, que adoren y amen a Jesús en María por ti: *Venite, adoremus, venite,* etc. O pedirás tú mismo a Jesús, en unión de María, la venida de su reinado en la tierra por su Santísima Madre, o la divina Sabiduría, o el amor divino, o el perdón de tus pecados, o alguna otra gracia; pero siempre por María y en María, diciendo, mientras fijas los ojos en tu miseria: *Ne respicias, Domine, peccata mea*: «Señor, no miréis mis pecados»; *sed oculi tui videant aequitates Mariae*: «y no vean vuestros ojos en mí más que las virtudes y los méritos de María.» Y, acordándote de tus peca-

dos, dirás: *Inimicus homo hoc fecit*: «Yo, el mayor enemigo mío de cuantos tengo, soy quien ha hecho estos pecados»; o también: *Ab homine iniquo et doloso erue me;* o ya: *Te oportet crescere, me autem minui*: «Jesús mío, es necesario que Vos crezcáis en mi alma y que yo disminuya»; María, es menester que crezcáis en mí y que yo sea menos de lo que hasta ahora he sido. *Crescite et multiplicamini*: «¡Oh Jesús y María!, creced en mí y multiplicaos fuera en los otros.»

Hay una infinidad de otros pensamientos que el Espíritu Santo sugiere y te sugerirá si eres verdaderamente interior, mortificado y fiel a esta grande y sublime devoción que acabo de enseñarte. Pero acuérdate de que, cuanto más dejes a María obrar en tu Comunión, tanto más será Jesús glorificado; y dejarás tanto más obrar a María para Jesús y a Jesús en María, cuanto más profundamente te humilles, y los escuches con más paz y silencio, sin que te importe nada el ver, el gustar o el sentir: porque el justo vive en todo de la fe, y particularmente en la sagrada Comunión, que es un acto de fe: *Justus meus ex fide vivit* (1).

(1) Hebr., X, 38.

CONSAGRACION DE SI MISMO

A JESUCRISTO, LA SABIDURIA ENCARNADA, POR LAS MANOS DE MARIA

¡Oh sabiduría eterna y encarnada! ¡Oh amabilísimo y adorable Jesús!, verdadero Dios y verdadero hombre, Hijo único del Padre Eterno y de María, siempre Virgen, yo os adoro profundamente en el seno y en los esplendores de vuestro Padre, durante la eternidad, y en el seno virginal de María, vuestra dignísima Madre, en el tiempo de vuestra encarnación.

Os doy gracias, porque os habéis anonadado Vos mismo, tomando la forma de esclavo, para sacarme de la cruel esclavitud del demonio. Os alabo y glorifico, porque os habéis dignado someteros a María, vuestra Santísima Madre, en todas las cosas, a fin de hacerme por Ella vuestro esclavo fiel. Pero, ¡ay, cuán ingrato e infiel os soy! No he guardado las promesas que tan solemnemente os hice en el Bautismo; no he cumplido mis obligaciones; no merezco ser llamado vuestro hijo ni vuestro esclavo, y como en mí nada hay que no merezca vuestra repulsa y vuestra cólera, no me atrevo por mí mismo a acercarme a vuestra santísima y augusta Majestad. Por eso recurro a la intercesión de vuestra Santísima Madre, que me ha-

béis dado como medianera ante Vos, y por este medio espero obtener la contrición y el perdón de mis pecados, la adquisición y la conservación de la Sabiduría.

Os saludo, pues, ¡oh María Inmaculada!, tabernáculo vivo de la divinidad, en donde la Sabiduría eterna escondida quiere ser adorada por los ángeles y por los hombres. Os saludo, ¡oh Reina del cielo y de la tierra!, a cuyo imperio está sometido todo lo que hay debajo de Dios. Os saludo, ¡oh refugio seguro de los pecadores!, cuya misericordia a nadie se niega; escuchad los deseos que tengo de la divina Sabiduría y recibid para ello las promesas y la ofrenda que os hago de mi ruindad.

Yo, N..., pecador infiel, renuevo y ratifico hoy en vuestras manos los votos de mi Bautismo. Renuncio para siempre a Satanás, a sus pompas y a sus obras, y me doy todo entero a Jesucristo, la Sabiduría encarnada, por llevar mi cruz en su seguimiento, todos los días de mi vida. Y para ser más fiel de lo que he sido hasta aquí, os escojo hoy, ¡oh María!, en presencia de toda la corte celestial, por mi Madre y Señora. Os entrego y consagro, en calidad de esclavo, mi cuerpo y mi alma, mis bienes interiores y exteriores y aun el valor de mis buenas acciones pasadas, presentes y futuras, dejándoos entero y pleno derecho para disponer de mí y de todo lo que me pertenece, sin reserva, a vuestro beneplácito y a mayor gloria de Dios, en el tiempo y en la eternidad.

Recibid, ¡oh Virgen benignísima!, esta humilde

ofrenda de mi esclavitud, en honor y unión de la sumisión que la Sabiduría eterna se ha dignado tener a vuestra maternidad; en homenaje del poder que ambos tenéis sobre este pobre gusanillo y miserable pecador; en acción de gracias por los privilegios con que la Santísima Trinidad os ha favorecido. Protesto que en adelante quiero, como verdadero esclavo, procurar vuestro honor y obedeceros en todas las cosas. ¡Oh Madre admirable!, presentadme a vuestro querido Hijo, en calidad de esclavo eterno, a fin de que, ya que me rescató por Vos, me reciba también por Vos, ¡oh Madre de misericordia!, concededme la gracia de obtenerme la verdadera Sabiduría de Dios y de contarme, por tanto, en el número de los que Vos amáis, enseñáis, conducís, alimentáis y protegéis como a vuestros hijos y esclavos. ¡Oh Virgen fidelísima!, hacedme en todas las cosas tan perfecto discípulo, imitador y esclavo de la Sabiduría encarnada, Jesucristo, vuestro Hijo, que llegue, por vuestra intercesión y a ejemplo vuestro, a la plenitud de su edad sobre la tierra y de su gloria en los cielos. Amén.

Qui potest capere capiat.
Quis sapiens, et intelliget haec?

Dios solo.